

**Estudio Expositivo del
Evangelio según Marcos**

Diligentes en Cristo

Warren W. Wiersbe

Diligentes en Cristo

**Estudio expositivo del
Evangelio Según Marcos**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Diligentes en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Diligent**.

© 1984
SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea por mimeógrafo o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

© 2003

WW-505
ISBN 1-879892-95-2

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

INDICE

Prefacio	vi
Bosquejo	vii

Capítulo	Página
1 ¡El Siervo de Dios está aquí! (1)	1
2 Lo que el Siervo te ofrece (2:1–3:12)	15
3 El Siervo, las multitudes y el reino (3:13–4:34)	29
4 ¡El Siervo conquista! (4:35–5:43)	43
5 ¿Confiará ...en el Siervo de Dios? (6:1–56)	57
6 El Siervo/Maestro (7:1–8:26)	71
7 Los secretos del Siervo (8:27–9:50)	86
8 Las paradojas del Siervo (10)	101
9 El Siervo en Jerusalén (11:1–12:44).....	115
10 El Siervo revela el futuro (13)	132
11 El Siervo sufre (14:1–15:20)	145
12 El Siervo termina su obra (15:21–16:20)	160

Dedicado a

Gale y Millie Baldrige

...amigos de largo tiempo
desde los días en el seminario,
cuyos ministerios ejemplifican
una verdadera actitud de siervos
(Hebreos 6:10).

Prefacio

El Evangelio de Marcos es el libro preciso para gente ocupada que quiere usar toda oportunidad para servir a Dios. Presenta a nuestro Señor activo en la obra de suplir las necesidades físicas y espirituales de toda clase de personas. Marcos lo muestra como el Siervo sufrido de Dios que vino, no para ser servido, sino para servir, aun al punto de dar su vida por nosotros en la cruz.

Nuestro mundo está lleno de personas que sufren, que necesitan nuestro ministerio. Jesús dejó a su Iglesia en la tierra para que pudiéramos continuar el ministerio que él empezó. Sin embargo, me temo que en la Iglesia de hoy tenemos demasiados espectadores y no suficientes participantes, demasiadas celebridades y no suficientes siervos.

Si el tiempo que pasamos juntos estudiando el Evangelio de Marcos en este tomo le anima a ser diligente en su propio ministerio a otros, entonces el tiempo no se ha desperdiciado. ¡Qué nuestro Señor nos capacite a todos a ser siervos para su gloria!

Warren W. Wiersbe

Bosquejo del Evangelio según Marcos

Tema clave: Jesucristo el Siervo

Versículos clave: Marcos 10:45

I. LA PRESENTACIÓN DEL SIERVO (1:1-13)

II. EL MINISTERIO DEL SIERVO EN GALILEA

(1:14—9:50)

A. Período de popularidad (1:14—6:29)

B. Período de retiro (6:30—9:32)

C. Período de clausura (9:33-50)

III. EL VIAJE DEL SIERVO A JERUSALÉN (10)

IV. EL MINISTERIO DEL SIERVO EN JERUSALÉN

(11—16)

A. Enseñanza y controversia públicas (11:1—12:44)

B. Enseñanza y ministerio privados (13:1—14:31)

C. Arresto, juicios y crucifixión (14:32—15:47)

D. Resurrección y ascensión (16)

¡El Siervo de Dios está aquí!

Marcos 1

“El evangelio no es ni una discusión ni un debate,” dijo el Dr. Paul S. Rees. “¡Es un anuncio!”

Marcos no perdió tiempo en dar ese anuncio, porque lo hallamos en las palabras con que empieza el libro. Mateo, quien escribió primordialmente para judíos, empezó su libro con una genealogía. Después de todo, tenía que demostrar a sus lectores que Jesucristo era en verdad el legítimo heredero del trono de David. Siendo que Lucas enfocó principalmente el ministerio compasivo del Hijo del hombre, dedicó los primeros capítulos de su libro para anotar el nacimiento del Salvador. Lucas hizo hincapié en la humanidad de Cristo, porque sabía que sus lectores griegos se identificarían con el bebé perfecto que creció hasta ser el Hombre perfecto.

El Evangelio de Juan empieza con una declaración en cuanto a la eternidad. ¿Por qué? Porque Juan escribió para demostrar al mundo entero que Jesucristo de Nazaret es el Hijo de Dios (Juan 20:31). El *tema* del Evangelio de Juan es la deidad de Cristo, pero el *propósito* de su

2 Diligentes en Cristo

Evangelio es animar a los lectores a creer en este Salvador y recibir el obsequio de la vida eterna.

¿En dónde encaja el Evangelio de Marcos? Marcos escribió para los romanos, y su tema es *Jesucristo el Siervo*. Si tuviéramos que escoger un versículo clave en este evangelio, sería Marcos 10:45, “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”.

El hecho de que Marcos escribiera teniendo a los romanos en mente nos ayuda a comprender su estilo y enfoque. El énfasis en su evangelio es la *actividad*. Marcos describe a Jesús mientras se mueve activamente de lugar en lugar, y satisface las necesidades físicas y espirituales de toda clase de personas. Una de las expresiones favoritas de Marcos en el griego original es una palabra que se ha traducido al español como “inmediatamente”, “al instante”, “prontamente”, “al momento”, “en seguida” o “luego”, la cual se usa alrededor de 41 veces. Marcos no registra muchos de los sermones de nuestro Señor porque su énfasis está en lo que Jesús hizo en vez de lo que dijo. Revela a Jesús como el Siervo de Dios, enviado a ministrar a los que sufren y a morir por los pecados del mundo. Marcos no nos relata el nacimiento del Señor, ni su genealogía, porque es innecesaria respecto a un siervo.

En su capítulo inicial Marcos nos da tres datos importantes respecto al Siervo de Dios.

1. La identidad del Siervo (Marcos 1:1-11)

¿Cómo identifica Marcos a este Siervo? El registra el testimonio de varios testigos confiables para asegurarnos que Jesús es quien decía ser.

Juan Marcos, el autor del libro, es el primer testigo (v.1); y afirma contundentemente que Jesucristo es el Hijo

¡El Siervo de Dios está aquí! 3

de Dios. Es probable que Marcos fuera testigo ocular de algunos de los eventos que relató. Vivía en Jerusalén con su madre, María; y su casa era lugar de reunión de los creyentes de la ciudad (Hechos 12:1-19). Varios eruditos creen que Marcos fue el joven descrito en Marcos 14:51,52. Puesto que Pedro llama a Marcos “mi hijo” (1 Pedro 5:13), es probable que fuera Pedro quien condujo a Marcos a la fe en Jesucristo. La tradición dice que Marcos fue el “intérprete de Pedro,” así que el Evangelio de Marcos refleja las experiencias personales y el testimonio de Simón Pedro.

La palabra “evangelio” sencillamente quiere decir *buenas noticias*. Para los romanos, el público a quien Marcos se dirigía, “evangelio” quería decir noticias alegres acerca del emperador. El “Evangelio de Jesucristo” son las buenas nuevas de la venida del Hijo de Dios al mundo y su muerte por nuestros pecados. Son las buenas nuevas de que nuestros pecados pueden ser perdonados y de que podemos pertenecer a la familia de Dios para un día ir a vivir con él en el cielo. Es la declaración de victoria sobre el pecado, la muerte y el infierno (1 Corintios 15:1-8, 51,52; Gálatas 1:1-9).

El segundo testigo es el de *los profetas* (Marcos 1:2,3). Marcos cita dos pasajes de los profetas del Antiguo Testamento: Malaquías 3:1 e Isaías 40:3. (ve también Exodo 23:20). Las palabras “mensajero” y “voz” se refieren a Juan el Bautista, el profeta que Dios envió para preparar el camino para su Hijo (Mateo 3; Lucas 3:1-18; Juan 1:19-34). En tiempos antiguos, antes de que un rey visitara alguna parte de su reino, enviaba a un mensajero delante para que preparara el camino. Esto incluía la reparación de los caminos y la preparación del pueblo. Al llamar a las naciones al arrepentimiento, Juan el Bautista

4 Diligentes en Cristo

preparó el camino para el Señor Jesucristo. Isaías y Malaquías unían sus voces al declarar que Jesucristo es el Señor, Jehová Dios.

Juan el Bautista es el siguiente testigo (Marcos 1:4-8), el hombre a quien Jesús llamó el más grande de los profetas (Mateo 11:1-15). Juan se identificó con Elías en su vestido, forma de vida y mensaje de arrepentimiento (2 Reyes 1:8; Malaquías 4:5; Mateo 17:10-13; y ve Lucas 1:13-17). El “desierto” donde Juan ministraba es la árida región en la orilla occidental del Mar Muerto. Juan decía a la gente simbólicamente que estaban en un *desierto espiritual* mucho peor que el desierto físico que sus antepasados habían soportado por cuarenta años. Juan llamaba a la gente a dejar su desierto espiritual y a confiar en su Josué (Jesús) para poder entrar en su heredad.

Juan con todo cuidado magnificó a Jesús y no a sí mismo (Juan 3:25-30). Juan bautizaría en agua a los pecadores arrepentidos, pero *el que vendría* los bautizaría con el Espíritu (Hechos 1:4,5). Esto no quería decir que el bautismo de Juan fuera desautorizado (Mateo 21:23-27), o que el bautismo en agua sería un día reemplazado por el bautismo del Espíritu (Mateo 28:19,20). Más bien, el mensaje y bautismo de Juan eran *preparación* para que la gente estuviera lista para conocer y confiar en el Mesías, Jesucristo. Los apóstoles de nuestro Señor sin duda fueron bautizados por Juan (Juan 4:1,2 y Hechos 1:21-26).

El Padre y el Espíritu Santo son los testigos finales que Marcos presenta para identificar al Siervo de Dios (Marcos 1:9-11). Cuando Jesús fue bautizado, el Espíritu vino sobre él como una paloma, y el Padre habló desde el cielo e identificó a su amado Hijo. La gente que estaba presente no oyó la voz ni vio la paloma, pero Jesús y Juan

sí (Juan 1:29-34). La palabra “amado” no sólo declara afecto, sino también lleva el significado de *el único*. La declaración del Padre desde el cielo nos recuerda el Salmo 2:7 e Isaías 42:1.

Querrás notar las referencias en el Evangelio de Marcos que identifican a Jesucristo como el Hijo de Dios: 1:1,11; 3:11; 5:7; 9:7; 12:1-11; 13:32; 14:61,62 y 15:39. Marcos no escribió su libro acerca de cualquier siervo judío. El escribió acerca del Hijo de Dios mismo, quien vino del cielo para morir por los pecados del mundo.

Sí, Jesús es el Siervo, pero no un Siervo común. Después de todo, es el siervo quien prepara el camino y anuncia la llegada de otros. Pero otros prepararon el camino para Jesús ¡y anunciaron que había venido! ¡Aun el cielo mismo lo anunció! Este Siervo es Dios el Hijo.

2. La autoridad del Siervo (Marcos 1:12-28)

Se supone que un siervo esté bajo autoridad y reciba órdenes, pero el Siervo de Dios ejerce autoridad y da órdenes, aun a los demonios, y sus órdenes se obedecen. En esta sección Marcos describe tres escenas que revelan *la autoridad del Señor* como el Siervo de Dios.

Escena uno: Su tentación (1:12,13). Marcos no nos da un relato completo de la tentación, como lo da Mateo (Mateo 4:1-11) y Lucas (Lucas 4:1-13); y Juan añade algunos detalles gráficos que los otros omiten. El Espíritu “le impulsó” al desierto. Esta es una palabra fuerte que Marcos usa once veces para describir la expulsión de demonios. La expresión no sugiere que nuestro Señor estuvo renuente o con miedo al enfrentarse a Satanás. Más bien, es la manera en que Marcos muestra la intensidad de la experiencia. El no perdió tiempo solazándose en la gloria de la voz celestial, ni en la presencia de la paloma

6 Diligentes en Cristo

celestial. El Siervo tenía una tarea que realizar e inmediatamente fue a hacerla.

En forma concisa Marcos nos presenta dos cuadros simbólicos. Los cuarenta días de nuestro Señor en el desierto nos recuerdan los cuarenta años de Israel en el desierto. El pueblo de Israel fracasó cuando fue probado, pero nuestro Señor triunfó victoriosamente. Habiendo triunfado sobre el enemigo, Jesús podía ahora avanzar y llamar a un nuevo pueblo para entrar en su heredad espiritual. Puesto que el nombre Jesús es la forma griega de Josué, podemos ver el paralelo.

El segundo cuadro es el del “postrer Adán” (1 Corintios 15:45). El primer Adán fue probado en un hermoso *jardín*, y fracasó; pero Jesús fue tentado en un peligroso desierto y ganó la victoria. Adán perdió su dominio sobre la creación debido a su pecado (Génesis 1:28; Salmo 8), pero en Cristo ese dominio ha sido restaurado para todos los que confían en él (Hebreos 2:6-8). Jesús estuvo con las fieras salvajes y no le hicieron daño. Fue una demostración de ese tiempo futuro de paz y justicia, cuando el Señor volverá y establecerá su reino (Isaías 11:9; 35:9). En verdad, ¡es el Siervo con autoridad!

Escena dos: Su predicación (1:14-22). Si algún hombre alguna vez habló la verdad divina con autoridad, ese fue Jesucristo (Mateo 7:28,29). Se ha dicho que los escribas hablaban *basados en* las autoridades, pero que Jesús habló *con* autoridad. Marcos no está anotando aquí el principio del ministerio de nuestro Señor, puesto que Jesús ya había ministrado en otros lugares (Juan 1:35—4:4). Nos está diciendo por qué Jesús salió de Judea para ir a Galilea: Herodes había detenido a Juan el Bautista, y la sabiduría dictaba que Jesús se fuera a otro lugar. De paso, fue durante este viaje que Jesús habló con la mujer samaritana (Juan 4:1-45).

El mensaje de nuestro Señor fue el evangelio del reino de Dios. Sin duda la mayoría de judíos leyeron revolución política en la frase “el reino de Dios”, pero no era eso lo que Jesús tenía en mente. Su reino tiene que ver con su reinado en *la vida de su pueblo*; es un ámbito espiritual y no una organización política. La única manera de entrar en el reino de Dios es al creer las buenas nuevas y nacer de nuevo (Juan 3:1-7).

Al evangelio se le llama “el evangelio... de Dios” porque viene de Dios y nos lleva a Dios. Es “el evangelio del reino...” porque la fe en el Salvador nos lleva a su reino. Es el “evangelio de Jesucristo” porque él es el corazón del mismo; sin su vida, muerte y resurrección, no habría buenas nuevas. Pablo lo llamó “el evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20:24) porque no puede haber salvación sin su gracia (Efesios 2:8,9). Hay sólo un evangelio (Gálatas 1:1-9), y se centra en lo que Jesucristo hizo por nosotros en la cruz (1 Corintios 15:1-11).

Jesús predicó que las personas deben arrepentirse (cambiar de parecer) y creer (Hechos 20:21). El arrepentimiento por sí solo no es suficiente para salvarnos, aun cuando Dios espera que los creyentes se arrepientan de sus pecados. Debemos también poner nuestra fe en Jesucristo y creer en su promesa de salvación. El arrepentimiento sin fe puede convertirse en remordimiento, y éste puede destruir a las personas que llevan un peso de culpabilidad (2 Corintios 7:8-10; Mateo 27:3-5).

Debido a que Jesús predicaba con autoridad, pudo llamar a los hombres a dejar sus oficios regulares y hacerlos sus discípulos. ¿Quién más podría interrumpir a cuatro pescadores en su trabajo y retarles a dejar sus redes y seguirle? Varios meses antes Jesús ya había conocido a Pedro, Andrés, Jacobo y Juan; y ellos habían llegado a

8 Diligentes en Cristo

confiar en él (Juan 1:35-49). Este no fue su llamado inicial a la fe y salvación; fue su llamado inicial al discipulado. El hecho de que Zebedeo tuviera siervos contratados sugiere que su negocio de pesca era próspero y que era hombre de recursos. También nos asegura que Jacobo y Juan no trataron mal a su padre al obedecer el llamado de Cristo, porque con la ayuda de los siervos Zebedeo todavía podía manejar su negocio.

Jesús no inventó el término “pescadores de hombres”. En ese día, la frase, era una descripción común de los filósofos y otros maestros que “captaban las mentes de los hombres” con sus enseñanzas y persuasión. Ellos cebarían el anzuelo con sus enseñanzas y “pescarían” discípulos. Es probable que siete de los discípulos de nuestro Señor fueran pescadores (Juan 21:1-3). De seguro las buenas cualidades de un pescador experimentado contribuirían al éxito en el difícil ministerio de ganar almas perdidas: valentía, capacidad de trabajar juntos, paciencia, energía, resistencia, fe y tenacidad. Los pescadores profesionales sencillamente no pueden darse el lujo de rendirse o quejarse.

Jesús ministró no sólo al aire libre sino también en las sinagogas. Las sinagogas judías se desarrollaron durante el exilio de la nación, cuando el pueblo se hallaba en Babilonia, después de la destrucción del templo. En donde quiera que hubiera diez hombres judíos de doce años o más, se podía organizar una sinagoga. Esta no era lugar de sacrificios, lo cual se hacía en el templo, sino que era utilizada para la lectura de las Escrituras, oración y adoración a Dios. Los cultos eran dirigidos, no por sacerdotes, sino por laicos; y el ministerio era supervisado por una junta de ancianos que estaba presidida por un principal (Marcos 5:22). Se acostumbraba pedir a los

rabinos visitantes que leyeran las Escrituras y enseñaran, lo que explica porqué Jesús tuvo tal libertad para ministrar en las sinagogas. El apóstol Pablo también aprovechó este privilegio (Hechos 13:14-16; 14:1; 17:1-4).

Nuestro Señor estableció su centro de operaciones en Capernaum, posiblemente en la casa de Pedro y Andrés o en sus proximidades (Marcos 1:29). Cuando se visita la Tierra Santa hoy, se pueden ver las ruinas de la sinagoga de Capernaum, pero no es la misma en la que Jesús adoró. La gente se reunía para los cultos en el sábado, así como los lunes y los jueves. Siendo un judío fiel, Jesús honraba el sábado asistiendo a la sinagoga; y cuando enseñaba la Palabra, la gente se quedaba atónita por su autoridad.

Al leer el Evangelio de Marcos descubrirá que él se deleita en registrar la respuesta emocional de la gente. Los presentes en la sinagoga se admiraban de su enseñanza y se asombraban de sus poderes de sanidad (v.27; ve también 2:12; 5:20, 42; 6:2, 51; 7:37; 10:26; 11:18). También hallarás que Marcos registra el asombro de nuestro Señor por la incredulidad de los pobladores de Nazaret (6:6). Ciertamente no hay nada monótono en esta narración.

Escena tres: Su mandato (1:23-28). Nos preguntamos a cuántos cultos en la sinagoga habría asistido el hombre sin revelar que estaba endemoniado. Se necesitó de la presencia del Hijo de Dios para exponer al demonio; y Jesús no sólo lo sacó a la luz, sino que también le ordenó que guardara silencio y saliera del hombre. El Salvador no quería, ni necesitaba la ayuda de Satanás y sus ejércitos para decir a la gente quien era él (Hechos 16:16-24).

El demonio sabía exactamente quién era Jesús (Hechos 19:13-17) y que no tenía nada en común con él. El uso de pronombres plurales de parte del demonio muestra lo íntimamente que estaba identificado con el hombre por

10 Diligentes en Cristo

medio de quien hablaba. El demonio identificó claramente la humanidad de Jesús (“Jesús nazareno”) así como su deidad (“el Santo de Dios”). También confesó gran temor de que Jesús podía juzgarlo y enviarlo al abismo. Hoy hay gente muy parecida a este endemoniado: asistiendo a una reunión religiosa, capaces de decir quién es Jesús, e incluso temblando por miedo al juicio; ¡y sin embargo perdidos! (Santiago 2:19).

“¡Cállate!” quiere decir literalmente “¡Ponte bozal!” Jesús usaría la misma expresión al calmar la tempestad (Marcos 4:39). El demonio trató un último ataque de convulsiones, pero luego tuvo que someterse a la autoridad del Siervo de Dios y salir del hombre. La gente en la sinagoga quedó asombrada y temerosa. Se dio cuenta de que algo nuevo había aparecido en la escena, una nueva doctrina y un nuevo poder. Las palabras de nuestro Señor y sus obras siempre deben ir juntas (Juan 3:2). La gente siguió hablando de ambas cosas, y la fama de Jesús empezó a extenderse. Nuestro Señor no promovió esta clase de emoción pública a fin de no crear problemas con los judíos, ni con los romanos. Los judíos querrían seguirle sólo por su poder para sanarlos, y los romanos pensarían que era un insurrecto judío que trataba de derribar el gobierno. Esto explica por qué Jesús tan a menudo dijo a la gente que guardara silencio (Marcos 1:44; 3:12; 5:43; 7:36,37; 8:26,30; 9:9). El hecho de que ellos no obedeciera le creó problemas.

3. La compasión del Siervo (Marcos 1:29-45)

En esta sección se describen dos milagros de sanidad, ambos revelando la compasión del Salvador por los necesitados. Es más, tan grande fue su amor por los necesitados que el Salvador ministró a las grandes

multitudes después de que el sábado había concluido, cuando era legal para ellos llegar a él en busca de ayuda. Parecería que el Siervo de Dios estaba al antojo y capricho de toda clase de gente, incluyendo los endemoniados y leprosos; y con todo amor les ministró a todos.

Jesús y los cuatro discípulos salieron de la sinagoga y se fueron a la casa de Pedro y Andrés para su comida sabática. Tal vez Pedro pidió disculpas porque su esposa tenía que atender a su madre enferma y no podía atenderlos de la manera acostumbrada. No sabemos de los otros discípulos, pero sabemos que Pedro era casado (1:30).

Pedro y Andrés además de llevar a sus amigos Jacobo y Juan a la casa después del culto, también llevaron al Señor. Este es buen ejemplo a seguir: No dejes a Jesús en la iglesia; llévalo contigo a casa y déjalo compartir tus bendiciones y tus cargas. ¡Qué privilegio fue para Pedro y su familia tener al mismo Hijo de Dios como invitado en su humilde casa! En poco tiempo el invitado se convirtió en el anfitrión, tal como un día el pasajero en el barco de Pedro se convertiría en capitán (Lucas 5:1-11).

Por fe los hombres hablaron a Jesús sobre la mujer enferma, sin duda esperando que la sanara. ¡Y eso fue exactamente lo que hizo! La fiebre le dejó al instante, y ella pudo dirigirse a la cocina para servir la comida sabática. Si alguna vez has tenido una fuerte fiebre, sabes lo dolorosa e incómoda que es. También sabes que cuando la fiebre te deja, te lleva tiempo recuperar la fuerza. Pero no fue así en este caso, ella pudo servir al Señor de inmediato. ¿No es el servicio a nuestro Señor una de las mejores maneras de agradecerle por lo que ha hecho por nosotros?

¿Cuál fue el resultado de este milagro? Cuando el sábado concluyó al ponerse el sol, ¡la ciudad entera apareció a la

12 Diligentes en Cristo

puerta de la casa de Pedro! Traían consigo a los enfermos y afligidos, y el Señor (que sin duda estaba cansado) sanó a muchos. El verbo griego indica que ellos *seguían trayéndole* a la gente, de modo que Jesús debe haberse retirado a dormir muy tarde. Observa en Marcos 1:32 la distinción clara que se hace entre los enfermos y los endemoniados. Aun cuando Satanás puede causar aflicción física, no toda enfermedad es causada por el poder demoniaco.

El hecho de retirarse muy tarde no impidió que Jesús observara su cita convenida con su Padre a la madrugada siguiente. En Isaías 50:4 encontrará una descripción profética de los encuentros del Siervo justo con el Señor, mañana tras mañana. ¡Qué ejemplo para que sigamos! No es ninguna sorpresa que Jesús tuviera tal autoridad y poder cuando su vida de oración era tan disciplinada (Marcos 9:28,29; 6:46; 14:32-38).

Sin embargo, las multitudes querían ver a Jesús de nuevo, no para oír sus palabras, sino para recibir sanidad y verle realizar milagros. Pedro se sorprendió de que Jesús no acudiera de prisa para atender a las multitudes, sino que más bien se fue a otras poblaciones donde podría predicarles el evangelio. Pedro no reconoció la superficialidad de las multitudes, su incredulidad, y su falta de apetito por la palabra de Dios. Jesús dijo que era más importante predicar el evangelio en otros lugares que quedarse allí y sanar a los enfermos. No permitió que la aclamación popular cambiara sus prioridades.

Tal vez podamos entender la preocupación de nuestro Señor por la mujer que sufría de fiebre, pero su disposición de tocar a un leproso es algo más allá de nuestra comprensión. Los leprosos debían mantener su distancia y advertir a todo el que se acercara, para que no se contaminaran (Levítico 13:45,46). Este hombre sabía que

Jesús *podía* sanarle, pero no estaba seguro de que el Maestro *quisiera* hacerlo. Hoy los pecadores perdidos tienen la misma preocupación innecesaria, porque Dios ha dicho con claridad que no quiere que ningún pecador perezca (2 Pedro 3:9) y que es su voluntad que todos los seres humanos sean salvos (1 Timoteo 2:4).

Cuando se leen las pruebas para la lepra que se describen en Levítico 13, se puede ver cómo la enfermedad es un cuadro del pecado. Como el pecado, la lepra no está sólo en la piel (v.3), sino que se extiende (vv.5-8), contamina y aísla (vv.44-46), convirtiendo las cosas en aptas solo para el fuego (vv.47-59). Cualquiera que no ha confiado en el Salvador está en peor condición espiritualmente que lo que estaba este hombre físicamente.

Jesús tuvo compasión del hombre (6:34; 8:2; 9:22) y lo sanó, con su toque y su palabra. Sin duda este fue el primer toque cariñoso que el hombre había sentido por largo tiempo. Y como con la fiebre, la lepra desapareció al instante.

Por razones ya indicadas, Jesús ordenó al hombre que no se lo dijera a nadie. Debía ir a ver a los sacerdotes y seguir las instrucciones prescritas en Levítico 14, para que se lo declarara limpio y recuperar su vida social y religiosa en su comunidad. Sin embargo, el hombre desobedeció las órdenes. Jesús le dijo que guardara el asunto en silencio, pero el hombre lo divulgó a todos. Jesús nos ordena a nosotros que lo digamos a todos, pero nosotros guardamos silencio. Las multitudes que acudieron para recibir ayuda de Jesús crearon para él un serio problema y probablemente le impidieron enseñar la palabra como era su intención (Marcos 1:38).

La ceremonia descrita en Levítico 14 presenta un hermoso cuadro que simboliza la obra de la redención.

14 Diligentes en Cristo

Las dos aves representan dos aspectos diferentes del ministerio de nuestro Señor: Su encarnación y su muerte (el ave que se ponía en un recipiente y se mataba), y su resurrección y ascensión (el ave que se empapaba con sangre y se dejaba libre). La sangre se ponía en la oreja derecha del hombre (la palabra de Dios), el pulgar derecho (la obra de Dios) y el dedo gordo del pie derecho (el andar de Dios). Luego se vertía aceite en la sangre, simbolizando el Espíritu Santo de Dios. El Espíritu Santo no puede venir a la carne humana hasta que primero se haya aplicado la sangre.

De este capítulo debemos aprender importantes lecciones espirituales. Para empezar, si el Hijo de Dios vino como siervo, entonces ser siervo es el más alto de todos los llamamientos. Nunca nos semejamos más al Señor Jesús que cuando servimos a otros. Segundo, Dios comparte su autoridad con sus siervos. Solo los que se hallan *bajo* su autoridad tienen el derecho de *ejercer* autoridad. Finalmente, si vas a ser siervo, asegúrate de tener compasión; porque la gente vendrá a pedirte ayuda, y rara vez preguntará si es conveniente.

Sin embargo, qué privilegio es seguir las pisadas de Jesucristo, y suplir las necesidades de otros como siervos compasivos de Dios.

Lo que el Siervo te ofrece

Marcos 2:1—3:12

Con sorprendente rapidez se esparcieron las noticias de que un maestro que obraba milagros había llegado a Capernaum; y a donde quiera que nuestro Señor iba, las multitudes se reunían. Querían verle sanar a los enfermos y echar fuera demonios. Si las multitudes hubieran estado interesadas en el mensaje del evangelio, habría sido de ánimo para Jesús; pero él sabía que la mayoría de esas personas eran superficiales en su modo de pensar y ciegas a sus propias necesidades. A menudo el Señor halló necesario dejar la ciudad para ir al desierto a orar (Lucas 5:15,16). Todo siervo de Dios debe seguir su ejemplo y alejarse por un tiempo de la gente a fin de encontrarse con el Padre para recibir refrigerio y ser revitalizado mediante la oración.

Ahora había llegado el tiempo para que Jesús demostrara a la gente el propósito de su ministerio. Después de todo, él había venido para hacer mucho más que aliviar las aflicciones de los enfermos y endemoniados. Esos milagros eran maravillosos, pero había algo mejor que experimentar:

16 Diligentes en Cristo

¡ellos podían entrar en el reino de Dios! Necesitaban comprender las lecciones espirituales que se hallaban detrás de los milagros físicos que estaba realizando.

En esta sección nuestro Señor deja en claro que vino para traer tres maravillosos regalos a todos los que confían en él: perdón (Marcos 2:1-12), realización (2:13-22) y libertad (2:23—3:12).

1. Perdón (Marcos 2:1-12)

No es claro si Jesús se hallaba en su propia casa (“se oyó que estaba en casa”), o en la casa de Pedro. Puesto que la hospitalidad es una de las reglas básicas en el Oriente, la gente de Capernaum no esperó una invitación, sino que sencillamente acudió a la casa en multitud. Esto quería decir que algunos verdaderamente necesitados no podían acercarse a Jesús lo suficiente para recibir su ayuda. Sin embargo, cuatro amigos de un paralítico decidieron bajarlo por el techo, confiando en que Jesús lo sanaría; y así fue. Este milagro de sanidad le dio a nuestro Señor la oportunidad de enseñar una lección importante en cuanto al perdón.

Considera esta escena con los ojos del Señor Jesús. Cuando él *alzó la vista*, vio a los cuatro hombres en el techo con su amigo enfermo. Las casas tenían techos planos, a los cuales se podía llegar por lo general por una escalera externa. No sería difícil quitar los ladrillos, tablones y hierba con que el techo estaba hecho, y hacer un agujero de suficiente tamaño como para bajar a su amigo en una camilla.

Tenemos que admirar varias características de estos hombres, cualidades que deben caracterizarnos a nosotros como “pescadores de hombres”. Por un lado, estaban profundamente preocupados por su amigo y querían

conseguir ayuda para él. Tenían fe para creer que Jesús podía suplir su necesidad, y que lo haría. No se limitaron simplemente a orar por el asunto, sino que le pusieron pies a sus oraciones y no permitieron que las circunstancias difíciles los desanimaran. Trabajaron juntos y se atrevieron a hacer algo diferente, y Jesús recompensó sus esfuerzos. Qué fácil habría sido para ellos decir: “Pues bien, no tiene sentido tratar de llegar a Jesús hoy, tal vez podamos volver mañana”.

Cuando nuestro Señor *miró hacia abajo* vio al parálítico sobre su camilla, e inmediatamente fue a la médula del problema del hombre: el pecado. No toda enfermedad es causada por el pecado (Juan 9:1-3), pero evidentemente la condición de este hombre era resultado de su desobediencia a Dios. Aun antes de sanar el cuerpo del hombre, Jesús le dio paz y le anunció que sus pecados le eran perdonados. El perdón es el milagro más grande que Jesús realiza. Suple la necesidad más esencial; cuesta el precio supremo, y da la bendición más grande y los resultados más duraderos.

Entonces Jesús *miró a su alrededor* y vio a sus críticos que habían venido a espiarle (Lucas 5:17). Estos líderes religiosos tenían todo derecho de investigar el ministerio de este nuevo maestro, puesto que la vida religiosa de la nación estaba bajo su supervisión (Deuteronomio 13). Pero debieron haber venido con mentes y corazones abiertos, buscando la verdad, en vez de una mente de crítica, buscando herejía. Algo de la actitud negativa que había estado presente en Judea (Juan 4:1-4) ya había invadido Galilea, y este fue el principio de la oposición oficial que llevaría al arresto y muerte de nuestro Señor. Jesús era ahora tan popular que los dirigentes judíos no se atrevían a ignorarlo. En verdad, deben haber llegado

18 Diligentes en Cristo

temprano a la reunión, porque estaban precisamente donde se hallaba la acción. Quizá Jesús con toda gracia les dio los primeros asientos.

Cuando el Señor miró sus corazones, vio un espíritu de crítica, y sabía que le acusaban de blasfemia. Después de todo, solo Dios *puede* perdonar pecados; y Jesús acababa de decir al parálítico que sus pecados le eran perdonados. ¡Jesús estaba aduciendo ser Dios!

Pero al siguiente instante *demonstró* ser Dios al leer los corazones de ellos, y decirles lo que estaban pensando (Juan 2:25; Hebreos 3:13). Puesto que ellos querían razonar las cosas, les dio algo en que pensar. ¿Qué es más fácil: sanar al hombre o decirle que está perdonado? Obviamente, es más fácil decir: “¡Tus pecados te son perdonados!” *porque nadie puede demostrar si el perdón en realidad tuvo lugar o no*. Así que, respaldando sus palabras, Jesús de inmediato sanó al hombre y le envió a su casa. La sanidad del cuerpo del hombre fue nada más que una ilustración y demostración de la sanidad de su alma (Salmo 103:3). Los escribas y fariseos, por supuesto, no podían sanar al hombre ni perdonar sus pecados; así que quedaron atrapados en su propia trampa y condenados por sus propios pensamientos.

Jesús afirmó su deidad no sólo al perdonar los pecados del hombre y sanar su cuerpo, sino también al aplicarse a sí mismo el título de “Hijo del hombre”. Este título se usa catorce veces en el Evangelio de Marcos, y doce de estas referencias se hallan después del capítulo 8:29, cuando Pedro confesó que Jesús es el Cristo (2:10,28; 8:31,38; 9:9,12,31; 10:33,45; 13:26,34; 14:21,41,62). Era definitivamente un título mesiánico (Daniel 7:13,14) y los judíos lo interpretarían de esa manera. Jesús usó este título cerca de ochenta veces en los Evangelios.

Supón que los dirigentes religiosos le hubieran abierto sus corazones a la verdad ese día, ¿qué hubieran aprendido? Por un lado, podrían haber aprendido que el pecado es como una enfermedad y que el perdón es como recuperar la salud. Esta no era una nueva verdad, ya que las Escrituras del Antiguo Testamento habían dicho lo mismo (Isaías 1:5,6,16-20; Salmo 103:3); pero ahora la habían visto demostrada ante sus propios ojos. También podrían haber aprendido que Jesucristo de Nazaret es en verdad el Salvador con autoridad para perdonar pecados, y sus propios pecados podían haber sido perdonados. ¡Qué oportunidad se perdieron por haber acudido a la reunión con un espíritu de crítica en vez de un corazón arrepentido!

2. Cumplimiento (2:13-22)

Pronto se hizo evidente que Jesús deliberadamente se asociaba con los menospreciados de la sociedad judía. ¡Incluso llamó a un cobrador de impuestos a ser uno de sus discípulos! No sabemos si Leví era un pillo, aun cuando la mayoría de los cobradores de impuestos lo eran; pero el hecho de que trabajara para Herodes Antipas y para los romanos era suficiente para ponerlo en desgracia ante los judíos leales. Sin embargo, cuando Jesús lo llamó, Leví no discutió ni se demoró, más bien se levantó y siguió a Jesús, aun sabiendo que Roma jamás le volvería a dar su trabajo. Quemó sus naves (“Y dejándolo todo”, Lucas 5:28), recibió un nuevo nombre (“Mateo, don de Dios”), y entusiásticamente invitó a sus amigos pecadores a conocer al Señor Jesús. Estos eran judíos como él mismo que no seguían la Ley ni parecían tener mayor interés en las cosas religiosas. Era exactamente la clase de personas a quienes Jesús quería alcanzar.

20 Diligentes en Cristo

Por supuesto, había presente los que le criticaban, pero nuestro Señor usó una pregunta para enseñar a los presentes más acerca de sí mismo y de la obra espiritual que vino a hacer. Explicó su misión usando tres comparaciones interesantes.

El médico (2:16,17). Jesús no consideraba a estas personas como rechazadas aun cuando habían sido excomulgados por los dirigentes religiosos. Los amigos de Mateo eran *pacientes* que necesitaban de un médico, y Jesús era ese Médico. Ya hemos visto que el pecado se puede comparar con la enfermedad y el perdón con la restauración de la salud. Ahora vemos que a nuestro Salvador se le puede comparar con un médico: Viene a nosotros en nuestra necesidad; hace el diagnóstico perfecto; provee la cura final y completa, y además *¡paga la cuenta!* ¡Qué médico!

Pero hay tres clases de “pacientes” a quienes Jesús no puede sanar de la enfermedad de su pecado: (1) los que no saben de él; (2) los que saben de él pero rehusan confiar en él; y 3) los que no admiten que lo necesitan. Los escribas y fariseos eran de esta tercera categoría, como lo son los pecadores de hoy que se creen justos. A menos que admitamos que somos pecadores y que merecemos el castigo de Dios, no podemos ser salvos. Jesús salva solo a pecadores (Lucas 19:10).

En los días de Jesús, como en los días de los profetas, había quienes pretendían dar sanidad espiritual a la gente, pero cuyos remedios eran ineficaces. Jeremías reprochó a los sacerdotes y falsos profetas de su día por ser médicos inútiles que daban a la nación tan solo falsa esperanza. “Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz” (Jeremías 6:14; 8:11). Aplicaban sus supuestas medicinas a los síntomas superficiales y no

llegaban a la raíz del problema básico: el corazón lleno de pecado (Jeremías 17:9). Hoy debemos cuidarnos de estos médicos ineficaces.

El esposo (2:18-20). Mientras que la primera pregunta de ellos tenía que ver con la clase de compañía que Jesús buscaba, la segunda levantaba la cuestión de por qué Jesús disfrutaba tanto con esa gente a la mesa. Su conducta, según ellos, parecía impropia. Juan el Bautista fue un hombre austero, algo así como un solitario; pero Jesús aceptaba invitaciones a comer, jugaba con los niños, y disfrutaba de las reuniones sociales (Mateo 11:16-19). Sin duda los discípulos de Juan se escandalizaban al ver a Jesús en una ocasión festiva, y los discípulos de los fariseos (Mateo 23:15) se les unieron en seguida a su perplejidad.

Jesús ya había dejado en claro que había venido a convertir a los pecadores, no a felicitar a los que se creen ser justos. Ahora les dice que había venido a traer alegría, no tristeza. Debido al legalismo impuesto por los escribas y fariseos, la religión judía se había convertido en toda una carga. La gente pobre se sentía agobiada por preceptos y reglas que eran imposibles de obedecer (Mateo 23:4). “¡La vida no tiene que ser un funeral!” les dijo Jesús. “¡Dios quiere que la vida sea una fiesta de bodas! Yo soy el novio, y estas personas son mis invitados a la boda. ¿No se supone que los invitados a una boda disfruten de la ocasión?”

Los judíos sabían que el matrimonio era una de las ilustraciones usadas en el Antiguo Testamento para explicar la relación de Israel con el Señor. Estaban *desposados con Jehová* y le pertenecían solo a él (Isaías 54:5; Jeremías 31:32). Cuando la nación se volvió a los dioses ajenos, como lo hacía con frecuencia, cometió *adulterio espiritual*. Fueron infieles a su *Esposo*, y tenían

22 Diligentes en Cristo

que ser disciplinados. El principal tema de Oseas es el amor de Dios por su adúltera esposa y su deseo de restaurar la nación a su favor.

Juan el Bautista ya había anunciado que Jesús era el Esposo (Juan 3:29), y nuestro Señor había realizado su primer milagro en una gozosa fiesta de bodas (Juan 2:1-11). Ahora invitaba a la gente a venir a las bodas; después de todo, convertirse en creyente no es muy diferente de entrar en una relación matrimonial (Romanos 7:4: “para que seáis de otro”). Dos personas se casan no solo porque se conocen, ni porque tienen fuertes sentimientos el uno por el otro. Para casarse, deben comprometerse el uno al otro y dar a conocer este compromiso. En la mayoría de las sociedades el hombre y la mujer afirman públicamente este compromiso al decir: “Sí, acepto”.

La salvación del pecado incluye mucho más que sólo el conocimiento de Cristo, o sus fuertes sentimientos hacia él. La salvación se recibe cuando el pecador se entrega a Jesucristo y le dice: “Sí, acepto”. En ese momento el creyente entra en el gozo de esta espiritual relación matrimonial para llevar su nombre, compartir su riqueza y poder, disfrutar de su amor y protección, y un día vivir en su gloriosa mansión en el cielo. Cuando tú *te casas con Cristo* la vida se convierte en una fiesta de bodas, a pesar de las pruebas y dificultades.

El versículo 20 es un indicio de la muerte de nuestro Señor, su resurrección y retorno al cielo. Es improbable que sus discípulos, en esta etapa tan temprana de su preparación, hayan comprendido lo que Jesús quiso decir. Sin embargo, Jesús no estaba sugiriendo que su ausencia de la tierra querría decir que sus seguidores debían reemplazar la fiesta de bodas con un funeral. Simplemente estaba recalcando que el ayuno ocasional sería apropiado

en un tiempo futuro, pero que la celebración gozosa debiera ser la experiencia normal de los creyentes.

El vestido y los odres (2:21,22). Jesús nos ha enseñado dos lecciones importantes sobre su ministerio: (1) Vino para salvar a los pecadores, no a llamar a los religiosos; y (2) vino para traer alegría y no tristeza. La tercera lección es esta: Vino para introducir lo nuevo, no para remendar lo viejo.

Los dirigentes religiosos quedaron impresionados con la enseñanza de nuestro Señor, y tal vez les hubiera gustado hacer algunas de sus ideas parte de su propia tradición religiosa. Esperaban algún tipo de acomodo que retendría lo mejor del judaísmo farisaico y lo mejor de lo que Cristo ofrecía. Pero Jesús expuso la necedad de tal enfoque. Sería como arrancar parches de un vestido nuevo que no se ha encogido, y coserlos en un vestido viejo. Se arruinaría el vestido nuevo; luego, cuando el vestido viejo se lavara, los remiendos se encogerían y arruinarían ese vestido también (Lucas 5:36-39). O, sería como poner vino nuevo y sin fermentar en odres viejos y resecos. Tan pronto como el vino nuevo empezara a fermentarse, los gases formados harían reventar los odres viejos y se perdería tanto el vino como los odres.

Jesús vino para dar paso a lo nuevo, no para unirlo con lo viejo. La economía mosaica estaba decayendo, envejeciendo, y lista para desaparecer (Hebreos 8:13). Jesús establecería un nuevo pacto en su sangre (Lucas 22:19,20). La ley sería escrita en los corazones humanos, no en piedra (Hebreos 10:15-18; 2 Corintios 3:1-3); y el Espíritu Santo morando en ellos capacitaría al pueblo de Dios para cumplir la justicia de la ley (Romanos 8:1-4).

Al usar esta ilustración Jesús refutó de una vez por todas la idea popular de una religión mundial de acomodo. Dirigentes bien intencionados, pero ciegos espiritualmente,

24 Diligentes en Cristo

han sugerido que tomemos “lo mejor” de cada religión, lo mezclamos con lo “mejor” de la fe cristiana, y así fabriquemos una fe falsa que sería aceptable para todos. Pero la fe cristiana es *exclusiva* en su carácter; no acepta ninguna otra fe como igual o superior. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

La salvación no es un remiendo parcial en la vida de uno; es un nuevo vestido de justicia (Isaías 61:10; 2 Corintios 5:21). La vida cristiana no es una combinación de lo viejo y lo nuevo; más bien, es el cumplimiento de lo viejo en lo nuevo. Hay dos maneras de destruir algo: puedes triturarlo, o puedes permitir que se cumpla. Una bellota, por ejemplo, puede ser triturada con un martillo, o se la puede plantar y permitir que crezca hasta ser un roble. En ambos casos se consigue la destrucción de la bellota; pero en el segundo caso se destruye al cumplirse.

Jesús cumplió las profecías, tipos y demandas de la ley mosaica. La ley fue terminada en el Calvario cuando el perfecto sacrificio fue ofrecido de una vez por todas por los pecados del mundo (Hebreos 8—10). Cuando confías en Jesucristo, llegas a ser parte de una nueva creación (2 Corintios 5:17), y siempre hay nuevas experiencias de gracia y gloria. Qué tragedia es cuando las personas se aferran a su tradición religiosa muerta en vez de aferrarse a la verdad espiritual viva. ¿Por qué atesorar las sombras cuando la realidad ha venido? (Hebreos 10:1 ss.). En Jesucristo tenemos el cumplimiento de todo lo que Dios ha prometido (2 Corintios 1:20).

3. Libertad (2:23—3:12)

Los judíos atesoraban el sábado como una institución sagrada. Dios le dio al pueblo de Israel el sábado después

de que salieron de Egipto (Nehemías 9:14; Exodo 20:8-11), y fue una señal especial entre Israel y Jehová (Exodo 31:13-17). En la Biblia no hay ningún registro de que Dios le haya dado el sábado a alguna otra nación. Así que, cuando Jesús empezó abiertamente a violar las tradiciones del sábado, fue como declarar la guerra contra el establecimiento religioso. Empezó su campaña al sanar a un hombre que había estado enfermo por treinta y ocho años (Juan 5), y luego siguieron los sucesos que se registran en esta sección.

La tradición judía establecía que habían treinta y nueve actos que estaban estrictamente prohibidos en el sábado. Moisés había prohibido el trabajo en el sábado, pero no dio muchos detalles específicos (Exodo 20:10). Era ilegal encender fuego para cocinar (Exodo 35:3), recoger leña (Números 15:32 ss), llevar cargas (Jeremías 15:32 ss), o hacer negocio (Nehemías 10:31; 13:15,19). Pero la tradición judía se había dado a grandes detalles e incluso informado a la gente cuánta distancia podía recorrer en el sábado (200 codos, basándose en Josué 3:4). En breve, el sábado se había convertido en una carga agobiante, símbolo de la onerosa esclavitud religiosa que se había apoderado de la nación.

Después de sanar al hombre en el estanque de Betesda, el siguiente acto de *desafío del sábado* de parte de nuestro Señor fue andar por los sembríos y permitir que sus discípulos arrancaran espigas, las frotaran entre las manos, y se comieran el trigo. No era ilegal que una persona con hambre recogiera algo del fruto o grano de otro, siempre y cuando no llenara ningún recipiente ni usara alguna herramienta para cosechar (Deuteronomio 23:24,25). Sin embargo, no fue esto lo que molestó a los fariseos. Se molestaron porque los discípulos habían trabajado en el día de reposo.

26 Diligentes en Cristo

En el relato de Mateo de este suceso, Jesús da tres argumentos para defender a sus discípulos: lo que dijo David (Mateo 12:3,4), lo que los sacerdotes hacían (vv.5,6), y lo que hizo el profeta Oseas (vv.7,8). A los lectores romanos de Marcos no les interesarían los profetas y sacerdotes judíos, así que Marcos se concentró en David, a quien los romanos reconocerían como un gran héroe y rey. El argumento es razonable: Si a un rey con hambre y sus hombres le fue permitido comer del pan consagrado del tabernáculo (1 Samuel 21:1-6), entonces estaba bien que el Señor del sábado les permitiera a sus hombres comer del grano de sus campos. David quebrantó una ley definitiva dada por Moisés, porque el pan de la proposición era solo para los sacerdotes (Levítico 24:5-9); pero los discípulos habían violado sólo la tradición hecha por los hombres. Dios se preocupa más por suplir las necesidades de la gente que por proteger la tradición religiosa. Los fariseos tenían sus prioridades confundidas.

¿Cometió Jesús una equivocación al mencionar a Abiatar como sumo sacerdote? El registro de 1 Samuel 21 menciona a Abimelec, padre de Abiatar (1 Samuel 22:20), como sumo sacerdote; así que las palabras de nuestro Señor parecen ser una contradicción. No lo son. Es posible que tanto padre e hijo tuvieran ambos nombres (1 Crónicas 18:16; 24:6; 1 Samuel 22:20; 2 Samuel 8:17). También es probable que nuestro Señor usara “Abiatar” para referirse al *pasaje* del Antiguo Testamento que se refiere a Abiatar, antes que al individuo. Esta era la manera en que los judíos identificaban las secciones de la Palabra, puesto que sus manuscritos no tenían las divisiones en capítulos y versículos como las tenemos hoy en nuestras Biblias (Marcos 12:26).

Ese mismo día de sábado Jesús fue a la sinagoga para adorar; y mientras estaba allí deliberadamente sanó a un hombre. Por cierto que podría haber esperado un día más, pero de nuevo Jesús quería retar las tradiciones legalistas farisaicas. Esta vez los fariseos (Lucas 6:7) estaban esperando que le sanara, así que tenían los ojos bien abiertos. Las preguntas de nuestro Señor en Marcos 3:4 nunca recibieron respuesta de parte de sus enemigos. Puesto que el *mal* está obrando todos los días, aun en el día de reposo, ¿por qué el *bien* no podría obrar igualmente? La muerte siempre está obrando, pero eso no debe impedir que tratemos de salvar una vida.

Jesús podía ver “la dureza de sus corazones”, y su pecado le hizo enojar. Nuestro Señor nunca se enojó contra los publicanos y pecadores, pero sí expresó su ira contra los fariseos santurriones (Mateo 23). Ellos preferían proteger sus tradiciones que ver al hombre sanado. El hombre, por supuesto, sabía muy poco de este conflicto espiritual, simplemente obedeció la orden de nuestro Señor, estiró la mano y al instante quedó sano.

Tanto se enfurecieron los fariseos por lo que Jesús había hecho que se unieron con los herodianos y empezaron a fraguar planes para arrestar a Jesús y destruirle. Los herodianos no eran un partido religioso, sino un grupo de judíos que simpatizaban con el rey Herodes y respaldaban su gobierno. La mayoría de judíos detestaba a Herodes y obedecía sus leyes a regañadientes; así que fue una sorpresa que los fariseos, que eran judíos estrictos, se unieran con estos políticos desleales. Pero fue un enemigo común— Jesús—lo que juntó a esos dos grupos.

En respuesta a esta oposición unida Jesús simplemente se alejó de allí; pero no pudo evitar que las grandes multitudes le siguieran. Por supuesto, estas multitudes eran

28 Diligentes en Cristo

peligrosas para su causa, porque no tenían motivación espiritual; y las autoridades podían acusarle de encabezar una revuelta popular contra los romanos. Sin embargo, Jesús recibió a la gente, sanó a los enfermos y curó a los endemoniados. De nuevo, advirtió a los demonios que no revelaran quién era él (Marcos 1:23-26).

Nuestro Señor ya había llegado a una crisis en su ministerio; grandes multitudes lo seguían, pero su interés no era las cosas espirituales. Los dirigentes religiosos querían destruirlo, y hasta algunos de los amigos de Herodes estaban interviniendo. Su próximo paso sería pasar toda la noche en oración (Lucas 6:12), llamar a doce hombres para que le ayudaran como apóstoles, y predicar un sermón, el Sermón del Monte, para explicar la base espiritual de su reino.

Les ofreció perdón, satisfacción y libertad, pero ellos rehusaron su oferta.

¿Has aceptado *tú* su oferta?

El Siervo, las multitudes y el reino

Marcos 3:13—4:34

En dondequiera que Jesús iba, las multitudes emocionadas se agolpaban para ver al Siervo de Dios (Marcos 3:7-9,20,32; 4:1). Si Jesús hubiera sido un personaje célebre y no un siervo, hubiera alentado a las multitudes y habría tratado de complacerlas (Mateo 11:7-15). En lugar de eso, se retiró de las multitudes y empezó a ministrar especialmente a sus discípulos. Jesús sabía que la mayoría de la gente que se agolpaba para acercársele eran superficiales e insinceras, pero sus discípulos no lo sabían. Para que ellos no tomaran este éxito seriamente, Jesús tenía que enseñar a estos hombres la verdad acerca de las multitudes y el reino. En esta sección vemos tres respuestas de nuestro Señor a la persistencia de la multitud.

1. Fundó una nueva nación (Marcos 3:13-19)

El número de los discípulos es significativo porque hubieron doce tribus en la nación de Israel. En Génesis Dios empezó con los doce hijos de Jacob, y en Exodo los desarrolló

30 Diligentes en Cristo

hasta que fueron una nación poderosa. Israel fue escogida para traer al mundo al Mesías y para que por medio de él todas las naciones de la tierra fueran bendecidas (Génesis 12:1-3). Sin embargo, la nación de Israel había declinado espiritualmente y estaba lista para rechazar a su propio Mesías. Dios tenía que establecer una “nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9), y los doce apóstoles eran el núcleo de esta nueva nación espiritual (Mateo 21:43).

Jesús pasó toda la noche en oración antes de escoger a estos doce hombres (Lucas 6:12). Cuando los seleccionó tenía tres propósitos en mente: (1) prepararlos mediante el ejemplo y enseñanza personal, (2) enviarlos a predicar el evangelio, y (3) darles autoridad para sanar y echar fuera demonios. (Marcos 1:14,15,38,39; 6:7-13.) Estos doce hombres podrían así ser capaces de continuar la obra de Jesús cuando él regresara al Padre, y podrían preparar a otros para realizar el ministerio después de ellos (2 Timoteo 2:2).

En el Nuevo Testamento hallarás otras tres listas de los nombres de los doce apóstoles: Mateo 10:2-4; Lucas 6:14-16; Hechos 1:13. Lucas nos dice que Jesús les dio el nombre especial de “apóstoles”. Un discípulo es alguien que aprende al hacer; nuestro término moderno equivalente sería *aprendiz*. Un apóstol es alguien que es enviado en servicio oficial con una comisión. Jesús tenía muchos discípulos pero solo doce apóstoles, sus embajadores especiales.

Al comparar las listas parece que los nombres están arreglados en pares: Pedro y Andrés, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé (Natanael [Juan 1:45]), Tomás y Mateo (Leví), Santiago hijo de Alfeo y Tadeo (Judas, hijo de Jacobo, no el Iscariote [Juan 14:22]), Simón el zelote y Judas Iscariote. Puesto que Jesús envió a sus apóstoles de dos en dos, era una manera lógica de mencionar sus nombres (Marcos 6:7).

El nombre de Simón fue cambiado a Pedro, “roca” (Juan 1:40-42), y el de Leví fue cambiado a Mateo, *don de Dios*. A Jacobo y a Juan les puso sobrenombres “Bonaerges, ...hijos del trueno”. Comúnmente se piensa de Juan como el apóstol del amor, pero ciertamente no empezó con esa clase de reputación, ni tampoco Jacobo su hermano (Marcos 9:38-41; 10:35-39; Lucas 9:54,55). Es alentador ver lo que Jesús pudo hacer con este grupo tan diverso de candidatos tan improbables para el servicio cristiano. ¡Todavía hay esperanza para nosotros!

Marcos definió la palabra hebrea *Bonaerges* porque estaba escribiendo para lectores romanos. En su evangelio hallarás varias de estas *palabras especiales* para gentiles (Marcos 5:41; 7:11,34; 11:9; 14:36; 15:22,34). La palabra “cananista” de 3:18 no tiene nada que ver con origen nacional o racial. Es la palabra hebrea, que procede de una palabra que quiere decir *ser celoso*. Los zelotas eran un grupo de judíos extremistas organizados para derrocar a Roma; y usaban todo medio disponible, aun el asesinato, para avanzar su causa. El historiador Josefo los llamaba “los del puñal.” Sería interesante saber cómo Simón el Zelote respondió cuando vio por primera vez a Mateo, ex-empleado de Roma.

Si se consulta una armonía paralela de los Evangelios, se verá que entre 3:19 y 20 Jesús predicó el Sermón del Monte (Mateo 5—7) y participó en los eventos descritos en Lucas 7:1—8:3. El Evangelio de Marcos no incluye ese famoso sermón porque su énfasis recae en lo que Jesús hizo en vez de lo que dijo.

2. Estableció una nueva familia (Marcos 3:20,21,31-35)

Los amigos de nuestro Señor estaban seguros de que Jesús estaba confundido, y posiblemente había perdido el

32 Diligentes en Cristo

juicio. Cuando vieron las grandes multitudes que le seguían, y oían los asombrosos informes de él, se convencieron de que necesitaba ayuda desesperadamente. El simplemente no estaba llevando una vida normal, así que sus amigos fueron a Capernaum “para prenderle”. Luego su madre y sus hermanos (6:3) viajaron como cincuenta kilómetros desde Nazaret para suplicarle que fuera a casa para descansar, pero ni ellos lograron llegar cerca de él. Este es el único lugar en el Evangelio de Marcos en donde se ve a María, y su esfuerzo fue un fracaso.

La historia revela que por lo general los contemporáneos juzgan mal a los siervos de Dios, y a menudo sus propias familias los mal entienden. Muchas personas de Chicago llamaban a D. L. Moody “el loco Moody”, e incluso al gran apóstol Pablo se le tildó de loco (Hechos 26:24,25). Emily Dickinson escribió:

Mucha locura es el sentido más divino
para el ojo que discierne;
Mucho sentido es la más rotunda locura.

Porque la mayoría
en esto, como en todo, prevalece.
Asiente, y estás cuerdo;
Pon reparos, y eres al instante peligroso,
y te sujetarán con cadenas.

Nuestro Señor no estaba siendo descortés con su familia cuando se quedó en la casa y no trató de verlos. Sabía que sus motivos eran puros pero su propósito definitivamente estaba errado. Si Jesús se hubiera avenido a su familia, hubiera caído directamente en manos de la oposición. Los

dirigentes religiosos habrían dicho: “¿Lo ven? Concuerda con su familia. ¡Necesita ayuda! No tomen a Jesús nazareno demasiado en serio”. En lugar de ceder, Jesús usó esta crisis como una oportunidad para enseñar una lección espiritual: Su “familia” se compone de los que hacen la voluntad de Dios. Los medios hermanos de nuestro Señor no eran creyentes (Juan 7:1-5), y Jesús se sentía más cerca de los publicanos y pecadores que eran creyentes que de Jacob, José, Judas y Simón.

Nuestro Señor no estaba sugiriendo que los creyentes deben abandonar o ignorar a sus familias a fin de servir a Dios, sino sólo que deben poner la voluntad de Dios por sobre todo lo demás en la vida. Nuestro amor por Dios debe ser tan grande que nuestro amor por nuestras familias parecería odio en comparación (Lucas 14:26). Por cierto que es la voluntad de Dios que cuidemos de nuestras familias y hagamos provisión para ellos (1 Timoteo 5:8), pero no debemos permitir que aun nuestros seres mas queridos influyan en nosotros para alejarnos de la voluntad de Dios. Cuando se considera la importancia de la familia en la sociedad judía, es fácil imaginarse lo radical que resonaban las palabras de Cristo a los oídos de los oyentes.

¿Cómo entra uno en la familia de Dios? Mediante el nuevo nacimiento, un nacimiento espiritual (Juan 3:1-7; 1 Pedro 1:22-25). Cuando el pecador confía en Jesucristo como Salvador, experimenta este nuevo nacimiento y entra en la familia de Dios. Participa de la naturaleza divina de Dios (2 Pedro 1:3,4), y puede llamar a Dios “Padre” (Romanos 8:15,16). Este nacimiento espiritual no es algo que logramos por nosotros mismos, ni otros pueden hacerlo por nosotros (Juan 1:11-13). Es la obra de la gracia de Dios; todo lo que podemos hacer es creer y recibirlo (Efesios 2:8,9).

34 Diligentes en Cristo

3. Anunció un nuevo reino (Marcos 3:22-30; 4:1-34)

Las multitudes esperaban que Jesús libertara a la nación y derrotara a Roma. En vez de eso, Jesús llamó a doce hombres comunes y fundó una *nueva nación*, una nación espiritual cuyos ciudadanos tienen sus nombres escritos en el cielo (Lucas 10:20; Filipenses 3:20). Las multitudes querían que Jesús se comportara como judío leal y honrara a su familia, pero Jesús estableció una *nueva familia* formada por todos los que confiaran en él e hicieran la voluntad de Dios. Las multitudes también esperaban que Jesús restaurara el reino y devolviera a Israel su gloria perdida; pero su respuesta fue anunciar un nuevo reino, un reino espiritual.

“Reino” es una palabra clave en esta sección (Marcos 3:24; 4:11,26,30). Juan el Bautista había anunciado que la llegada del Rey estaba a las puertas y había advertido a la gente que se preparara para recibirlo (Juan 1:1-8). Jesús tomó el mensaje de Juan y predicó las buenas nuevas del reino y la necesidad de que los pecadores se arrepintieran y creyeran (Juan 1:14,15). Pero ¿cómo es ese reino? Si el Señor no iba a restaurar a Israel y establecer un reino político, ¿qué clase de reino proponía establecer?

En este punto Marcos introdujo una nueva palabra: “parábolas” (3:23; 4:2,10,11,13,33,34). Jesús explicó el reino, no dictando una conferencia sobre teología, sino usando ilustraciones que captaran la atención de la gente y les obligaran a usar su imaginación y a pensar. La palabra “parábola” procede de dos palabras griegas que quieren decir *poner al lado* (*pará*, junto, al lado; *baló*, echar, poner). Una parábola es una historia o ilustración colocada junto a una enseñanza para ayudarnos a comprender su significado. Es mucho más que una historia terrenal con significado celestial, y por cierto que no es una ilustración

como las que usa un predicador en su sermón. Una verdadera parábola involucra profundamente al oyente y le obliga a tomar una decisión personal sobre la verdad divina y su propia vida. Tan penetrantes y personales son las parábolas que después de oír varias de ellas, los dirigentes religiosos querían matar al Señor Jesús. (Mateo 21:45,46).

Una parábola empieza inocentemente como *un cuadro* que capta nuestra atención y despierta nuestro interés. Pero al estudiar el cuadro, se convierte en *un espejo* en el cual de súbito nos vemos a nosotros mismos. Si continuamos mirándolo por fe, el espejo se convierte en *una ventana* por la que vemos a Dios y su verdad. La forma en que respondemos a esa verdad determinará la verdad adicional que Dios nos enseñará.

¿Por qué enseñó Jesús en parábolas? Sus discípulos le hicieron la misma pregunta (Marcos 4:10-12; Mateo 13:10-17). Un estudio cuidadoso de su respuesta revela que Jesús usó parábolas tanto para ocultar la verdad como para revelarla. La multitud no juzgaba las parábolas; las parábolas juzgaban a la multitud. El oyente descuidado, que pensaba saberlo todo, escuchaba una historia que en realidad no comprendía; y el resultado en su vida sería juicio (Mateo 11:25-30). El oyente sincero, con deseo de saber la verdad de Dios, meditaría en la parábola, confesaría su ignorancia, se sometería al Señor, y empezaría a comprender la lección espiritual que Jesús quería enseñar.

Jesús dio gran importancia al *oír la palabra de Dios*. De una forma u otra, la palabra *oír* se usa trece veces en Marcos 4:1-34. Obviamente, nuestro Señor estaba hablando, no de oír físicamente, sino de oír con discernimiento espiritual. Oír la palabra de Dios quiere decir comprenderla y obedecerla (Santiago 1:22-25).

36 Diligentes en Cristo

Nuestro Señor enseñó con varias parábolas para ayudar a la gente (y eso incluía a sus discípulos) a comprender la naturaleza de su reino.

El fuerte (3:22-30). Jesús sanó a un endemoniado ciego y mudo (Mateo 12:22-24) y los escribas y fariseos usaron ese milagro como una oportunidad para atacarle. La multitud estaba diciendo: “Tal vez este hombre en verdad es el Hijo de David, el Mesías”, pero los dirigentes religiosos dijeron: “¡No; lo que pasa es que está afiliado con Beelzebú! Es el poder de Satanás lo que obra en él, y no el poder de Dios”.

“Beelzebú” (o “Beelzebub”) es otro nombre para el diablo, y significa *amo de la casa*. Jesús aprovechó este significado y enseñó una parábola sobre un hombre fuerte que guarda su casa. Para saquear la casa, uno debe primero vencer al fuerte.

Jesús expuso tanto la mala teología como la lógica defectuosa de sus atacantes. Si fuera por el poder de Satanás que Jesús había echado fuera al demonio, entonces ¡Satanás estaba en realidad luchando contra sí mismo! Eso quería decir que la casa y reino de Satanás estaba dividida y por consiguiente al borde del colapso. Satanás había estado guardando a ese hombre con todo cuidado porque el diablo no quiere perder nada de su territorio. El hecho de que Jesús libró al hombre era prueba de que era más fuerte que Satanás y que Satanás no podía detenerlo.

Jesús hizo mucho más que responder a la falsa acusación, él pasó a explicar la seriedad de lo que ellos habían dicho. Después de todo, nuestras palabras revelan lo que hay oculto en el corazón (Mateo 12:35), y lo que hay en el corazón determina nuestro carácter, conducta y destino. A veces decimos: “¡Es barato hablar!” Pero en realidad lo que

decimos puede ser muy costoso. Jesús advirtió a los dirigentes religiosos judíos que estaban en peligro de cometer el pecado eterno e imperdonable (Mateo 12:32).

Cuando se le pregunta a la gente “¿Cuál es el pecado imperdonable?” por lo general responden: “Es la blasfemia contra el Espíritu Santo”, o “Es el pecado de atribuir al diablo las obras del Espíritu Santo.” Hablando históricamente, estas afirmaciones son ciertas; pero en realidad no contestan a la pregunta. ¿Cómo blasfemamos *hoy* contra el Espíritu de Dios? ¿Qué milagros está realizando el Espíritu Santo *hoy* que se pudiera deliberadamente atribuir a Satanás? ¿Es preciso que una persona vea un milagro para cometer este terrible pecado?

Jesús dejó en claro que Dios perdona *todo* pecado y *toda* blasfemia, *incluyendo la blasfemia contra el mismo Hijo de Dios* (Mateo 12:32). ¿Quiere decir esto que Dios el Hijo es menos importante que el Espíritu Santo? ¿Por qué un pecado contra Dios el Hijo sería perdonable y sin embargo un pecado contra el Espíritu Santo sería imperdonable?

La respuesta se halla en la naturaleza de Dios y en sus tratos pacientes con la nación de Israel. Dios el Padre envió a Juan el Bautista a preparar a la nación para la venida de su Mesías. Muchas de las personas del pueblo respondieron al llamado de Juan y se arrepintieron (Mateo 21:32), pero los líderes religiosos *permitieron* que arrestaran a Juan y a la larga que lo mataran. Dios el Hijo vino como estaba prometido y llamó a la nación para que confiara en él, pero los mismos dirigentes religiosos *pidieron* que mataran a Jesús. En la cruz nuestro Señor oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

El Espíritu Santo vino en Pentecostés y demostró el poder de Dios de muchas maneras convincentes. ¿Cómo

38 Diligentes en Cristo

respondieron esos mismos dirigentes religiosos? Arrestando a los apóstoles, mandándoles que se callaran, y luego *¡matando ellos mismos a Esteban!* Esteban les dijo lo que era su pecado: “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51). Ellos habían pecado contra el Padre y el Hijo, pero por gracia habían sido perdonados. Cuando pecaron contra el Espíritu Santo, llegaron al colmo y no podía haber más perdón.

Hoy la gente no puede cometer el pecado imperdonable de la misma manera que los dirigentes religiosos lo hicieron cuando Jesús estaba ministrado en la tierra. Hoy el único pecado que Dios no puede perdonar es el rechazo de su Hijo (Juan 3:16-21,31). Cuando el Espíritu de Dios convence al pecador y revela al Salvador, el pecador puede resistir al Espíritu y rechazar el testimonio de la palabra de Dios, pero eso no quiere decir que ha perdido irrevocablemente todas sus oportunidades para ser salvo. Si se arrepiente y cree, Dios lo perdonará. Aun si el pecador endurece tanto su corazón que parece ser insensible a los ruegos de Dios, mientras hay vida hay esperanza. Tú y yo nunca debemos perder toda la esperanza respecto a ningún pecador porque solo Dios sabe si va a creer o no (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9).

El sembrador y la tierra (Marcos 4:1-20). Esta parábola ayudó a los discípulos a comprender por qué Jesús no se impresionaba por las grandes multitudes que le seguían. Sabía que la mayoría de ellos jamás produciría el fruto de una vida cambiada, porque la palabra que les estaba enseñando era como semilla que caía en tierra mala.

La semilla representa la palabra de Dios (Lucas 8:11) y el sembrador es el siervo de Dios que comparte con otros la palabra (1 Corintios 3:5-9). El corazón humano es como la tierra: Hay que prepararlo para que reciba la

semilla antes de que la semilla pueda echar raíz y producir una cosecha. Como la semilla, la palabra está viva y es capaz de producir fruto espiritual, pero la semilla debe ser sembrada y cultivada antes de que venga la cosecha.

Como entonces, hoy también, hay cuatro clases de corazones que responden al mensaje de Dios en cuatro maneras diferentes. El *corazón duro* (Marcos 4:4,15) resiste la palabra de Dios y facilita a Satanás (las aves) que se la lleve. El suelo se endurece cuando demasiados pies caminan sobre él. Los que descuidadamente abren sus corazones a toda clase de personas e influencias están en peligro de desarrollar corazones duros (Proverbios 4:23). A los corazones duros hay que *ararlos* antes de que puedan recibir la semilla, y esto puede ser una experiencia dolorosa (Jeremías 4:3; Oseas 10:12).

El corazón superficial (Marcos 4:5,6,16,17) es como la tierra de poca profundidad sobre las rocas, muy típico en Palestina. Puesto que no tiene profundidad, lo que se planta allí no dura porque no tiene raíces profundas. Esto representa al oyente emocional que alegremente acepta la palabra de Dios pero en realidad no comprende el precio que hay que pagar para llegar a ser un creyente genuino. Puede haber gran entusiasmo por varios días o semanas; pero cuando empieza la persecución o las dificultades, el entusiasmo se disipa y la alegría desaparece. Es fácil para la naturaleza humana falsificar las emociones religiosas y dar al creyente profesante un sentimiento de falsa confianza.

El corazón aturdido (Marcos 4:7,18,19) ilustra a la persona que recibe la palabra pero en realidad no se arrepiente y quita las malas hierbas de su corazón. Este oyente tiene demasiadas clases de semillas creciendo en su terreno, preocupaciones mundanas, deseo por las

40 Diligentes en Cristo

riquezas, codicia, y la buena semilla de la palabra no tiene espacio en donde crecer. Para cambiar la imagen, esta persona quiere andar en el camino ancho y la senda estrecha al mismo tiempo (Mateo 7:13,14); y esto no se puede hacer.

El corazón fructífero (Marcos 4:8,20) ilustra al verdadero creyente, porque el fruto, una vida cambiada, es la evidencia de la verdadera salvación (2 Corintios 5:17; Gálatas 5:19-23). Los otros tres corazones no producen fruto, por eso concluimos que pertenecen a las personas que no han nacido de nuevo. No todos los verdaderos creyentes producen por igual; pero de toda vida cristiana genuina habrá alguna evidencia de fruto espiritual.

Cada uno de los tres corazones sin fruto está influido por un enemigo diferente: el corazón endurecido, el diablo mismo arrebató la semilla; el corazón superficial, la carne falsifica los sentimientos religiosos; el corazón aturdido, las cosas del mundo sofocan el crecimiento e impiden la producción de fruto. Estos son los tres grandes enemigos del creyente: el mundo, la carne y el diablo (Efesios 2:1-3).

La lámpara (Marcos 4:21-25). En esta parábola nuestro Señor usó un objeto común (una lámpara) en una escena familiar (un hogar). La lámpara era un recipiente de barro lleno de aceite, con una mecha metida en el aceite. Para que la lámpara dé luz tenía que gastarse a sí misma; y había que volver a llenar el aceite. Si la lámpara no estaba encendida, o si estaba cubierta, no servía para nada en la casa.

Los apóstoles eran como esa lámpara: Fueron llamados a propagar la luz de Dios y revelar su verdad. Pero no podían *darla* sin primero *recibirla*; de allí la amonestación de los versículos 24,25. Mientras más oímos la palabra de Dios, más capaces somos de proclamarla a otros. El momento en que pensamos que lo sabemos todo, se nos

quitará lo que creemos saber. Debemos prestar atención a *lo que* oímos (v.24) así como a *como* oímos (Lucas 8:18). Nuestro oír espiritual determina cuánto tenemos para dar a otros. No tiene sentido tratar de cubrir las cosas porque un día Dios las revelará todas.

La semilla que crece (Marcos 4:26-34). La primera parábola nos recuerda que no podemos hacer crecer la semilla; es más, no podemos ni siquiera explicar *cómo* crece. Hay un misterio en el crecimiento de la semilla y la producción de una cosecha. Se requiere una gran cantidad de fe para ser agricultor, así como mucha paciencia. En la parábola del sembrador y la tierra, el Señor sugirió que una gran porción de la semilla esparcida caería en terreno improductivo. Este hecho podría desanimar a sus obreros; así que en esta parábola les aseguró que “a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9).

La segunda parábola les dio a los discípulos tanto una advertencia como una motivación. La motivación fue, que a partir de comienzos muy pequeños, el reino crecería en tamaño y en influencia. Aun cuando la semilla de mostaza no es la más pequeña de las semillas del mundo, probablemente era la más pequeña que los judíos sembraban en sus huertos. Era un símbolo tradicional de algo muy pequeño. Nuestro Señor empezó con doce apóstoles y más tarde hubo 500 creyentes (1 Corintios 15:6). Pedro ganó tres mil el día de Pentecostés y durante todo el libro de Hechos ese número aumentó constantemente (Hechos 4:4; 5:14; 6:1,7). A pesar de los pecados y debilidades de la iglesia, el mensaje ha sido llevado a otras naciones; y un día santos de *toda* nación adorarán ante el trono de Dios (Apocalipsis 5:9).

Pero el crecimiento de la semilla es nada más que una parte de la historia; debemos también tener en cuenta a

42 **Diligentes en Cristo**

las aves en las ramas. En la parábola del sembrador y la tierra, las aves representan a Satanás, que arrebató la semilla (Marcos 4:15). Para ser consistentes en nuestra interpretación debemos tomar esto en consideración, porque ambas parábolas fueron enseñadas el mismo día. El crecimiento del reino no resultará en la conversión del mundo. De hecho, una parte del crecimiento dará a Satanás la oportunidad de entremeterse y ponerse a trabajar. Encontramos a Judas en el grupo de discípulos, y Ananías y Safira estuvieron en comunión en la iglesia de Jerusalén (Hechos 5:1-11). Simón el mago era parte de la iglesia en Samaria (Hechos 8:1-24), y los ministros de Satanás audazmente invadieron la iglesia en Corinto (2 Corintios 11:13-15). Mientras más grande es la red, más grande es la posibilidad de atrapar peces buenos y malos (Mateo 13:47-50).

Por la fe en Jesucristo llegamos a ser ciudadanos de la nación celestial, hijos en la familia de Dios, y súbditos del Rey de reyes y Señor de señores. ¡Qué privilegio conocer al Señor Jesucristo!

¡El Siervo conquista!

Marcos 4:35—5:43

El Siervo de Dios, Jesucristo, es el Maestro de toda situación y Conquistador de todo enemigo. Si confiamos en él y seguimos sus órdenes, no hay necesidad de temer. La victoria es el tema principal de esta porción de la escritura. Marcos registró cuatro milagros que Jesús realizó, y cada milagro nos anuncia la derrota de un enemigo.

1. Victoria sobre el peligro (Marcos 4:35-41)

“Aquel día” se refiere al día en que Jesús pronunció las parábolas del reino. Había estado enseñando a los discípulos la palabra, y ahora les daría una prueba práctica para ver cuánto habían aprendido. Después de todo, el oír la palabra de Dios tiene el propósito de producir fe (Romanos 10:17); y la fe siempre debe ser probada. No es suficiente que meramente aprendamos una lección o que seamos capaces de repetir una enseñanza. Debemos también ser capaces de practicar esa lección por fe, y esa es una razón por la que Dios permite que enfrentemos pruebas en nuestra vida.

44 Diligentes en Cristo

¿Sabía Jesús que la tempestad se avecinaba? ¡Por supuesto que lo sabía! La tormenta era parte de su plan para ese día y ayudaría a los discípulos a comprender una lección que ni siquiera sabían que necesitaban aprender: Se puede confiar en Jesús aun en las tormentas de la vida. Muchas personas tienen la idea de que las tormentas vienen a su vida sólo cuando han desobedecido a Dios, pero no siempre es así. Jonás acabó en una tormenta debido a su desobediencia, pero los discípulos se vieron en medio de una tormenta debido a su *obediencia* al Señor.

La ubicación geográfica del Mar de Galilea se presta para las tormentas violentas. Al cruzar ese mismo mar un verano por la tarde, le pregunté a un guía israelita si había estado alguna vez en una de esas tormentas. “¡Por supuesto que he estado!” replicó, levantando sus manos hacia arriba y meneando su cabeza. “¡Y jamás quiero experimentar otra!”

La tormenta descrita en esta pasaje debe haber sido especialmente feroz puesto que aterró a pescadores experimentados, como lo eran los discípulos. Hubo por lo menos tres buenas razones por las que ninguno de los que se hallaban en el barco debían haberse perturbado, aun cuando la situación parecía amenazadora.

Para empezar, tenían la promesa del Señor de que pasarían al otro lado (Marcos 4:35). Sus mandamientos siempre son sus capacitaciones y nada puede impedir la realización de sus planes. Jesús no les prometió un viaje fácil, pero sí les garantizó que llegarían a su destino.

En segundo lugar, el Señor mismo estaba con ellos, así que, ¿qué había que temer? Ellos ya habían visto su poder demostrado en sus milagros, así que debían haber tenido completa confianza en que él podría controlar la situación. Por alguna razón, los discípulos todavía no comprendían que él era en verdad el Maestro de toda situación.

Finalmente, podían ver que Jesús estaba en perfecta paz, aun en medio de la tormenta. Este hecho por sí solo debería haberlos animado. Jesús se hallaba dentro de la voluntad de Dios y sabía que el Padre lo cuidaría, así que tomó una siesta. Jonás durmió durante la tormenta debido a un falso sentido de seguridad, aun cuando andaba huyendo de Dios, pero Jesús se quedó dormido en la tormenta porque estaba verdaderamente seguro en la voluntad de Dios. “En paz me acostaré, y asimismo dormiré; Porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Salmo 4:8).

Cuan a menudo, en las pruebas de la vida, tendemos a imitar a los discípulos, faltos de fe, y como ellos clamamos: “¿Señor: No te preocupas?” Por supuesto que se interesa. Se levantó y reprendió a la tempestad, e inmediatamente se hizo gran calma. Pero Jesús no se detuvo con calmar los elementos, porque el peligro más grande no estaba en el viento o las olas; estaba en la incredulidad de los corazones de los discípulos. Nuestros mayores problemas están dentro de nosotros mismos, no a nuestro alrededor. Esto explica porqué Jesús gentilmente los reprendió y los llamó hombres de poca fe. Le habían oído enseñar la palabra y hasta le habían visto realizar milagros, y ni así tuvieron fe. Fue su incredulidad lo que les hizo temer, y su temor les hizo dudar del cuidado de Jesús. Debemos precavernos de un “corazón malo de incredulidad” (Hebreos 3:12).

Esta fue nada más que una de las muchas lecciones que Jesús enseñaría a sus discípulos en los contornos familiares del Mar de Galilea, y cada lección revelaría alguna maravillosa verdad nueva sobre el Señor Jesús. Ellos ya sabían que él tenía autoridad para perdonar pecados, para echar fuera demonios, y para sanar

46 Diligentes en Cristo

enfermedades. Ahora descubrieron que incluso tenía autoridad sobre el viento y el mar. Esto quería decir que no tenían razón para jamás tener miedo, porque el Señor estaba en control de toda situación.

2. Victoria sobre los demonios (Marcos 5:1-20)

Cuando Jesús y sus discípulos desembarcaron en el otro lado, encontraron dos endemoniados, uno de los cuales era particularmente vocinglero (Mateo 8:28). Esta escena parece ser muy irreal para los que viven en la llamada “civilización moderna”, cuando en realidad, algunos profesores bíblicos creen que la posesión demoniaca está llegando a ser más extenso en la “sociedad moderna”.

En esta escena vemos tres diferentes fuerzas actuando: Satanás, la sociedad y el Salvador. Estas mismas tres fuerzas siguen obrando en nuestro mundo, tratando de controlar la vida de las personas.

Primero, vemos lo que *Satanás* puede hacer a las personas, él es un ladrón cuyo propósito supremo es destruir (Juan 10:10, Apocalipsis 9:11). No se nos dice cómo entraron los demonios en estos hombres y se apoderaron de ellos, pero posiblemente fue el resultado de su entrega al pecado. Los demonios son espíritus inmundos y fácilmente pueden lograr meter un pie en la vida de las personas que cultivan prácticas pecaminosas.

Estos dos hombres se entregaron a Satanás, el ladrón, y lo perdieron todo. Perdieron sus hogares y la comunión con su familia y amigos, además, perdieron su dignidad, puesto que corrían desnudos entre los sepulcros. Perdieron su dominio propio y vivían como bestias salvajes, lanzando alaridos, hiriéndose y aterrizando a los ciudadanos. Perdieron su paz y su propósito para vivir, y

hubieran seguido en esa terrible situación si Jesús no hubiera atravesado una tormenta para rescatarlos.

No se debe subestimar el poder destructivo de Satanás. El es nuestro enemigo y nos destruiría a todos si pudiera. Como león rugiente trata de devorarnos (1 Pedro 5:8,9). Es Satanás quien está obrando en la vida de los incrédulos, haciéndoles “hijos de desobediencia” (Efesios 2:1-3). Los hombres en el cementerio gadareno sin duda fueron ejemplos extremos de lo que Satanás puede hacer a las personas, pero lo que revelan es suficiente como para hacernos querer resistir a Satanás y no tener nada que ver con él.

La segunda fuerza obrando en estos hombres fue la *sociedad*, pero ésta no pudo lograr gran cosa. Todo lo que la sociedad puede hacer por personas en problemas es aislarlas, ponerlas bajo guardia y, si es necesario, atarlas (Lucas 8:29). A menudo estos hombres habían sido encadenados, pero los demonios les habían dado fuerza para romper las cadenas. Aun los intentos de amansar a estos hombres habían fracasado. Con todos sus maravillosos logros científicos, aún la sociedad no puede contender con los problemas causados por Satanás y el pecado. Aunque damos gracias a Dios porque la sociedad ofrece una cantidad limitada de restricción y protección, debemos confesar que la sociedad no puede resolver permanentemente estos problemas y librar a las víctimas que Satanás aterroriza.

Esto nos lleva a la tercera fuerza, la del *Salvador*. ¿Qué hizo Jesús por estos hombres? Para empezar, con toda gracia se acercó a ellos en amor, y hasta atravesó una tormenta para hacerlo. Algunos piensan que la tormenta en sí misma podía haber sido originada por Satanás, puesto que Jesús usó las mismas palabras para calmar el mar como para echar fuera a los demonios (compara Marcos

48 Diligentes en Cristo

1:25 y 4:39). Tal vez Satanás estaba tratando de destruir a Jesús, o por lo menos impedirle que llegue a los hombres que lo necesitaban. Pero nada podía impedir que el Señor llegara a ese cementerio para liberar a estos hombres.

Jesús no sólo vino a ellos, sino que les habló y permitió que ellos hablaran con él. Los ciudadanos de esa región evitaban a los dos endemoniados, pero Jesús les trató con amor y respeto. Vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10).

Es interesante observar que, al hablar los demonios por medio del hombre, confesaron lo que realmente creían. Los demonios tienen fe e incluso tiemblan debido a lo que creen (Santiago 2:19); pero ni su fe ni su temor puede salvarlos. Los demonios creen que Jesús es el Hijo de Dios y que tiene autoridad sobre ellos. Creen en la realidad del juicio y que un día serán lanzados al infierno (Mateo 8:29). ¡Esto es más de lo que muchas personas religiosas creen hoy!

En ninguna parte la Biblia explica ni la psicología, ni la fisiología de la posesión demoniaca. El hombre que habló con Jesús estaba bajo el control de una *legión* de demonios, y una legión romana podía consistir de seis mil hombres. Es aterrador pensar los horrores que este hombre experimentaba día y noche, con miles de espíritus inmundos atormentándole. Sin duda el otro endemoniado experimentaba también su propia agonía.

Satanás quería destruir a estos hombres, pero Jesús vino para librarlos. Por el poder de su palabra echó fuera a los demonios y libró a los hombres. Los demonios también creen en la oración, porque suplicaron a Jesús que no los enviara al abismo, el lugar de tormento (Marcos 5:7; Lucas 8:31). Anima observar que los demonios no sabían lo que Jesús planeaba hacer. Esto sugiere que Satanás puede saber los planes de Dios, sólo si Dios los revela. Es más, no hay

evidencia en la Biblia de que Satanás pueda leer la mente del creyente, mucho menos la mente de Dios.

Marcos 5 nos menciona tres peticiones: Los demonios pidieron a Jesús que los enviara a los cerdos (v.12); los ciudadanos pidieron a Jesús que se fuera de la región (v.17); y uno de los ex-endemoniados pidió a Jesús que le permitiera seguirle (v.18). Nuestro Señor otorgó las primeras dos peticiones, pero no la tercera.

¿Tenía Jesús el derecho de destruir dos mil cerdos y posiblemente poner a los dueños del negocio en bancarrota? Si los hombres eran judíos, no tenían derecho de criar y vender cerdos, siendo animales inmundos. Sin embargo, era territorio gentil, así que los dueños probablemente eran gentiles.

Ciertamente Jesús era libre de enviar a los demonios a cualquier lugar que deseara: al abismo, a los cerdos o a cualquier otro lugar que escogiera. Entonces, ¿por qué los envió a los cerdos? Por un lado, al hacerlo así Jesús dio prueba a todos los espectadores de que en realidad había tomado lugar un milagro de liberación. La destrucción de los cerdos también les dio seguridad a los dos hombres de que los espíritus inmundos en realidad habían salido. Pero más que cualquier otra cosa, el ahogamiento de los dos mil cerdos fue una lección objetiva vívida para la multitud que rechazaba a Cristo que, para Satanás, ¡un cerdo es tan bueno como un hombre! Es más, ¡Satanás convertirá al hombre en cerdo! El Señor estaba advirtiendo a los ciudadanos en contra de los poderes del pecado y Satanás. Fue un sermón dramático ante sus propios ojos: “La paga del pecado es muerte”.

Los que cuidaban los cerdos no quisieron que se les culpara por la pérdida de los cerdos, así que de inmediato fueron corriendo a decir a los dueños lo que había

50 Diligentes en Cristo

sucedido. Cuando los dueños llegaron a la escena, tuvieron miedo al ver los dramáticos cambios que habían tomado lugar en los dos hombres. En lugar de andar corriendo desnudos por todas partes, los hombres estaban vestidos, sentados y en su juicio cabal. ¡Eran nuevas criaturas! (2 Corintios 5:17).

¿Por qué los dueños le pidieron a Jesús que se fuera? ¿Por qué no le pidieron que se quedara e hiciera curas similares para otros necesitados? Los dueños tenían un interés principal: Su negocio, y tuvieron miedo de que si Jesús se quedaba por allí, haría más daño a la economía local. Nuestro Señor no se queda donde no lo quieren, así que se fue. ¡Qué oportunidad se perdió esta gente!

¿Por qué Jesús no permitió que el endemoniado sanado le siguiera? La petición del hombre estuvo ciertamente motivada por amor al Señor Jesús, y ¡qué testimonio tenía! Pero Jesús sabía que el lugar del hombre estaba en su propia casa, con sus seres queridos, en donde podía dar testimonio del Salvador. Después de todo, la vida cristiana eficaz debe empezar en el hogar, donde las personas nos conocen mejor. Si honramos a Dios allí, entonces podemos considerar ofrecernos para el servicio en otra parte. Este hombre llegó a ser uno de los primeros misioneros a los gentiles. Jesús tuvo que irse, pero el hombre se quedó y dio testimonio fiel de la gracia y del poder de Jesucristo. Confiamos en que muchos de esos gentiles creyeron en el Salvador gracias al testimonio del hombre.

3. Victoria sobre la enfermedad (Marcos 5:21-34)

Una multitud lanzó un suspiro de alivio al ver que Jesús se iba, pero otra multitud estaba esperando para darle la bienvenida cuando volvió a Capernaum. En esta segunda multitud había dos personas que deseaban con ansia

especial ver a Jesús: Jairo, cuya hija estaba muriendo, y una mujer anónima que sufría de una enfermedad incurable. Fue Jairo quien se acercó primero a Jesús, pero fue la mujer la que recibió primero la ayuda; así que empezaremos con ella.

El contraste entre estas dos personas necesitadas es agudo y revela la amplitud del amor y misericordia de Cristo. Jairo era un dirigente importante de la sinagoga, y la mujer era una anónima; sin embargo Jesús los recibió y los ayudó a ambos. Jairo estaba a punto de perder a una hija que le había dado doce años de felicidad (v.42), y la mujer estaba a punto de perder una aflicción que le había dado doce años de sufrimiento. Siendo dirigente de la sinagoga, sin duda Jairo era rico; pero su riqueza no podía salvar a su hija moribunda. La mujer ya estaba en la bancarrota. Había gastado todo lo que tenía en médicos, y ninguno había podido curarla. Tanto Jairo como la mujer pobre hallaron la respuesta a sus necesidades a los pies de Jesús (vv.22,33).

La mujer sufría de una hemorragia que era evidentemente incurable, y la estaba destruyendo lentamente. Uno puede apenas imaginarse el dolor y la presión emocional que agotaba toda su energía día tras día. Al considerar las muchas decepciones que ella había tenido con los médicos y la pobreza que le resultó, uno se pregunta cómo pudo ella soportar esto por tanto tiempo. Pero por encima de todo eso le pesaba algo más: Según la ley mosaica, ella estaba ceremonialmente inmunda, lo que restringía grandemente su vida religiosa y social (Levítico 15:19 ss).

Sin embargo, ella no permitió que nada se interpusiera ante ella mientras se abría paso entre la multitud para venir a Jesús. Bien podía haber usado cualquier cantidad de excusas para convencerse de quedarse lejos de él. Podría

52 Diligentes en Cristo

haber dicho: “No soy suficientemente importante como para pedir ayuda a Jesús!” o “Miren: él está yendo con Jairo, así que no voy a molestarlo ahora”. Podría haber razonado que nada le había servido, así que, ¿para qué tratar algo nuevo? O podría haber concluido que no tenía derecho de acudir a Jesús como último recurso, después de haber visto a tantos médicos. Sin embargo, ella dejó a un lado todo razonamiento y excusas, y vino a Jesús por fe.

¿Qué clase de fe tenía la mujer? Era débil, tímida y tal vez algo supersticiosa. Se decía a sí misma que sólo tenía que tocar el vestido del Señor para ser sanada (3:10; 6:56). Había oído los informes de que Jesús había sanado a otros (5:27), así que hizo un gran esfuerzo para llegar al Salvador. No quedó desilusionada: Jesús honró su fe, aunque fuera débil, y sanó su cuerpo.

Esta es una buena lección para todos nosotros. No todos tienen el mismo grado de fe, pero Jesús responde a la fe sin importar cuán débil sea. Cuando creemos, Cristo nos da de su poder y algo ocurre en nuestra vida. Había muchos otros en la multitud que estaban más cerca a Jesús, y hasta codeándose con él, pero no recibieron un milagro. ¿Por qué? Porque no tenían fe. Una cosa es apretarse contra Jesús, y otra muy diferente es confiar en él.

La mujer planeaba escurrirse y perderse entre la muchedumbre, pero Jesús la detuvo. Tiernamente la animó a dar un maravilloso testimonio de lo que el Señor había hecho por ella. ¿Por qué la hizo Jesús decirlo en público? ¿Por qué no le permitió que siguiera anónimamente y se fuera?

Por un lado, lo hizo por el bien de ella misma. Jesús quería ser para ella algo más que un sanador; quería ser su Salvador y amigo. Quería que ella mirara su cara, sintiera su ternura, y oyera sus palabras de amor y

seguridad. Para cuando Jesús terminó de hablar con ella, ella experimentó algo más que sanidad física. Jesús la llamó “hija” y la envió con una bendición de paz (v.34). Ser sanada significaba mucho más que recibir meramente sanidad física. Jesús también le había dado sanidad espiritual.

Jesús la trató en público no sólo por el bien de ella misma, sino también por el bien de Jairo. Su hija estaba a punto de morir y él necesitaba todo el ánimo que pudiera encontrar. Bastaba que la multitud estuviera impidiendo su avance, pero ahora esta mujer tenía que entrometerse y detener a Jesús. Cuando uno de los amigos de Jairo llegó y le anunció que su hija había muerto, sin duda Jairo sintió que el fin había llegado. Las palabras del Señor a la mujer sobre la fe y la paz deben haber alentado a Jairo tanto como la animaron a ella.

Finalmente, Jesús trató con ella públicamente para que ella pudiera tener la oportunidad de decir su testimonio y glorificar al Señor. “Díganlo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo; ...Envío su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina. Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres” (Salmos 107:2,20,21). Sin duda algunas personas en esa multitud oyeron las palabras de la mujer y confiaron en el Salvador; y cuando ella llegó a su casa, ya sabía lo que quería decir testificar de Cristo.

4. Victoria sobre la muerte (Marcos 5:35-43)

No fue fácil para Jairo venir públicamente a Jesús y pedir ayuda. Los dirigentes religiosos que se oponían a Jesús, por cierto no lo aprobarían, ni tampoco los demás dirigentes de la sinagoga. Lo que Jesús había hecho y enseñado en las sinagogas había despertado la ira de los

54 Diligentes en Cristo

escribas y fariseos, algunos de los cuales probablemente eran amigos de Jairo. Pero Jairo estaba desesperado, como muchos lo están cuando vienen a Jesús. Él prefería perder a sus amigos y salvar a su hija querida.

Es hermoso ver a Jesús tratar a Jairo y llevarlo a una gozosa victoria. Durante este evento las palabras de nuestro Señor fueron las que hicieron la diferencia. Considera las tres afirmaciones que hizo.

(1) *La palabra de fe* (5:36). En este punto Jairo tenía que creer en su amigo o en el Señor Jesús. Sin duda todo su ser respondió con tristeza convulsiva al escuchar que su querida hija había muerto. Pero Jesús le aseguró: “No temas, sigue creyendo” (traducción literal). En otras palabras: “Tenías algo de fe cuando viniste a verme, y tu fe fue ayudada al ver lo que hice por esa mujer. ¡No la dejes! ¡Sigue creyendo!”

Era más fácil para Jairo confiar en el Señor mientras su hija todavía estaba con vida, y mientras Jesús se dirigía con él a su casa. Pero cuando Jesús se detuvo para sanar a la mujer, y cuando el amigo llegó con las malas noticias, Jairo estuvo a punto de perder su fe. No seamos duros con él. Probablemente nosotros nos hemos entregado a las dudas cuando las circunstancias y los sentimientos nos abrumaron. A veces Dios se demora y nosotros nos preguntamos por qué. Es entonces cuando necesitamos esa palabra de fe especial del Señor, y la recibimos al pasar tiempo en su Palabra.

(2) *La palabra de esperanza* (5:39). Cuando Jesús y Jairo llegaron a la casa, vieron y oyeron a los plañideros judíos profesionales que se contrataban cuando ocurría una muerte. Era tradicional que ellos lloraran y se lamentaran a gritos, y dirigieran a la familia y a los amigos en sus lamentos. La presencia de los plañideros en la casa es prueba de que la

muchacha estaba realmente muerta, porque la familia no los habría llamado si hubieran tenido la más ligera esperanza de que la muchacha todavía seguía con vida.

“La niña no está muerta, sino duerme” fueron las palabras de esperanza de nuestro Señor a Jairo y su esposa. Para el creyente, la muerte es nada más que dormir; porque el cuerpo descansa hasta el momento de la resurrección (1 Tesalonicenses 4:13-18). El espíritu no duerme, porque en la muerte el espíritu del creyente deja el cuerpo (Santiago 2:26) y va a estar con Cristo (Filipenses 1:20-23). Es el cuerpo el que duerme, esperando el retorno del Señor y la resurrección (1 Corintios 15:51-58). Esta verdad es un gran aliento para todos los que tenemos seres queridos y amigos creyentes que ya han partido por la muerte. Es la palabra de esperanza para nosotros.

(3) *La palabra de amor y poder* (5:41). La incredulidad se ríe de la palabra de Dios, pero la fe se aferra a ella y experimenta el poder de Dios. Jesús no hizo ningún espectáculo de este milagro. Fue sensible a los sentimientos de los padres y lamentó la actitud burlona de los plañideros. *Talita cumi* es una expresión aramea, que quiere decir: “Muchachita, ¡levántate!” Jesús añadió: “A ti yo te digo,” (con énfasis en el yo), porque fue por su autoridad que el espíritu de la muchacha regresó a su cuerpo (Lucas 8:55). Las palabras no fueron ninguna fórmula mágica que algún otro ser humano pudiera usar para levantar a los muertos.

La muchacha no sólo volvió a la vida, sino que también quedó sana de su enfermedad, porque pudo levantarse de la cama y andar. Siendo siempre el Médico cariñoso, Jesús les dijo a sus asombrados padres que le dieran de comer para que la muchacha no se desmayara. Los milagros divinos nunca reemplazan la atención humana de sentido común; de otra manera, estaremos tentando a Dios.

56 Diligentes en Cristo

Como en los milagros previos, Jesús dijo a los testigos que guardaran silencio (Marcos 1:44; 3:12). Tal vez los plañideros esparcieron la palabra de que la muchacha había estado en coma y en realidad no había estado muerta. Según ellos, ¡no había sucedido ningún milagro! Sin embargo, había testigos del milagro, y la ley requería solamente dos o tres testigos para la confirmación de la verdad (Deuteronomio 17:6; 19:15), pero para este milagro hubieron *cinco* testigos. Tenemos razón para concluir que Jairo y su esposa llegaron a creer en Jesucristo, aun cuando no hay ninguna mención adicional de ellos en los Evangelios. La hija fue un testigo del poder de Jesucristo por toda su vida.

Sí, el Siervo de Dios es el conquistador del peligro, los demonios, la enfermedad y la muerte. Esta serie de milagros ilustra cómo Jesús atendió y ayudó a toda clase de personas, desde sus propios discípulos hasta un par de endemoniados, y eso nos da la certeza de que puede ayudarnos a nosotros hoy.

Esto no quiere decir que Dios *siempre* tiene que rescatar a los suyos del peligro (Hechos 12) o sanar toda aflicción (2 Corintios 12:1-10); pero sí quiere decir que él tiene la autoridad suprema y que nunca debemos temer. “Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37).

¿Confiará alguien en el Siervo de Dios?

Marcos 6:1-56

Carlos Darwin dijo que *creer* es “la más completa de todas las distinciones entre el hombre y los animales inferiores”. Si esta observación es cierta, sugiere que la falta de fe de parte del hombre le pone al mismo nivel que los animales. El orador agnóstico, coronel Robert Ingersoll adoptó un punto de vista diferente, porque en una ocasión describió a un creyente como “un pájaro enjaulado sin canto”. Probablemente concordarás que sus palabras ¡describen mejor a un incrédulo!

Uno de los temas centrales de esta sección del Evangelio de Marcos es la incredulidad de la gente que tuvo contacto con el Siervo de Dios. Todas estas personas tuvieron toda razón para confiar en Jesucristo, sin embargo no todas lo hicieron, ¡incluyendo sus propios discípulos! Al estudiar este capítulo ten presente la solemne amonestación de Hebreos 3:12: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo”. Dios toma la incredulidad en serio, e igualmente debemos hacerlo nosotros.

58 Diligentes en Cristo

1. La incredulidad de sus conocidos (Marcos 6:1-6)

Jesús volvió a Nazaret en donde un año antes había sido rechazado por la gente y expulsado de la sinagoga (Lucas 4:16-30). Fue ciertamente un acto de gracia de parte de Jesús dar a la gente otra oportunidad para oír su palabra, creer y ser salvos; sin embargo, sus corazones seguían endurecidos. Esta vez no lo expulsaron; simplemente no lo tomaron en serio.

La reputación de nuestro Señor de nuevo le había precedido, así que se le permitió enseñar en la sinagoga. Ten presente que estaba ministrando a gente que le conocía bien, porque Nazaret era su tierra. Sin embargo, estos conocidos no tenían ninguna percepción espiritual. Es más, Jesús les recordó lo que les había dicho en su primera y dramática visita, que ningún profeta carece de honor sino en su propia tierra y entre su propia gente (Marcos 6:4; Lucas 4:24; Juan 4:44).

Dos cosas asombraron a esta gente: sus obras poderosas y su maravillosa sabiduría. En realidad Jesús no hizo ninguna obra poderosa mientras estuvo allí, así que la gente debe haberse estado refiriendo a lo que habían oído sobre sus milagros (Marcos 1:28,45; 3:7,8; 5:20,21). De hecho, la incredulidad de ellos impidió que Jesús tuviera un mayor ministerio entre ellos.

¿Cuál era el problema de ellos? ¿Por qué no pudieron confiar en él y experimentar las maravillas de su poder y gracia como lo experimentaron otros? Ellos pensaban que en realidad le conocían. Después de todo, había sido su vecino por casi treinta años, le habían visto trabajar en la carpintería, y parecía ser nada más que otro nazareno. Era un hombre común y la gente no veía ninguna razón para entregarse a él.

“La familiaridad cría el desdén” es un dicho bien conocido que se remonta al sirio Publio, que vivió en el

año 2 a de C. Esopo escribió una fábula para ilustrarlo. En la fábula de Esopo una zorra nunca había visto a un león, y cuando se encontró por primera vez con el rey de las bestias, la zorra casi se muere del susto. En el segundo encuentro, la zorra no se asustó tanto; y la tercera vez que vio al león, la zorra se le acercó y ¡hasta conversó con él! “Así resulta”, concluyó Esopo, “la familiaridad hace que hasta las cosas más aterradoras parezcan muy inofensivas”.

Sin embargo, hay que tomar el refrán con reservas. Por ejemplo, ¿puedes imaginarte a un esposo y esposa cariñosos pensando menos el uno del otro sólo porque se conocen muy bien? ¿O dos amigos que empiezan a detestarse uno al otro porque su amistad ha profundizado con el correr de los años? Phillips Brooks lo dice mejor: “La familiaridad cría el desdén, solo con cosas despreciables o entre gente despreciable”. El desdén que mostraron los nazarenos no dice nada de Jesús, ¡pero dice mucho de ellos!

Un turista, con ansia de ver todo en una galería de arte, volaba de un cuadro a otro, casi sin fijarse lo que estaba en los marcos. “No vi nada que sea muy especial allí”, dijo a unos de los guardas. “Señor”, le replicó el guarda, “no son los cuadros lo que está a juicio aquí, sino los visitantes”.

Un carpintero era un artesano muy respetado en esos días, pero nadie esperaba que un carpintero hiciera milagros o enseñara en la sinagoga verdades profundas. ¿De dónde recibía él todo ese poder y sabiduría? ¿De Dios o de Satanás? (Marcos 3:22). Y ¿por qué sus hermanos y hermanas no poseían el mismo poder y sabiduría? Todavía más, ¿por qué sus hermanos y hermanas no creían en él? La gente que lo llamó “hijo de María” en realidad lo estaban insultando; porque en ese día se identificaba a un hombre llamándolo hijo de su padre, no el hijo de su madre.

60 Diligentes en Cristo

Los pobladores de Nazaret “se escandalizaban de él”, lo que literalmente quiere decir *tropezaron en él*. La palabra griega es raíz de la palabra *escandalizarse* del español. Kenneth Wuest escribió en su libro *Wuest's Word Studies* (en inglés): “No pudieron explicarlo, así que le rechazaron”. Jesús fue ciertamente “piedra de tropiezo” para ellos debido a su incredulidad (Isaías 8:14; Romanos 9:32,33; 1 Pedro 2:8).

Dos veces en los evangelios se ve a Jesús maravillándose. Como este pasaje revela, Jesús se maravilló por la incredulidad de los judíos, y se maravilló por la gran fe de un centurión romano, un gentil (Lucas 7:9). En lugar de quedarse en Nazaret, Jesús se fue y dio otra vuelta por las poblaciones y aldeas de Galilea. Su corazón se quebrantó al ver la situación desesperada de la gente (Mateo 9:35-38), así que decidió enviar a sus discípulos a ministrar con su autoridad y poder.

2. La incredulidad de sus enemigos (Marcos 6:7-29)

Cuando el Señor llamó originalmente a los doce apóstoles, su propósito fue enseñarles y adiestrarlos para que lo ayudaran, y con el tiempo pudieran tomar su lugar cuando él volviera al Padre (3:13-15). Antes de enviarlos, volvió a afirmar la autoridad de ellos para sanar y echar fuera demonios (v.7); y les dio algunas instrucciones contundentes (en Mateo 10 encontrará un relato más detallado de este sermón).

Les dijo que llevaran sus posesiones, y que no salieran a comprar equipo especial para sus viajes. No debían sobrecargarse con equipaje adicional. (No es posible pasar por alto la nota de urgencia de este “sermón de comisión”.) Jesús quería que tuvieran suficientes provisiones, pero no al punto de dejar de vivir por fe. La palabra “alforja” quiere

¿Confiará alguien en el Siervo de Dios? 61

decir *alforja de mendigo*. Definitivamente no debían mendigar ni comida ni dinero.

Al ministrarse de lugar en lugar, ellos encontrarían tanto hospitalidad como hostilidad, amigos y enemigos. Jesús les advirtió que se quedaran en una casa en cada población y que no escogieran con demasiado esmero con respecto a comida o alojamiento. Después de todo, debían ser siervos provechosos, no invitados mimados. Si alguna casa o población no los recibía, tenían el permiso de Jesús para declarar el juicio de Dios sobre esa gente. Era costumbre que los judíos sacudieran el polvo de sus pies cuando salían de territorio gentil, pero para los judíos hacerlo respecto a sus compatriotas judíos sería algo nuevo (Lucas 10:10,11; Hechos 13:51).

La palabra que se traduce “enviar” en el versículo 7 es el vocablo griego *apostelo*, y de allí se deriva la palabra *apóstol*. Quiere decir *enviar a alguien con una comisión especial para representar a otro y realizar su trabajo*. Jesús dio a estos doce hombres la autoridad apostólica y la capacidad divina para hacer el trabajo que les envió a hacer. No debían hacerlo dependientes de sus propias fuerzas; debían representarlo a él en todo lo que hicieran o dijeran.

Ya observamos (Marcos 3:16-19) que una comparación de las listas de los nombres de los apóstoles revela que los nombres son mencionados en pares: Pedro y Andrés, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé y así sucesivamente. Jesús los envió de dos en dos porque siempre es más fácil y más seguro que los siervos viajen y trabajen juntos. “Mejores son dos que uno” (Eclesiastés 4:9), y la Ley, como se observó previamente, requería dos testigos para verificar un asunto (Deuteronomio 17:6; 19:15; 2 Corintios 13:1). No sólo se ayudarían mutuamente; también aprenderían el uno del otro.

62 **Diligentes en Cristo**

Los hombres se fueron e hicieron lo que Jesús les mandó. Es notable que un grupo de hombres comunes pudieran salir de esta manera para representar al Dios Todopoderoso, y que pudieran demostrar su autoridad al realizar milagros. Los mandamientos de Dios siempre incluyen su capacitación (2 Corintios 3:5,6). Ellos proclamaron las buenas nuevas del reino, llamaron a los pecadores al arrepentimiento, y sanaron a muchos enfermos (Marcos 6:12,13; Lucas 9:6).

Los informes del ministerio de Cristo, además de los de los discípulos (Lucas 9:7), llegaron aun al palacio del Herodes Antipas. Marcos le llama “rey”, que era el título que quería Herodes que le asignaran; pero en realidad, el impío Herodes era solamente un tetrarca, o sea, que gobernaba una cuarta parte de la nación. Cuando murió Herodes el Grande, los romanos dividieron su territorio entre sus tres hijos, y Antipas fue hecho tetrarca de Perea y Galilea.

Herodes Antipas se había casado con la hija del rey Aretas IV, y luego se había divorciado de ella para poder casarse con Herodías, esposa de su medio hermano, Herodes Felipe. Fue una unión perversa, contraria a la ley mosaica (Levítico 18:16; 20:21), y el valiente Juan el Bautista había denunciado al rey por sus pecados. Cuando Herodes oyó de las maravillosas obras de Jesús, estuvo seguro de que Juan el Bautista había vuelto de los muertos para acosarlo y condenarlo. La conciencia de Herodes le fastidiaba, pero no estaba dispuesto a enfrentar con franqueza sus pecados y arrepentirse.

En este punto Marcos echa un vistazo en retrospectiva para explicar cómo Juan el Bautista fue cruel e injustamente arrestado y ejecutado. Incluso en este breve relato sentimos la tensión que había en el palacio, porque Herodes temía a Juan, escuchándole predicar en privado,

pero perplejo por lo que debía hacer. La reina Herodías, por su parte, aborrecía a Juan, quería matarlo y esperaba con paciencia el momento más conveniente. En su carácter perverso y obras malignas, estos dos nos recuerdan a Acab y Jezabel (1 Reyes 18—21).

El “día oportuno” llegó (Marcos 6:21) para que Herodías pusiera en marcha su plan: La celebración del cumpleaños de Herodes. Las fiestas reales eran extravagantes tanto en su ostentación de riqueza como en su provisión para el placer. Los judíos no hubieran permitido que una mujer danzara ante un grupo de hombres, y la mayoría de madres gentiles hubieran prohibido a sus hijas que hicieran lo que hizo la hija de Herodías. (La historia nos informa que la hija se llamaba Salomé.) Pero la muchacha era parte del plan de la madre para librarse de Juan el Bautista, y Salomé hizo su parte muy bien.

Cuando Herodes oyó la macabra petición de la muchacha, “se entristeció mucho” (14:34; en donde el mismo verbo se usa para referirse a Jesús); pero tenía que cumplir lo prometido o quedar mal ante un grupo de personas influyentes. La palabra “juramento” en el versículo 26 está en realidad en plural, *a causa de sus muchos juramentos*, porque Herodes repetidamente había expresado su deseo de recompensar a la muchacha por su presentación. Esta era una manera de impresionar a los invitados, pero el tiro le salió por la culata. Herodes no había tenido el valor suficiente como para obedecer la palabra de Juan, ¡pero ahora tenía que obedecer su propia palabra! El resultado fue la muerte de un hombre inocente.

Es notable que no hay evidencia de que algún líder judío hiciera algo por rescatar a Juan el Bautista después de ser detenido. La gente común consideraba a Juan como profeta enviado por Dios, pero los dirigentes religiosos

64 Diligentes en Cristo

no obedecieron el mensaje de Juan (Marcos 11:27-33). La muerte de Juan fue la primera de tres muertes violentas en la historia de Israel. Las otras dos son la crucifixión de Cristo y el apedreamiento de Esteban (Hechos 7). Para ver la significación de estos eventos repasa los comentarios sobre Marcos 3:22-30. Herodes había temido que los mensajes de Juan incitaran una revuelta entre el pueblo, lo cual él quería evitar. También quería complacer a su esposa, aun cuando eso significara asesinar a un hombre santo.

Se permitió a los discípulos de Juan recoger el cuerpo de él para sepultarlo. Luego ellos fueron a decir a Jesús lo que había ocurrido (Mateo 14:12). Sin duda los informes de la muerte de Juan conmovieron profundamente a nuestro Señor, porque él sabía que un día pondría su propia vida.

Vemos a Herodes Antipas una vez más en los Evangelios, cuando juzgó a Jesús y esperaba verle hacer algún milagro (Lucas 23:6-12). Jesús ni siquiera le dirigió palabra a este adúltero y asesino, y mucho menos le complacería haciendo algún milagro. Jesús llamó a Herodes “zorra” (Lucas 13:31-35), que fue una descripción apropiada para este pillo. En el año 39 d. de C. Herodes Agripa (Hechos 12:1), sobrino de Antipas, denunció a su tío ante el emperador romano, y Antipas fue depuesto y enviado al exilio. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Marcos 8:36)

3. La incredulidad de sus discípulos (Marcos 6:30-56)

Jesús llevó a sus discípulos a un lugar apartado para que pudieran descansar después de sus labores. Quería hablarles del ministerio y prepararlos para su próxima misión. El Siervo / Hijo de Dios necesitaba tiempo para

descansar, tener comunión con sus amigos, y recibir renovación del Padre.

Otro factor era la oposición creciente de los dirigentes tanto políticos como religiosos. El asesinato de Juan el Bautista por parte de Herodes era evidencia suficiente de que la situación en el mundo estaba cambiando y que Jesús y sus discípulos debían andar con cuidado. En el siguiente capítulo encontraremos la hostilidad de los dirigentes religiosos judíos y, por supuesto, el entusiasmo político de las multitudes siempre fue un problema (Juan 6:15 ss). Lo mejor que se podía hacer era alejarse.

Pero las multitudes enardecidas no le dejaban tranquilo. Le siguieron hasta la región de Betsaida, esperando verle realizar algunos milagros (Lucas 9:10,11; Juan 6:1 ss). A pesar de la interrupción en sus planes, el Señor los recibió de buena acogida, les enseñó la palabra, y sanó a los afligidos. Habiendo experimentado interrupciones muchas veces en mi propia vida y ministerio, me asombra la paciencia y gracia del Señor Jesús. ¡Qué ejemplo para seguir!

Marcos registra dos milagros que Jesús realizó.

(1) *La alimentación de los 5.000* (6:33-44). Jesús envió a los doce apóstoles a ministrar porque tenía compasión de las multitudes necesitadas (Mateo 9:36-38). Esta vez las multitudes necesitadas vinieron a ellos, y los discípulos querían que se fueran. Aún no habían aprendido a mirar la vida a través de los ojos de su Maestro. Para ellos, las multitudes eran un problema, tal vez hasta un fastidio, pero para Jesús, eran como ovejas sin pastor.

Cuando D. L. Moody estaba estableciendo su gran escuela dominical en Chicago, los niños venían de todas partes. Con frecuencia pasaban frente a otros templos y escuelas dominicales, con tal de estar con el Sr. Moody. Cuando preguntaron a un muchacho por qué caminaba

66 Diligentes en Cristo

tanta distancia para asistir a la escuela dominical de Moody, respondió: “Porque allí quieren a los muchachos”. Los niños pueden notar la diferencia.

Los discípulos tenían dos sugerencias para resolver el problema: O bien despachar a la gente para que fueran a buscar su propia comida, o recoger suficiente dinero como para comprar algo de pan para todos. En cuanto a los discípulos se refiere, ellos estaban en el lugar equivocado, en el momento equivocado, ¡y no se podía hacer nada! Con esa clase de enfoque, ¡habrían sido miembros ideales de un comité! Alguien ha definido un comité como un grupo de personas que individualmente no pueden hacer nada, y colectivamente deciden que no se puede hacer nada.

Jesús miró la situación, no como un problema, sino como una oportunidad para confiar en el Padre y glorificar su nombre. Un dirigente eficaz es el que ve potencial en los problemas y está dispuesto a responder por fe. Actuando a base de la sabiduría humana, los discípulos vieron el problema pero no el potencial. Cuántas veces el pueblo de Dios se ha quejado: “Si sólo tuviéramos suficiente dinero, ¡podríamos hacer algo!” Doscientas monedas (denarios) eran equivalentes a un año de salario para un obrero promedio. El primer paso no es medir *nuestros* recursos, sino determinar la voluntad de Dios y confiar en que él suplirá la necesidad.

Fue Andrés quien encontró a un muchacho con su almuerzo (Juan 6:8,9). El Señor hizo que la gente se sentara en grupos organizados, sobre la hierba (Salmo 23:2; 78:19), en agudo contraste a la fiesta ostentosa y sensual de Herodes. Jesús tomó el escaso alimento, lo bendijo, lo partió, y lo dio a los discípulos para que distribuyeran entre la gente con hambre. El milagro se realizó en sus manos, no en la de ellos; porque lo que

damos a él, él puede bendecir y multiplicar. Nosotros no somos fabricantes, sino solo distribuidores.

Juan nos dice que Jesús usó este milagro como base para un sermón sobre “el pan de vida” (Juan 6:22 ss). Después de todo, Jesús no hizo milagros solo para suplir las necesidades humanas, aun cuando eso era importante. Él quería que cada milagro fuera una revelación de sí mismo, un sermón en acción. En su mayoría, la gente se quedaba asombrada por los milagros, apreciaban la ayuda que les daba, pero no captaban el mensaje espiritual (Juan 12:37). Querían el regalo pero no al Dador, disfrutar de la bendición física pero no del enriquecimiento de las bendiciones espirituales.

(2) *El apaciguamiento de la tormenta* (6:45,56). Varios milagros intervinieron en este evento: Jesús anduvo sobre el agua, Pedro anduvo sobre el agua (Marcos no anota esto; ve Mateo 14:28-32), Jesús calmó la tormenta, y al subir Jesús en el barco en seguida llegó a la orilla (Juan 6:21). ¡Fue por cierto una noche de maravillas para los doce!

¿Por qué obligó Jesús a sus discípulos a alejarse? Porque las multitudes se estaban intranquilizando, y corrían peligro de que pudiera estallar un levantamiento popular para hacer rey a Jesús (Juan 6:14,15). Los doce no estaban listos todavía para enfrentar este tipo de prueba, porque sus ideas del reino todavía eran demasiado nacionales y políticas.

Había otra razón: Jesús quería enseñarles una lección de fe que los prepararía para la obra que les esperaba cuando él se hubiera ido. Los discípulos acaban de completar una misión muy existosa, sanando a los enfermos y predicando el evangelio. Habían participado en la alimentación milagrosa de cinco mil personas. Se hallaban en una cumbre espiritual y esto en sí mismo es

68 **Diligentes en Cristo**

peligroso. Es bueno estar en la cumbre del monte, siempre y cuando no te descuides y te caigas por un precipicio.

Las bendiciones espirituales deben estar equilibradas por las cargas y las batallas; de otra manera podemos convertirnos en niños mimados en lugar de hijos e hijas maduros. En una ocasión previa Jesús había dirigido a sus discípulos a una tormenta después de un día emocionante de enseñanzas (Marcos 4:35-41). Ahora, después de una ocasión de ministerio milagroso, de nuevo los dirige a una tormenta. En el libro de Hechos es interesante ver que la *tormenta* de la persecución oficial empezó después de que los discípulos habían ganado a cinco mil personas para Cristo (Hechos 4:1-4). Tal vez, mientras los apóstoles se hallaban en la cárcel, recordaron la tormenta que siguió después de la alimentación de los cinco mil, y deben haberse sentido animados por la seguridad de que Jesús vendría a ellos y les sacaría adelante.

Cada nueva experiencia de prueba nos exige más fe y valentía. En la experiencia de la primera tormenta, los discípulos tenían a Jesús con ellos en el barco; pero esta ocasión él estaba en el monte orando por ellos. Estaba enseñándoles a vivir por fe. (A propósito, aun cuando él estaba en el barco con ellos, ¡tuvieron miedo!) La escena ilustra la situación del pueblo de Dios hoy: Estamos en medio de este mundo tormentoso, luchando a brazo partido y al parecer a punto de hundirnos, pero Jesús está en la gloria intercediendo por nosotros. Cuando la hora parece ser la más oscura, él vendrá a nosotros, ¡y llegaremos a la orilla!

Las olas que aterrorizaron a los discípulos (incluyendo a los pescadores en el grupo) fueron nada más que escalones para que el Señor viniera a ellos. El esperó hasta

que su situación fuera tan desesperada que no podían hacer nada por sí mismos. Pero, ¿por qué actuó como si fuera a pasarlos de largo? Porque quería que ellos le reconocieran, confiaran en él, y le invitaran a subir al barco. No le reconocieron, sino más bien gritaron atemorizados, porque pensaron que era un fantasma.

Jesús les tranquilizó con estas palabras: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” (Marcos 6:50). En ese punto Pedro pidió a Jesús que le permitiera andar sobre las aguas; pero Marcos omite este detalle. La tradición dice que Marcos escribió como portavoz de Pedro, así que tal vez Pedro se sentía renuente a incluir esta experiencia para no dar la impresión equivocada. Es fácil criticar a Pedro por hundirse, pero ¿te hubieras tú siquiera bajado del barco?

Los discípulos fallaron la prueba porque no tuvieron la visión espiritual ni los corazones receptivos. El milagro de los panes y los peces no había hecho en ellos una impresión duradera. Después de todo, si Jesús podía multiplicar los alimentos y dar de comer a miles, entonces de seguro podría protegerlos en la tormenta. Aun un discípulo de Jesús puede tener un corazón duro si no responde a las lecciones espirituales que se debe aprender en el curso de la vida y el ministerio.

Al repasar estos dos milagros vemos que Jesús da *provisión y protección*. “Jehová es mi pastor; nada me faltará... No temeré mal alguno” (Salmo 23:1,4). Si confiamos en él, siempre tendremos suficiencia y seguridad, cualquiera que sea la situación en que nos hallemos. Lo importante es que confiemos en él.

Marcos concluye esta sección con una nota positiva al describir a la gente trayendo a Jesús a los enfermos para que los sanara. Esta gente tenía fe, y su fe fue recompen-

70 Diligentes en Cristo

sada. Esta escena está en contraste con la de Nazaret, en donde solo sanó a unos pocos debido a que la gente carecía de fe.

“Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4). ¡Confía en el Siervo! El jamás falla.

El Siervo/Maestro

Marcos 7:1—8:26

El énfasis que hace Marcos en su evangelio recae primordialmente en lo que Jesús hizo. Sin embargo, en esta sección de nuestro estudio hallarás a Marcos registrando algunas *enseñanzas* importantes del Señor. Marcos también describe su ministerio entre los gentiles, lo que sería de interés especial para los lectores romanos. Vemos en esta sección tres ministerios de Jesús, el Siervo/Maestro.

1. Enseñando a los judíos (Marcos 7:1-23)

Hay cuatro etapas en este drama, y la primera es *acusación* (vv.1–5). Los dirigentes religiosos judíos ahora se mostraban abiertamente hostiles contra el Señor y su ministerio. Ellos le siguieron de lugar en lugar simplemente buscando algo que criticar. En este caso, acusaron a los discípulos de no observar el lavamiento ceremonial. Estos lavamientos no tenían nada que ver con higiene personal, ni tampoco eran ordenados por la ley mosaica. Eran parte de la tradición que escribas y fariseos habían dado a la gente para añadir a sus cargas (Mateo 23:4).

72 Diligentes en Cristo

Nuestro Señor ya había violado las tradiciones de ellos respecto al sábado (Marcos 2:23—3:5), así que los judíos estuvieron más que listos para acusarle cuando vieron a los discípulos comer “con manos inmundas”. ¿Por qué un asunto al parecer tan trivial molestó tanto a estos dirigentes religiosos? ¿Por qué se sintieron ellos obligados a defender sus lavamientos ceremoniales? Por un lado, estos dirigentes se ofendían cuando nuestro Señor abiertamente desafiaba su autoridad. Después de todo, estas prácticas les habían sido entregadas por sus padres y llevaban en sí la autoridad de las edades. Los judíos llamaban a la tradición “la cerca de la ley”. No era la ley que protegía la tradición, sino la tradición que protegía a la ley.

Pero había involucrado algo mucho más importante. Cada vez que los judíos practicaban estos lavamientos, declaraban que ellos mismos eran *especiales* y que los demás eran *inmundos*. Si un judío iba al mercado a comprar comida, podría contaminarlo algún gentil o (¡Qué Dios no lo quiera!) algún samaritano. Esta tradición había empezado siglos antes para recordar a los judíos que eran el pueblo elegido de Dios y por consiguiente debían mantenerse separados. No obstante, lo que había sido un buen recordatorio había degenerado gradualmente hasta convertirse en un rito vacío, y el resultado era orgullo y aislamiento religioso.

Estos lavamientos no sólo indicaban una actitud incorrecta hacia la gente, sino que también daban una idea errada de la naturaleza del pecado y de la santidad personal. Jesús dejó en claro en el Sermón del Monte que la verdadera santidad es cuestión de afecto y actitud interna, y no sólo acciones y asociaciones externas. Los fariseos pensaban que eran santos porque obedecían la ley y evitaban la contaminación externa. Jesús enseñó que la persona que

obedece la ley externamente puede sin embargo romperla *en su corazón*, y que la contaminación externa tiene poco que ver con la condición interna de la persona.

Así que el conflicto fue no sólo entre la verdad de Dios y la tradición humana, sino también entre dos nociones divergentes sobre el pecado y la santidad. Esta confrontación no fue una escaramuza incidental; llegó a la misma médula de la fe religiosa verdadera. Cada nueva generación debe librar un conflicto similar, porque la naturaleza humana tiende a aferrarse a las gastadas tradiciones humanas e ignorar o desobedecer la palabra viva de Dios. Es cierto que algunas tradiciones son útiles como recordatorios de nuestra rica herencia y sirven para unir generaciones, pero constantemente debemos estar alertas para que la tradición no tome el lugar de la verdad. Nos hace bien examinar las tradiciones de nuestra iglesia a la luz de la palabra de Dios, y tener valor suficiente como para hacer cambios.

La siguiente etapa se puede titular *condenación* (Marcos 7:6-13) puesto que Jesús defiende a sus discípulos y deja expuesta la hipocresía de sus acusadores. Lo primero que hizo fue citar un pasaje del profeta Isaías (Isaías 29:13), y luego la ley de Moisés (Exodo 20:12; 21:17; Levítico 20:9). ¿Cómo podían los fariseos discutir con la ley y los profetas?

Al defender su tradición, los fariseos menoscababan su propio carácter y el carácter de la palabra de Dios. Eran hipócritas, fingidores, cuya adoración religiosa era practicada en vano. La verdadera adoración brota del corazón, y debe estar dirigida por la verdad de Dios, no por las ideas personales del hombre. ¡Qué tragedia que los religiosos ignorantemente practiquen su religión y lleguen a ser peores por hacerlo!

74 Diligentes en Cristo

Pero ellos no sólo estaban destruyendo su carácter, sino que también estaban destruyendo la influencia y autoridad de la misma palabra de Dios que aducían defender. Observa la trágica secuencia: enseñan sus doctrinas como la palabra de Dios (Marcos 7:7); hacen a un lado la palabra de Dios (v.8); rechazan la palabra de Dios (v.9), finalmente, privan a la palabra de Dios de su poder (v.13). La gente que reverencia las tradiciones hechas por el hombre sobre la palabra de Dios, perderán el poder de la palabra de Dios en la vida. Sin importar lo devotos que parezcan, sus corazones están lejos de Dios.

La historia revela que los dirigentes religiosos judíos llegaron a honrar sus tradiciones muy por encima de la palabra de Dios. El rabino Eleazer dijo: “El que expone las Escrituras en oposición a la tradición no tiene parte en el mundo venidero”. La *Mishná*, colección de tradiciones judías del *Talmud*, anota: “Es mayor ofensa enseñar algo contrario a la voz de los rabinos que contradecir la misma Escritura”. Pero antes de criticar a nuestros amigos judíos, tal vez debamos examinar qué influencia los líderes de los tiempos pasados tienen sobre nuestras propias iglesias cristianas. Tal vez nosotros también seamos culpables de reemplazar la verdad de Dios con las tradiciones humanas.

Una vez que dejó expuesta su hipocresía, Jesús acudió a la ley mosaica y los acusó de quebrantar el quinto mandamiento. Ellos tenían una manera ingeniosa para quebrantar la ley y no sentirse culpables. En lugar de usar sus bienes para sostener a sus padres, los fariseos dedicaban esa riqueza a Dios (“Corbán” = “ofrenda, obsequio”; ve Números 30) y aducían que podían usar esa riqueza sólo para propósitos espirituales. Sin embargo, seguían beneficiándose de esa riqueza, aun cuando técnicamente le

pertenecía a Dios. Estos hombres afirmaban amar a Dios, ¡pero no amaban a sus propios padres!

La tercera etapa es *declaración* (Marcos 7:14-16). Jesús anunció a toda la multitud que la fuente de vida santa es interna, y no externa. En realidad, estaba declarando nulo e inválido todo el sistema mosaico de alimentos “limpios e inmundos”; pero en esos momentos no explicó a la multitud esta verdad radical. Más tarde se lo explicó a sus discípulos en privado.

Pero sus enemigos con certeza entendieron esta declaración. Reconocieron que estaban derribando una de las *paredes* que separaban a los judíos de los gentiles. Por supuesto, la misma ley no fue puesta a un lado sino cuando Jesús murió en la cruz (Efesios 2:14,15; Colosenses 2:14), pero el principio que Jesús anunció ha sido cierto en todos los siglos. En todo período de la historia, la verdadera santidad ha sido cuestión del corazón, una relación debida con Dios por fe. La pureza ceremonial era cuestión de obediencia externa a la ley como evidencia de esa fe (Salmo 51:6,10,16,17). Moisés dijo claramente en Deuteronomio que Dios quería amor y obediencia que nacieran del corazón, y no meramente obediencia externa a reglas (nota Deuteronomio 6:4,5; 10:12; 30:6,20).

Nuestro Señor dio en privado la *explicación* (Marcos 7:17-23) a sus discípulos, cuando ellos le preguntaron sobre la parábola. Su explicación nos parece obvia a nosotros, pero debemos recordar que estos doce hombres se habían criado bajo el estricto código dietético judío que ponía en categorías todos los alimentos como “limpios” o “inmundos” (Levítico 11). De hecho, Hechos 10:14 sugiere que Pedro mantuvo kosher [autorizado por la religión judía] su casa por años aun después de haber oído esta verdad. No es fácil cambiar las tradiciones religiosas que se han enseñado y practicado por siglos.

76 Diligentes en Cristo

El corazón humano es pecaminoso y produce toda clase de deseos, pensamientos y acciones malas, incluyendo todo desde envidia hasta homicidios. Jesús no tenía ilusiones respecto a la naturaleza humana, como tienen algunos teólogos liberales y maestros de tendencia humanística de hoy. Se daba cuenta de que el hombre es pecador, incapaz de controlar o cambiar su propia naturaleza; *y por eso Jesús vino a la tierra: para morir por los pecadores perdidos.*

Dios dictó las leyes dietéticas judías para enseñar a su pueblo escogido a hacer una diferencia entre lo que era limpio y lo que era inmundo. (Sin duda había también razones prácticas, tales como salud y salubridad.) Desobedecer esas leyes era cuestión de contaminación ceremonial, y eso era asunto externo. La comida *entra* al estómago, pero el pecado *sale* del corazón. La comida que comemos es digerida y los desperdicios son evacuados, pero el pecado permanece y produce contaminación y muerte.

Esta lección dramática sobre verdad *versus* tradición solo podía aumentar la irritación a los dirigentes religiosos judíos y hacerles querer silenciar a Jesús. Su creciente oposición fue la razón por lo cual Jesús se alejó de los lugares atestados y lo hizo llevar a sus discípulos a territorio gentil.

Antes de dejar esta sección, sin embargo, sería bueno hacer un contraste entre las tradiciones humanas y la verdad de Dios.

Tradiciones humanas

Formas externas:
esclavitud
Reglas triviales
Piedad externa
Descuido y reemplazo
de la palabra de Dios.

La verdad de Dios

Fe interna:
libertad
Principios fundamentales
Verdadera santidad interna
Exalta la palabra de Dios

2. Ayudando a los gentiles (Marcos 7:24—8:9)

Marcos registra tres milagros que Jesús hizo al ministrar a los gentiles en la región de Tiro y de Sidón. Esta es la única ocasión registrada en cuanto a nuestro Señor en efecto saliendo de Palestina. Estaba practicando lo que acababa de enseñar a los discípulos: que no había diferencia entre judíos y gentiles, porque todos son pecadores y necesitan al Salvador.

(1) *Echando fuera un demonio* (7:24-30). De los treinta y cinco milagros registrados en los Evangelios, seis involucran directamente a mujeres: la curación de la suegra de Pedro (1:30,31), la resurrección del hijo de una viuda (Lucas 7:11-17), la resurrección de Lázaro (Juan 11), la resurrección de la hija de Jairo y la curación de la mujer que sufría de hemorragia (Mateo 9:18-26), y la expulsión del demonio registrada aquí en Marcos 7.

Jesús llegó a esta región (como a sesenta kilómetros de Capernaum) para tener lugar donde estar solo, pero una madre preocupada vino por fe pidiéndole ayuda.

Para empezar, su nacionalidad estaba en su contra: era gentil y Jesús era judío. Además, ella era una mujer, y la sociedad de esos días estaba dominada por los hombres. Satanás estaba en contra de ella, porque uno de sus demonios se había apoderado de la vida de su hija. Los discípulos estaban en contra de ella, y querían que Jesús la despidiera para que pudiera tener (y ellos también) algún descanso. Por unos momentos parecía que ¡aun Jesús estuviera en su contra! No fue una situación fácil, y sin embargo ella triunfó debido a su gran fe.

Samuel Rutherford, el ministro santo escocés que sufrió grandemente por Cristo, una vez escribió a un amigo: "Es la obra de la fe apropiarse y retar la misericordia incluso en los golpes más duros de Dios". Eso fue exactamente

78 Diligentes en Cristo

lo que hizo esta madre gentil, y hoy nosotros tenemos mucho que aprender de ella.

Cuando ella le pidió ayuda, Jesús ni siquiera le respondió. Animados por su silencio, los discípulos le instaron que la despidiera. Cuando Jesús finalmente habló, no fue a la mujer, sino a los discípulos, y sus palabras parecían excluirla a ella por completo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 15:24). Sin embargo, ninguna de estas barreras le impidieron que ella persistiera en su ruego.

La primera vez que clamó ayuda, la madre se dirigió a Jesús como “Hijo de David”, que es un título judío; pero la siguiente vez simplemente dijo: “¡Señor, Socórreme!” (Mateo 15:25). Fue entonces que Jesús habló de dar de comer a los hijos (Israel) primero y no echar la comida a “los perrillos”. Jesús no estaba llamando a los gentiles “perros sucios que buscan carroña” como lo hacían muchos de los orgullosos judíos; le estaba dando esperanza, y ella se aferró a ella.

La respuesta de la mujer reveló que la fe había triunfado. No negó a los “hijos” (los judíos) su lugar especial en el plan de Dios, ni quería usurparlo. Todo lo que quería era unas pocas migajas de la bendición de la mesa; porque, después de todo, “la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Debe haber alegrado el corazón de Jesús cuando ella tomó *sus propias palabras* y las usó como base para su súplica. Ella aceptó su lugar, creyó en la palabra de él, y persistió en su ruego; Jesús no solo solucionó su necesidad, sino que la elogió por su fe.

Es significativo que las dos veces en los Evangelios que indican que Jesús elogió una fe grande, estaba respondiendo a la fe de gentiles, y no de judíos: esta sirofenicia y el centurión romano (Mateo 8:5-13). Vale la

pena notar también que en ambas situaciones Jesús sanó *a la distancia*, lo que sugería la distancia espiritual entre judíos y gentiles en ese tiempo (Efesios 2:11,12). Finalmente, a los de Tiro y Sidón no se les conocía por su fe (Mateo 11:21,22), y sin embargo esta mujer se atrevió a creer que Jesús podía librar a su hija.

Una fe grande es la fe que toma a Dios en su palabra y no la suelta hasta que Dios suple la necesidad. Una gran fe puede tomar aun el más leve aliento y convertirlo en promesa cumplida. “Señor: Aumentanos la fe”.

(2) *Sanando a un sordo* (7:31-37). La región de Decápolis (diez ciudades) era también territorio gentil, pero antes de salir Jesús de la región, la gente glorificaba al Dios de Israel (Mateo 15:30,31). El hombre que llevaron a Jesús sufría de sordera y tartamudez, y Jesús lo sanó. Este milagro está registrado sólo en Marcos y lo apreciarían especialmente sus lectores romanos, puesto que la región de diez ciudades era como Roma.

Jesús alejó al hombre de la multitud para que la sanidad fuera en privado y para que el hombre no se convirtiera en atracción pública. Siendo que el hombre estaba sordo, no podía oír las palabras del Señor, pero podría sentir los dedos de Jesús metidos en las orejas y el dedo tocando la lengua; y esto alentaría la fe del hombre. El gemido de Jesús fue desde adentro: Fue la respuesta compasiva de nuestro Señor al dolor y la tristeza que el pecado había introducido en el mundo. También fue una oración al Padre a favor del inválido. (La misma palabra se usó en relación con la oración en Romanos 8:23, y el sustantivo en Romanos 8:26.)

“Efata” es una palabra aramea que quiere decir *sé abierto, sé suelta*. El hombre no oyó a Jesús hablar, pero la creación oyó el mandato del Creador, y el hombre quedó

80 Diligentes en Cristo

sano. Tanto la lengua y los oídos funcionaron normalmente de nuevo. A pesar del mandato estricto de nuestro Señor para que la gente guardara silencio respecto a los milagros, ellos anunciaron las noticias por todas partes (Marcos 1:34, 44; 3:12; 5:43), y esto resultaba en una multitud más numerosa que traía a enfermos e inválidos. Aun cuando Jesús estaba tratando de disfrutar de un poco de descanso, dedicó tiempo para sanarlos. ¿El resultado? Estos gentiles “glorificaban al Dios de Israel” (Mateo 15:31).

(3) *Alimentando a los 4.000* (8:1-9). Los que tratan de encontrar contradicciones en la Biblia a menudo confunden este milagro con la alimentación de los cinco mil registrada en todos los cuatro Evangelios. Solo Mateo y Marcos anotan este evento, y no es difícil distinguirlo del otro milagro de multiplicación de panes y peces. El primero tuvo lugar en Galilea, cerca de Betsaida, e incluyó predominantemente a judíos. Este milagro tuvo lugar cerca de Decápolis, e incluyó en su mayoría a gentiles. En el primer milagro Jesús empezó con cinco panes y dos peces, mientras que aquí tenía siete panes “y unos pocos pececillos”. Los cinco mil habían estado con él un día, pero los cuatro mil habían estado con él tres días. Doce canastas de pedazos sobraron después de que los cinco mil comieron, pero sólo siete canastas de pedazos después de que los cuatro mil comieron. Usaron dos tipos diferentes de canastas. En el caso de los cinco mil se usaron canastas pequeñas de mimbre para fiambre (*kophinos*); en tanto que para los cuatro mil se usaron canastas grandes, de tamaño suficiente como para que cupiera un hombre (*spuris*; ve Hechos 9:25).

De nuevo, nos anima la compasión de nuestro Señor, y su control completo sobre la situación. Sin embargo, nos desalienta la ceguera e incredulidad de los discípulos. ¿Se

habían olvidado por completo del milagro previo? No seamos demasiado duros con ellos. ¿Cuántas veces *nosotros* nos hemos olvidado de las misericordias del Señor? Necesitamos acordarnos de que Jesucristo es todavía el mismo y tiene la solución para todo problema. Todo lo que tenemos que hacer es confiar en él, entregarle todo y obedecerle.

3. Advirtiendo a los discípulos (Marcos 8:10-26)

Jesús y los discípulos cruzaron al lado occidental del Mar de Galilea, en donde se encontraron con los fariseos que todavía estaban furiosos con él debido a su acusación anterior de hipocresía (7:1-23). Esta vez le tentaron a que demostrara su autoridad divina dándoles una señal del cielo. No querían un milagro terrenal, como sanar a algún enfermo. Querían que él hiciera algo espectacular, como hacer que descendiera fuego del cielo o pan del cielo (Juan 6:30,31). Esto demostraría que en verdad había sido enviado por Dios.

La respuesta de nuestro Señor fue de profunda aflicción y desilusión (Marcos 7:34). ¡Qué trágico que los dirigentes religiosos del pueblo, escogidos de Dios, tuvieran un corazón tan endurecido y estuvieran tan ciegos espiritualmente! Su deseo de una señal del cielo no era sino otra evidencia de su incredulidad, porque la fe no pide señales. La verdadera fe toma a Dios su palabra y queda satisfecha con el testimonio interno del Espíritu.

Puesto que Marcos estaba escribiendo primordialmente para lectores gentiles, no incluyó las palabras de nuestro Señor en referencia a la señal del profeta Jonás (Mateo 16:4 y 12:38-41). ¿Cuál era la señal de Jonás? Muerte, sepultura y resurrección. La prueba de que Jesús es lo que decía ser es el hecho de su propia muerte, sepultura y resurrección (Hechos 2:22-36; 3:12-26).

82 Diligentes en Cristo

Jesús los dejó y cruzó al lado oriental del Mar de Galilea, y en camino enseñó a sus discípulos una importante lección espiritual. ¡Parece que ellos estaban casi tan ciegos como los fariseos! Los hombres discutían en privado sobre su provisión de comida, porque alguien se había olvidado de traer pan. ¿Quién tenía la culpa?

Debe haber afligido a Jesús que sus ayudantes seleccionados tan específicamente fueran tan obtusos espiritualmente. El hecho de que él había multiplicado pan en dos ocasiones y alimentado a más de diez mil personas ¡evidentemente no dejó una profunda impresión en ellos! ¿Por qué preocuparse y discutir por la falta de pan cuando tenían a Jesús consigo en el barco? Sus mentes estaban embotadas, sus corazones duros (Marcos 6:52), sus ojos estaban ciegos, y sus oídos sordos (Marcos 4:11,12).

El pueblo de Dios a menudo tiene la tendencia de olvidar sus bendiciones (Salmo 103:1,2). El suple nuestras necesidades, pero luego, cuando surge el próximo problema, nos quejamos o nos asustamos. Mientras estemos con él, podemos estar seguros de que nos cuidará. Nos haría bien hacer una pausa ocasionalmente para recordar su bondad y fidelidad.

Pero la principal lección tiene que ver con la *levadura* y no con el pan. En la Biblia la levadura consistentemente es un símbolo del mal. Cada pascua los judíos tenían que sacar toda la levadura de sus viviendas (Exodo 12:18-20), y no se permitía levadura en sus ofrendas (Exodo 23:18; 34:25; Levítico 2:11; 6:17). El mal, como la levadura, es pequeño y oculto, pero se esparce y pronto contamina todo (Gálatas 5:9).

La Biblia usa la levadura como una ilustración de la doctrina falsa (Gálatas 5:1-9), el pecado no juzgado dentro

de la iglesia (1 Corintios 5), y la hipocresía (Lucas 12:1). En este contexto, Jesús les advirtió respecto a la enseñanza (doctrina falsa) de los fariseos y de los seguidores de Herodes. Los fariseos decían pero no hacían; en otras palabras, practicaban y fomentaban la hipocresía (Marcos 7:6). Los herodianos eran un grupo mundano que respaldaban a Herodes, aceptaban la forma romana de vida, y veían a Herodes y su gobierno como el reino prometido para la nación judía. Si esta falsa enseñanza penetrara en los corazones y mentes de los discípulos, los infectaría y contaminaría la verdad que Jesús les había dado para proclamar referente a sí mismo y su reino.

Nunca podemos ejercer demasiado cuidado respecto a detectar y evitar la doctrina falsa. Una pequeña desviación de la palabra puede introducirse en un individuo o una iglesia, pero antes de que pase mucho tiempo crecerá y lo infectará todo. Nuestro Señor no dijo muchas veces: “¡Mirad, guardaos!” pero cuando lo dijo, fue importante.

En esta sección Marcos registró dos milagros que no se hallan en los otros Evangelios: La sanidad de un sordo y tartamudo (7:31-37) y la sanidad del ciego fuera de Betsaida (8:22-26). Tal vez podemos ver en los dos hombres ilustraciones de la condición espiritual de los discípulos descrita en 8:18. Los lectores judíos harían la relación entre los dos milagros con las promesas mesiánicas de Isaías 35.

En ambas situaciones los amigos trajeron los hombres a Jesús; y en ambas situaciones Jesús llevó a los hombres lejos de la multitud. Es más, en el segundo caso llevó al hombre *fuera de la ciudad*. ¿Por qué? Probablemente porque la ciudad de Betsaida ya había sido juzgada por su incredulidad (Mateo 11:21-24). No se les daría más evidencia.

84 **Diligentes en Cristo**

Lo singular de este milagro de sanidad es que ocurrió *gradualmente* y no al instante. Los Evangelios registran la curación de por lo menos siete ciegos, y muestran que nuestro Señor usó una variedad de métodos. Tal vez fue la atmósfera de incredulidad de Betsaida que se lo impidió (Marcos 6:5,6), o tal vez la condición espiritual del mismo hombre. Por alguna razón que no se indica, el hombre no estaba listo para recibir la vista al instante, así que Jesús se la restauró gradualmente. El hecho de que el hombre reconoció a los hombres y los árboles indica que no había nacido ciego, sino que quedó ciego por algún accidente o enfermedad.

El hombre no era de Betsaida, porque Jesús le envió a su casa y le advirtió que no entrara en la aldea. Ahora que había sido sanado ¿por qué razón ir a Betsaida incrédula en donde habían rechazado a Jesús? Su tarea era ir a su casa y esparcir las buenas nuevas del reino, y demostrar el poder de Jesús al mostrar a otros lo que había hecho Jesús por él (Marcos 2:11; 5:34; 10:52). ¿No debería haberles dado otra oportunidad a la gente de Betsaida? Tal vez ellos creerían si supieran que Jesús le había restaurado la vista. No, a Betsaida se le había dado evidencia suficiente, pero así y todo habían rehusado creer. Es peligroso que alguien rechace el mensaje de Dios y endurezca su corazón en incredulidad.

Los discípulos aprendieron algunas lecciones valiosas en esta gira; lecciones que necesitarían recordar y aplicar en años posteriores de ministerio. Hoy necesitamos aprender las mismas lecciones: (1) No buscar señales, sino vivir por fe en la palabra de Dios; (2) confiar en que Jesús suplirá nuestras necesidades; (3) evitar la levadura de la doctrina falsa; (4) permitir a Jesús obrar según su voluntad, y esperar variedad en su obra.

Marcos registró los eventos de días muy atareados en el ministerio del Siervo de Dios. Luego nos hará ver como Jesús el Siervo, instruye a sus discípulos y les prepara para su muerte en la cruz.

Los secretos del Siervo

Marcos 8:27—9:50

Se ha definido un secreto como “algo que uno dice a una persona a la vez”. De tiempo en tiempo Jesús les dijo *secretos* especiales a sus discípulos, y aquí se nos da tres de ellos. Los creyentes de hoy necesitan comprender y aplicar estos secretos espirituales para que sus propias vidas sean todo lo que Dios quiere que sean.

1. El sufrimiento conduce a la gloria (Marcos 8:27—9:13)

Jesús había estado preparando a sus discípulos para esta reunión privada en la cual tenía la intención de revelarles lo que le ocurriría en Jerusalén. Les había dado algunos indicios en otras ocasiones, pero ahora iba a explicarles el asunto con más detalle. Para la ocasión escogió Cesarea de Filipos, población situada aproximadamente cuarenta kilómetros al norte de Betsaida, al pie del hermoso Monte Hermón. El pueblo había recibido su nombre en honor a Augusto César y Herodes Felipe, y tenía un templo de mármol dedicado a Augusto. Era un lugar dedicado a la

gloria de Roma, y esa gloria ya es historia, pero la gloria de Jesucristo seguiría y duraría por toda la eternidad.

(1) *Confesión* (8:27-30). Si anduvieras por allí preguntando a tus amigos, “¿Qué dice la gente de mí?” será percibido como evidencia de orgullo. ¿En realidad qué diferencia hace lo que la gente piense de nosotros? ¡No somos tan importantes! Pero lo que la gente cree y dice de Jesucristo *es* importante, porque él es el Hijo de Dios y el único Salvador de los pecadores.

Tu confesión respecto a Jesucristo es cuestión de vida o muerte (Juan 8:21, 24; 1 Juan 2:22-27; 4:1-3). Los ciudadanos de Cesarea de Filipos dirían: “¡César es el señor!” Esa declaración los identificaría como ciudadanos romanos leales, pero jamás podría salvarlos de sus pecados o del infierno eterno. La única confesión que nos salva es, “¡Jesús es el Señor!” (1 Corintios 12:1-3) cuando esa confesión brota del corazón que realmente cree en él (Romanos 10:9,10).

Es asombroso el número de opiniones diversas que la gente tenía en cuanto a Jesús, aunque la misma situación probablemente existe hoy. El hecho de que algunos pensaran que Jesús era Juan el Bautista es de asombrarse, puesto que Juan y Jesús habían sido vistos juntos en público. Eran muy diferentes en personalidad y ministerio (Mateo 11:16-19), de modo que parece extraño que la gente los confundiera.

Juan el Bautista vino “con el espíritu y el poder de Elías” (Lucas 1:17), con un ministerio de juicio, mientras que Jesús vino con un espíritu de mansedumbre y servicio. Juan no realizó milagros (Juan 10:41), pero Jesús hizo muchos. Juan hasta se vestía como el profeta Elías (2 Reyes 1:8; Marcos 1:6). ¿Cómo pudo la gente confundirlos?

Algunos decían que Jesús era uno de los profetas, tal vez Jeremías (Mateo 16:14). Jeremías fue “el profeta

88 **Diligentes en Cristo**

llorón”, y Jesús fue Varón de dolores; de modo que hay un paralelo definido. Jeremías llamó al pueblo al verdadero arrepentimiento de corazón, y lo mismo hizo Jesús. Ambos hombres fueron mal entendidos y rechazados por su propio pueblo, ambos condenaron a los falsos líderes religiosos y la adoración hipócrita en el templo, y ambos fueron perseguidos por los que estaban en autoridad.

En sus palabras y obras Jesús le dio toda evidencia al pueblo de que era el Hijo de Dios, el Mesías, y sin embargo ellos no captaron el mensaje. En lugar de buscar diligentemente la verdad, la gente escuchó la opinión popular y la siguió, tal como muchos lo hacen hoy. Tenían opiniones en lugar de convicciones, y esto es lo que los hizo desviarse. Elbert Hubbard definió la opinión pública como “el juicio de los muchos incapaces, opuesto al de los pocos que disciernen”. ¡Gracias a Dios por los pocos que disciernen!

La confesión de Pedro fue audaz y sin acomodos, tal como debe ser: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). La palabra “Cristo” quiere decir, *el Ungido, el Mesías prometido*. A los profetas, sacerdotes y reyes se les ungía cuando se los instalaba en sus oficios, y nuestro Señor ocupa todos los tres.

¿Por qué Jesús les advirtió que mantuvieran en silencio su opinión acerca de él? Por un lado, los discípulos mismos tenían mucho que aprender de él y de lo que verdaderamente significaba seguirle. Los líderes religiosos de la nación ya habían formado su opinión acerca de Jesús, y proclamarle como el Mesías ahora tan sólo alteraría los planes de Dios. La gente común quería ver sus milagros, pero no tenían mayor deseo de someterse a su mensaje. Anunciarle como Mesías bien podría resultar en un levantamiento político que sólo haría daño.

(2) *Confusión (8:31-38)*. Ahora que ellos habían confesado su fe en Cristo (Juan 6:66-71), los discípulos estaban listos para el secreto que Jesús quería decirles: Iba con ellos a Jerusalén en donde moriría en una cruz. De este punto en adelante Marcos se concentra en el viaje a Jerusalén, y el énfasis recaerá sobre la muerte y resurrección de Jesús que se avecinaban (Marcos 9:30-32; 10:32-34).

Este anuncio dejó pasmados a los discípulos. Si en verdad él era el Cristo de Dios, como lo habían confesado, entonces ¿por qué lo iban a rechazar los dirigentes religiosos? ¿Por qué estos dirigentes le crucificarían? ¿No prometía el Antiguo Testamento que el Mesías derrotaría a sus enemigos y establecería un reino glorioso para Israel? Algo andaba mal en alguna parte, y los discípulos quedaron confusos.

Fiel a su carácter, fue Pedro quien expresó su inquietud. Un minuto Pedro fue dirigido por Dios para confesar su fe en Jesucristo (Mateo 16:17), y al siguiente pensaba como incrédulo y expresó los pensamientos de Satanás. Esta es una advertencia para todos nosotros, cuando discutimos con la palabra de Dios abrimos la puerta a las mentiras de Satanás. Pedro empezó a regañar a su Maestro, y Marcos usa la misma palabra para describir la reprensión de parte de Jesús a los demonios (Marcos 1:25; 3:12).

La protesta de Pedro brotó de su ignorancia de la voluntad de Dios y de su profundo amor por su Señor. Un minuto Pedro fue una "roca", y al siguiente tropezadero. El Dr. G. Campbell Morgan dijo: "El que ama a Jesús, pero esquiva el método divino, es un tropezadero para él". Pedro todavía no comprendía la relación entre el sufrimiento y la gloria. Más tarde aprendería la lección y hasta la recalcaría en su Primera Epístola (1 Pedro 1:6-8; 4:13—5:10).

90 Diligentes en Cristo

Sin embargo, es de notar que cuando Jesús reprendió a Pedro, también miró a los demás discípulos, porque ellos convenían con lo que Pedro pensaba de la situación. Empapados en la interpretación judía tradicional fueron incapaces de comprender cómo su Mesías podría siquiera sufrir y morir. De seguro, algunos de los profetas habían escrito sobre los sufrimientos del Mesías, pero mucho más había sido escrito sobre la gloria del Mesías. Algunos de los rabinos hasta enseñaban que habría *dos* Mesías, uno que sufriría y otro que reinaría (1 Pedro 1:10-12). No es de sorprenderse que los discípulos quedaran confusos.

Pero el problema fue más que teológico; fue práctico. Jesús había llamado a estos hombres para que le siguieran, y ellos sabían que cualquier cosa que le ocurriera a él, les pasaría a ellos. Si había una cruz en el futuro de Jesús, habría una en el futuro *de ellos* igualmente. Esa sería razón suficiente para discrepar con él. A pesar de su devoción por el Señor, los discípulos todavía ignoraban la verdadera relación entre la cruz y la corona. Ellos estaban siguiendo la filosofía de Satanás (gloria sin sufrimiento) en lugar de la filosofía de Dios (sufrimiento transformado en gloria). La filosofía que aceptes determinará cómo vives y cómo sirves.

Marcos 8:34 indica que, aun cuando Jesús y sus discípulos se habían reunido en privado, las multitudes no estaban lejos. Jesús llamó a la gente y les enseñó lo que había enseñado a los discípulos: *que hay precio que pagar por el discipulado verdadero*. Sabía que las multitudes estaban siguiéndole únicamente debido a los milagros, y que la mayoría de la gente no estaba dispuesta a pagar el precio para llegar a ser verdaderos discípulos.

Jesús indicó tres condiciones para el verdadero discipulado: (1) debemos entregarnos a él enteramente; (2) debemos identificarnos con él en el sufrimiento y la

muerte; y (3) debemos seguirle obedientemente, a donde quiera que él dirija. Si vivimos solo para nosotros, nos perderemos, pero si nos perdemos por amor de Cristo y del evangelio, nos hallaremos.

Negar el yo no es lo mismo que negarse a sí mismo. Practicamos la negación propia cuando, con un buen propósito, dejamos a un lado cosas o actividades. Pero negamos el “yo” cuando nos entregamos a Cristo y determinamos obedecer su voluntad. A esta dedicación completa le sigue un “negarse uno mismo” diariamente, conforme tomamos la cruz y le seguimos. Desde el punto de vista humano, nos perdemos, pero desde la perspectiva divina estamos encontrándonos. Cuando vivimos por Cristo, llegamos a ser más semejantes a él, y esto hace que brote nuestra individualidad única.

Pero, veamos la motivación del discipulado verdadero: “por causa de mí y del evangelio” (v.35). Perderse uno mismo no es un acto de desesperación; es un acto de devoción. Pero no nos detenemos allí: la devoción personal debe conducir al deber práctico, proclamar el evangelio a un mundo perdido. “Por causa de mí” pudiera conducir al aislamiento religioso, de modo que debe ir equilibrado con “y del evangelio”. Debido a que vivimos por él, vivimos por otros.

El discipulado es cuestión de ganancia y pérdida, cuestión de *desperdiciar* nuestras vidas o *invertirlas*. Nota la severa advertencia que Jesús da aquí: Una vez que hemos desperdiciado nuestras vidas, no podemos recuperarlas. Recuerda: El está instruyendo a sus *discípulos*, hombres que ya le han confesado como el Hijo de Dios. No estaba diciéndoles cómo ser salvos e ir al cielo, sino cómo salvar sus vidas y aprovechar al máximo las oportunidades en la tierra. *Perder el alma* es el equivalente de desperdiciar la

92 Diligentes en Cristo

vida, perderse las grandes oportunidades que Dios te da para que tu vida cuente. Puedes *ganar todo el mundo* y ser un éxito a los ojos de los hombres, y sin embargo no tener nada que ofrecer cuando te presentes ante Dios. Si eso ocurre, aunque poseas el mundo entero, no sería suficiente precio para dar a Dios y comprar una segunda oportunidad en la vida.

¿Hay alguna recompensa para el verdadero discípulo? ¡Sí, la hay! Llegar a ser más como Jesucristo y un día participar de su gloria. Satanás te promete gloria, pero al final lo que recibirás es sufrimiento. Dios te promete sufrimiento, pero eventualmente ese sufrimiento se transforma en gloria. Si reconocemos a Cristo y vivimos para él, un día nos reconocerá y compartirá con nosotros su gloria.

(3) *Confirmación (9:1-8)*. Exige fe aceptar y practicar esta enseñanza sobre el discipulado, así que seis días más tarde el Señor nos dio prueba impresionante de que Dios en verdad transforma el sufrimiento en gloria. (La expresión “como ocho días después” de Lucas incluye el día de la enseñanza y el día de la gloria; Lucas 9:28.) Jesús llevó a Pedro, Jacobo y Juan a la cumbre de una montaña (puede haber sido el monte Hermón), y allí reveló su gloria. Este evento fue una vívida confirmación de sus palabras registradas en Marcos 8:38, así como una demostración de la gloria del reino futuro (Marcos 9:1; Juan 1:14; 2 Pedro 1:12-21). El mensaje era claro: primero el sufrimiento, luego la gloria.

Moisés representaba la ley y Elías los profetas, ambos de los cuales hallaron su cumplimiento en Jesucristo (Hebreos 1:1,2; Lucas 24:25-27). Moisés había muerto y su cuerpo fue sepultado, pero Elías había sido arrebatado al cielo (2 Reyes 2:11). Cuando Jesús regrese resucitará los cuerpos de los santos que han muerto y arrebatará a

los santos que estén vivos (1 Tesalonicenses 4:13-18). Un día Jesús establecerá su reino glorioso y cumplirá las muchas promesas hechas por medio de los profetas. Los sufrimientos y muerte de Cristo no *evitarían* que Dios establezca su reino; más bien, al resolver el problema del pecado en el mundo de Dios, la cruz serviría para hacer posible ese reino.

La expresión “se transfiguró” describe un cambio externo que brota desde adentro. Es lo opuesto de mascarada, que es un cambio externo que no surge desde adentro. Jesús permitió que su gloria irradiara en todo su ser, y la cumbre de la montaña se convirtió en un lugar santísimo. Al meditar en este evento ten presente que Jesús nos ha dado de esa gloria y nos ha prometido un hogar glorioso para siempre (Juan 17:22-24). Según Romanos 12:1,2 y 2 Corintios 3:18, los creyentes de hoy pueden experimentar esta misma gloria de transfiguración.

Los tres discípulos se habían quedado dormidos mientras Jesús estaba orando (Lucas 9:29,32), fracaso que se repetiría en el huerto del Getsemaní (Marcos 14:32-42). Casi se pierden la oportunidad de ver a Moisés, a Elías y a Jesús en su gloria. La sugerencia de Pedro refleja de nuevo el pensamiento humano y no la sabiduría divina. Qué maravilloso sería quedarse en la cumbre del monte y solazarse en la gloria del Señor. Pero el discipulado significa negarse uno mismo, tomar su cruz y seguir a Jesús; y no puedes hacer esto si egoístamente te quedas en el monte de gloria. Hay necesidades que atender allá abajo en el valle. Si queremos participar de la gloria de Cristo en la cumbre del monte, debemos estar dispuestos a seguirle en los sufrimientos del valle.

El Padre interrumpió el discurso de Pedro y dirigió su atención, no a la visión, sino a la palabra de Dios:

94 Diligentes en Cristo

“¡Óiganle!” El recuerdo de las visiones se desvanece, pero la palabra inmutable permanece para siempre. La visión gloriosa no era un fin en sí misma; fue la manera divina de confirmar la palabra (2 Pedro 1:12-21). El discipulado no se edifica sobre las visiones espectaculares sino en la palabra de Dios inspirada e inmutable. Tampoco ponemos a Moisés, Elías y Jesús al mismo nivel, como Pedro dio a entender. Es *Jesús solo*: su palabra, su voluntad, su reino y su gloria.

A los tres hombres no se les permitió contar a los otros nueve lo que habían visto en el monte. Tal vez esto contribuyó a la *competencia amistosa* en el grupo respecto a quién sería el mayor. Sin duda la explicación de ellos después de la resurrección de Cristo animó grandemente a los creyentes que experimentarían sufrimiento y muerte por causa de Cristo.

(4) *Corrección (9:11-13)*. Los discípulos ahora comprendían el plan de Dios mucho mejor, pero seguían confusos por la venida de Elías para preparar el camino para el Mesías. Conocían las profecías de Malaquías 3:1 y 4:5,6, y sus maestros esperaban que estas profecías se cumplieran antes de que el Mesías apareciera (Juan 1:21). ¿Había Elías venido ya y no lo habían visto, o estaba todavía por venir? Tal vez la aparición de Elías en el monte fue el cumplimiento de la profecía.

Jesús dejó en claro dos hechos. Primero, para los que habían confiado en él, este “Elías” era Juan el Bautista, porque Juan en verdad había preparado el camino ante él. Juan había negado que él era Elías vuelto de los muertos (Juan 1:21,25), pero sí ministró en “el espíritu y poder de Elías” (Lucas 1:16,17). Segundo, habría una venida futura de Elías, así como Malaquías había predicho (Mateo 17:11), antes del tiempo de la gran tribulación. Algunos estudiantes conectan esto con Apocalipsis 11:2-12. La nación no aceptó

el ministerio de Juan. Si hubieran recibido a Juan, él habría servido como el Elías que Dios envió; y también habrían recibido a Jesús. Pero en vez de eso, rechazaron a ambos hombres y permitieron que los mataran.

2. El poder viene de la fe (Marcos 9:14-29)

La vida cristiana es “tierra de montes y de vegas” (Deuteronomio 11:11). En un día el discípulo puede pasar de la gloria del cielo a los ataques del infierno. Cuando nuestro Señor y los tres discípulos volvieron a donde estaban los otros nueve, los hallaron en un problema doble: No podían librar a un muchacho del control del demonio, y los escribas debatían con ellos e incluso tal vez se burlaban debido a ese fracaso. Como siempre, fue Jesús quien intervino para resolver el problema.

El muchacho era sordomudo (Marcos 9:17,25), y el demonio estaba haciendo todo lo posible por destruirle. Imagínate lo que sería para el padre tratar de atender a su hijo y protegerlo. Jesús había dado a sus discípulos autoridad para echar fuera demonios (6:7,13), y sin embargo el ministerio se ellos para el muchacho había resultado ineficaz. No es sorpresa que el Señor se afligiera. Cuán a menudo debe afligirse él por nosotros, cuando no usamos los recursos espirituales que en su gracia ha dado a su pueblo.

Puesto que los discípulos habían fracasado, el desesperado padre no estaba seguro de que Jesús lograría triunfar; y por eso dijo: “si puedes hacer algo” (9:22). Sin embargo, el padre fue lo suficientemente honesto como para admitir su propia incredulidad y pedir al Señor que le ayudara a él y a su hijo. Jesús echó fuera el demonio y devolvió al hijo a su padre.

La principal lección de este milagro es el poder de la fe para vencer al enemigo (vv.19,23,24; Mateo 17:20).

96 Diligentes en Cristo

¿Por qué fracasaron los nueve discípulos? Porque habían sido descuidados en su andar espiritual personal y habían descuidado la oración y el ayuno (v.29). La autoridad que Jesús les había dado era eficaz sólo si la ejercían con fe, pero la fe tiene que cultivarse mediante la disciplina espiritual y la devoción. Pudiera ser que la ausencia del Señor, o el hecho de que llevara a los otros tres discípulos consigo dejando a los otros, había enfriado su fervor espiritual y disminuido su fe. Su fracaso no sólo los abochornó, sino que también le privó de la gloria al Señor y le dio al enemigo la oportunidad de criticar. Es nuestra fe en él lo que glorifica a Dios (Romanos 4:20).

3. El servicio conduce al honor (Marcos 9:30-50)

Jesús y sus discípulos caminaban hacia Jerusalén, y mientras iban de camino les enseñaba lo que le ocurrirá a él allí. Les mencionó nuevamente su resurrección, pero ellos no pudieron comprender lo que él estaba diciéndoles (Mateo 17:9). Los discípulos “se entristecieron en gran manera” (Mateo 17:23).

Sin embargo, no se entristecieron lo suficiente como para dejar a un lado su discusión sobre cuál de ellos sería el mayor. Después de oír lo que Jesús había dicho de su propio sufrimiento y muerte, uno pudiera pensar que ellos se olvidarían de sus propios planes egoístas y se concentrarían en él. Tal vez el hecho de que Pedro, Jacobo y Juan habían subido al monte con Jesús había añadido leña al fuego de la competencia.

Para enseñarles (a ellos y a nosotros) una lección sobre el honor, Jesús puso delante de ellos a un niño y explicó que la manera de ser el primero es ser el último, y la manera de ser el último es ser el siervo de todos. El niño que todavía no se le ha malcriado es un ejemplo de

sumisión y humildad. El niño sabe que es niño y actúa como niño, y ese es su secreto para atraer el amor y la atención. El niño que trata de impresionarnos actuando como si fuera adulto no recibe la misma atención.

La verdadera humildad quiere decir conocerse a si mismo, aceptarse uno mismo, ser uno mismo, ser *lo mejor* que uno puede ser, y darse a otros. La filosofía del mundo es que eres *grande* si otros trabajan para ti, pero el mensaje de Cristo es que la grandeza viene de servir a otros. Puesto que las palabras “niño” y “siervo” son el mismo vocablo en el arameo, es fácil ver por qué Jesús conectó los dos vocablos. Si tenemos el corazón de un niño, tendremos poca dificultad en ser siervos; y si tenemos la actitud de siervos, recibiremos con brazos abiertos a los niños como representantes de Jesucristo y del Padre.

En este punto Juan sintió que era necesario defender a los discípulos (Marcos 9:38-41) destacando su celo. ¡Imagínate decir a un hombre que deje de echar fuera demonios cuando los nueve discípulos no habían logrado librar del poder de Satanás al muchacho sordomudo! Usar el nombre de Jesús es lo mismo que trabajar bajo su autoridad, así que los discípulos no tenían el derecho de detener al hombre. “Para su propio Señor está en pie, o cae” (Romanos 14:4).

Marcos 9:40 debe compararse con Mateo 12:30: “El que no es conmigo, contra mí es”. Ambas expresiones declaran la imposibilidad de ser neutral cuando se trata de nuestra relación con Jesucristo. Puesto que no podemos ser neutrales, si no estamos con él, estamos contra él; si no estamos contra él, debemos estar con él. El exorcista anónimo estaba dando gloria al nombre de Jesús, así que debía estar *con* el Salvador y no en su contra.

Pero no es necesario realizar grandes milagros para demostrar nuestro amor por Cristo. Cuando con todo amor

98 Diligentes en Cristo

recibimos a un niño o compasivamente damos un vaso de agua fría, estamos dando evidencia de que tenemos el corazón humilde del siervo. Después de todo, estamos sirviendo a Cristo, y ese es el más alto servicio del mundo (Mateo 25:31-46).

Jesús no tomó a la ligera la afirmación de Juan; es más, pasó a explicar el peligro de hacer que otros tropiecen y por ello dejen de servir al Señor (Marcos 9:42-50). “Uno de estos pequeñitos” se refiere a todos los hijos de Dios que siguen a Cristo y tratan de servirle. La manera en que los creyentes se tratan unos a otros en la familia de Dios es cuestión seria, y Dios quiere que tengamos “paz los unos con los otros” (v.50). Los discípulos no se llevaban bien unos con otros, ¡ni tampoco se llevaban bien con otros creyentes!

Este solemne mensaje respecto al infierno nos advierte a tratar drásticamente con el pecado. Cualquier cosa en nuestra vida que nos hace tropezar, y por consiguiente hace que otros tropiecen, debe ser eliminada como con cirugía. La mano, el pie y el ojo son considerados partes valiosas del cuerpo, sin embargo, hay que quitarlas si nos hacen pecar. Por supuesto, el Señor no está ordenando cirugía física literal, puesto que ya ha dejado en claro que el pecado brota del corazón (7:20-23). Lo que está enseñando es que el pecado es a la persona interior lo que un tumor canceroso es al cuerpo, y hay que tratar con eso drásticamente.

Algunos se asombran al oír de los labios de Jesús palabras tan aterradoras acerca del infierno (Isaías 66:24). Jesús creía en un lugar llamado infierno, un lugar de tormento eterno y castigo justo (Lucas 16:19 ss). Después de que un capellán del ejército dijo a sus hombres que no creía en el infierno, algunos de ellos sugirieron que ya no necesitaban sus servicios. Después de todo, si no hay infierno, entonces ¿por

qué preocuparse por la muerte? Pero, si hay un infierno, ¡entonces el capellán estaba descarriándolos! De cualquier manera, ¡les iría mejor sin él!

La palabra que se traduce “infierno” es *gehenna*. Procede de la frase hebrea “valle (*ge*) de Hinón”, que se refería a un valle real fuera de Jerusalén en donde el perverso rey Acaz adoraba a Moloc, el dios del fuego, y hasta sacrificó a sus hijos en el fuego (2 Crónicas 28:1-3; Jeremías 7:31; 32:35).

Algunos manuscritos no tienen Isaías 66:24 citado en Marcos 9:44 y 46, pero la afirmación se menciona en el versículo 48, y ese versículo es suficiente. El infierno no es temporal; es para siempre (Apocalipsis 20:10). ¡Que esencial es que los pecadores confíen en Jesucristo y sean librados del infierno eterno, y que importante es que los creyentes lleven el mensaje a un mundo perdido!

“Pero ¿no es eso un sacrificio demasiado grande para pedirnos?” alguien pudiera argüir. “Tratar tan drásticamente con el pecado nos costaría demasiado”. En Marcos 9:49,50 Jesús usó el concepto de “sacrificios vivos” para ilustrar su punto (Romanos 12:1,2). El sacrificio acaba sobre el altar y es consumido por el fuego. ¿Preferirías soportar el fuego del infierno como pecador perdido o el fuego purificador de Dios como sacrificio para su gloria? Recuerda: Satanás te promete la gloria ahora, pero el dolor viene luego. Jesús nos llama a sufrir ahora, y disfrutar luego de la gloria.

A los judíos no se les permitía poner levadura o miel en sus sacrificios, sino que se les exigía usar sal (Levítico 2:11,13). La sal habla de pureza y preservación. Se la usaba en los días del Antiguo Testamento en el establecimiento de pactos. Los discípulos eran la sal de Dios (Mateo 5:13), pero estaban en peligro de perder su sabor y llegar a quedar inservibles. Hoy nuestra sal es purificada y no pierde su

100 Diligentes en Cristo

sabor; pero la sal de esos días contenía impurezas y podía perder su sabor. Una vez que has perdido ese precioso carácter cristiano, ¿cómo lo restaurarás?

En lugar de reprender a otros, los discípulos deberían haber examinado sus propios corazones. Es fácil perder nuestra “salinidad” y llegar a ser inservibles para Dios. Los creyentes atravesarán el fuego de las pruebas y persecuciones (1 Pedro 1:6,7; 4:12) y necesitan estar unidos, ¡sin que importe quién sea el mayor! Lo esencial es el compromiso y el carácter, si hemos de glorificar al Señor y tener paz unos con otros.

Las tres lecciones que Jesús enseñó en esta lección son básicas para la vida cristiana de hoy. Si nos rendimos a él, entonces el sufrimiento llevará a la gloria, la fe producirá poder, y nuestro servicio sacrificador llevará al honor. A pesar de su impetuosidad y errores ocasionales, Pedro captó el mensaje y escribió: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1 Pedro 5:10,11).

Las paradojas del Siervo

Marcos 10

Como Maestro por excelencia nuestro Señor usó muchos diversos métodos para proclamar la palabra de Dios: símbolos, milagros, tipos, parábolas, proverbios y paradojas. Una paradoja es una afirmación que parece contradecirse a sí misma, y sin embargo expresa una verdad válida o principio. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” es una paradoja (2 Corintios 12:10; también 2 Corintios 6:8-10). A veces la mejor manera de decir una verdad es mediante una paradoja; y este capítulo describe a nuestro Señor haciendo precisamente eso. El podía haber predicado sermones largos, pero en lugar de eso nos dio cinco lecciones importantes que se puede expresar en cinco afirmaciones paradójicas concisas.

1. Los dos serán uno (Marcos 10:1-12)

Jesús terminó su ministerio en Galilea, salió de Capernaum, y vino a la región de Transjordania, todavía camino a Jerusalén (v.32). Este distrito estaba gobernado por Herodes Antipas, lo que explica por qué los fariseos

102 **Diligentes en Cristo**

trataron de poner una trampa al Señor haciéndole una pregunta respecto al divorcio. Después de todo, Juan el Bautista había sido ejecutado debido a que predicaba contra el matrimonio adúltero de Herodes (6:14-29).

Pero había más que sólo política en su pregunta capciosa, porque el divorcio era un tema muy controversial entre los rabinos judíos. Sin que importara qué respuesta diera Jesús, era seguro que no le gustaría a alguien, y esto podría darles la oportunidad de arrestarlo. Los verbos indican que los fariseos *insistían en preguntarle*, como si esperaran provocarle a decir algo incriminatorio.

En ese día habían dos puntos de vista contradictorios respecto al divorcio, y el punto de vista que uno sostenía dependía de cómo interpretara la frase “alguna cosa indecente” de Deuteronomio 24:1-4. Los seguidores del rabí Jillel eran muy flexibles en su interpretación y permitían que un hombre se divorciara de su esposa por muchas razones, aun por quemar la comida. Pero la escuela del rabí Shammai era mucho más estricta y enseñaba que las palabras decisivas, *alguna cosa indecente*, se refería solamente al pecado premarital. Si el recién casado descubría que su esposa no era virgen, entonces podía divorciarse de ella.

Como fue su costumbre, Jesús ignoró los debates sin sentido y concentró su atención en la palabra de Dios, en este caso, la ley mosaica de Deuteronomio 24:1-4. Al estudiar este pasaje es importante notar dos hechos. Primero, era *el hombre* quien se divorciaba de su esposa, y no la esposa quien se divorciaba de su esposo; porque las mujeres no tenían ese derecho en Israel. (Las mujeres romanas sí tenían el derecho de divorciarse.) Segundo, la “carta de divorcio” oficial se le daba a la esposa para declarar su situación y asegurar a cualquier esposo en

prospecto que en verdad ella era libre para volver a casarse. Aparte de darle este documento, el único requisito adicional era que la mujer no volviera a su primer esposo, si el segundo esposo se divorciaba de ella. Entre los judíos la pregunta no era: “¿Puede una divorciada volver a casarse?” porque se permitía y hasta se esperaba que las personas volvieran a casarse. La pregunta era: “¿Cuáles son las bases legales para que un hombre se divorcie de su esposa?”

La ley mosaica no indicaba que el adulterio fuera base para el divorcio, porque en Israel tanto el adúltero como la adúltera eran apedreados hasta que murieran (Deuteronomio 22:22; Levítico 20:10; también Juan 8:1-11). Sea lo que sea que quiera decir “alguna cosa indecente” en Deuteronomio 24:1-4, no podía haber sido adulterio.

Jesús explicó que Moisés dio la ley del divorcio debido al pecado del corazón humano. La ley protegía a la esposa restringiendo al esposo para que no se divorciara impulsivamente de su esposa y la maltratara como si fuera un mueble que ya no quería, en vez de tratarla como un ser humano. Sin una carta de divorcio la mujer podía fácilmente convertirse en una proscrita social y ser tratado como prostituta. Ningún hombre habría querido casarse con ella, y ella habría quedado indefensa y destituida.

Al dar este mandamiento a Israel, Dios no estaba dando su aprobación al divorcio, y ni siquiera animándolo. Más bien, estaba procurando restringirlo y hacer más difícil que los hombres despidieran a sus esposas. Puso suficientes regulaciones alrededor del divorcio como para que las esposas no llegaran a ser víctimas de los caprichos de sus esposos.

El Señor luego los llevó más allá de Moisés, al registro de la creación original (Génesis 1:27; 2:21-25). Después

104 Diligentes en Cristo

de todo, en el principio fue *Dios* quien estableció el matrimonio; y tenía el derecho de establecer las reglas. Según la Biblia, el matrimonio es entre un hombre y una mujer, no dos hombres o dos mujeres; y la relación es sagrada y permanente. Es la unión más íntima en la raza humana, porque los dos llegan a ser una carne. Esto no es cierto de un padre y un hijo, o una madre y su hija, sino que es cierto sólo de un hombre y su esposa.

Aun cuando el elemento espiritual es de vital importancia en el matrimonio, el énfasis aquí es que el matrimonio es una unión *física*: los dos llegan a ser una sola *carne*, no un espíritu. Puesto que el matrimonio es una unión física, sólo una causa física puede romperlo: bien sea la muerte (Romanos 7:1-3) o la fornicación (Mateo 5:32; 19:9). Marcos no incluyó la cláusula de excepción que se halla en Mateo, pero tampoco dice que la muerte rompa la unión matrimonial.

En privado el Señor explicó más el asunto a los discípulos inquisitivos, los cuales ya quedaron convencidos de que era peligroso casarse. Casarse después de un divorcio, *aparte del concedido a base de la fornicación*, haría que la persona cometiera adulterio, y esto era algo serio. Fíjate que Jesús incluyó a las mujeres en su advertencia, lo que por cierto elevaba su situación en la sociedad y les daba igual responsabilidad con los hombres. Los rabinos nunca habrían llegado a tal extremo.

Marcos 10:9 nos advierte que el *hombre* no puede separar a los que se han unido en matrimonio, pero Dios *sí puede*. Puesto que él estableció el matrimonio, tiene el derecho de establecer las reglas. Un divorcio puede ser legal según nuestras leyes, y no obstante estar mal a los ojos de Dios. Dios espera que los casados se comprometan el uno al otro (v.7), y que sean fieles el uno al otro.

Demasiadas personas ven el divorcio como una salida fácil, y no toman seriamente sus votos matrimoniales de comprometerse el uno al otro y al Señor.

2. Los adultos serán como niños (Marcos 10:13-16)

Primero el matrimonio, y luego los niños; la secuencia es lógica. A diferencia de muchos “modernos” de hoy, los judíos de esos días miraban a los niños como una bendición y no como una carga, un rico tesoro de Dios y no una obligación (Salmos 127 y 128). El no tener hijos le producía tristeza y desgracia a la pareja.

Los padres acostumbraban traer a sus hijos a los rabinos para que los bendijeran, y por eso fue razonable que los padres trajeran a Jesús a sus pequeños. Algunos eran niños de brazos (Lucas 18:15), mientras que otros eran niños que ya podían caminar; y Jesús los recibió bien a todos.

¿Por qué los discípulos reprendieron a la gente y trataron de alejar de Jesús a los niños? (en Mateo 15:23 y Marcos 6:36 otras ocasiones en que los discípulos parecían tener el corazón duro.) Probablemente pensaban que le estaban haciendo un favor a Jesús al tratar de proteger su tiempo y conservar su fuerza. En otras palabras, *¡consideraron que los niños no eran importantes!* Su actitud fue extraña, porque Jesús ya les había enseñado que recibieran a los niños en su nombre, y que tuvieran cuidado para no hacer que ninguno de ellos tropiece (9:36ss). Una vez más, ellos se olvidaron de lo que él les había enseñado.

La frase “se indignó” es demasiado sutil. Nuestro Señor en realidad se indignó tanto que abiertamente reprendió a sus discípulos por interponerse. Luego les dijo que los niños eran mejor ejemplo del reino que los adultos. Les decimos a los niños que se porten como adultos, ¡pero Jesús les dice a los adultos que imiten el modelo de los niños!

¿De qué maneras son los niños un ejemplo? En su humilde dependencia de otros, su receptividad, su aceptación de sí mismos y su posición en la vida. Por supuesto, Jesús estaba hablando de un niño no mimado, no uno que estaba tratando de comportarse como adulto. Un niño disfruta mucho pero puede explicar muy poco. Los niños viven por fe. Por fe aceptan su suerte, confiando en que otros los cuiden y les ayuden a salir adelante.

Entramos en el reino de Dios por fe, como niños: impotentes, incapaces de salvarnos a nosotros mismos, totalmente dependientes de la misericordia y gracia de Dios. Gozamos del reino de Dios por fe, creyendo que el Padre nos ama y suplirá nuestras necesidades de cada día. ¿Qué hace un niño cuando se lastima o tiene un problema? ¡Lo lleva a su padre o madre! ¡Qué ejemplo a seguir en nuestra relación con nuestro Padre celestial! Sí; Dios quiere que seamos como niños, pero no infantiles.

No hay sugerencia alguna de que Jesús haya bautizado a estos niños, porque Jesús ni siquiera bautizó adultos (Juan 4:1,2). Si los discípulos hubieran acostumbrado a bautizar infantes, no hubieran tratado de alejar a los padres. Jesús tomó a estos pequeños en sus brazos amantes y los bendijo; ¡y qué bendición debe haber sido esa!

3. Los primeros serán los últimos (Marcos 10:17-31)

De todos los que vinieron a los pies de Jesús en algún momento, este hombre es el que se fue peor de lo que vino. Sin embargo, tenía tanto a su favor. Era un joven (Mateo 19:22) con gran potencial. Era respetado por los demás, porque ocupaba algún cargo como dirigente, tal vez en la corte local (Lucas 18:18). Ciertamente tenía modales, moral, y suficiente deseo en su corazón por las cosas espirituales como para correr hacia Jesús y postrarse

a sus pies. En todo aspecto era el joven ideal; y cuando Jesús lo miró, le amó.

Con todas sus excelentes cualidades, el joven tenía un punto de vista muy superficial respecto a las cosas espirituales. Por cierto que tenía una noción muy superficial de la salvación, porque pensaba que podía *hacer* algo para ganar o merecer la vida eterna. Esta era una creencia común en esos días entre los judíos (Juan 6:28), y es muy común hoy. La mayoría de las personas inconversas piensan que Dios un día sumará sus buenas obras y sus malas obras, y si las buenas obras son más que las malas, lograrán entrar al cielo.

Detrás de este enfoque de buenas obras respecto a la salvación hay una noción superficial del pecado, el hombre, la Biblia, Jesucristo y la salvación. El pecado es rebelión contra un Dios santo. No es simplemente una acción; es una actitud interna que exalta al hombre y desafía a Dios. ¿Pensaba en realidad este joven que podía hacer unas cuantas obras religiosas y arreglar cuentas con un Dios santo?

El joven tenía una noción superficial de Jesucristo. Le llamó "Maestro bueno", pero tenemos la impresión de que estaba tratando de lisonjear al Señor; porque los rabinos judíos no permitían que se les aplicara la palabra *bueno*. Solo Dios era bueno, y la palabra debía reservarse solo para él. Jesús no estaba negando que era Dios; sino más bien, estaba afirmándolo. Simplemente quería asegurarse de que este joven en realidad sabía lo que estaba diciendo y si estaba dispuesto a aceptar las responsabilidades que eso incluía.

Esto explica por qué Jesús señaló al joven la ley mosaica: Quería que se viera como pecador postrado ante un Dios santo. No podemos ser salvos del pecado por

108 Diligentes en Cristo

guardar la ley (Efesios 2:8-10; Gálatas 2:16-21). La ley es un espejo que nos muestra lo sucio que estamos y somos, pero el espejo no puede lavarnos. Uno de los propósitos de la ley es llevar al pecador a Cristo (Gálatas 3:24), que es lo que hizo en el caso de este hombre. La ley puede traer al pecador a Cristo, pero la ley no puede hacer al pecador semejante a Cristo. Solo la gracia puede hacerlo.

El joven no se vio a sí mismo como un pecador condenado ante el Dios santo. Tenía una noción superficial de la ley de Dios, porque midió su obediencia sólo por acciones externas y no por las actitudes internas. En lo que tenía que ver con sus acciones, era intachable (Filipenses 3:6); pero sus actitudes internas no lo eran, porque era codicioso. Puede haber guardado algunos de los mandamientos, pero el último lo cogió: “No codiciarás”. La codicia es un pecado terrible; es sutil y difícil de detectar, y sin embargo hace a la persona quebrantar todos los demás mandamientos. “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Timoteo 6:10).

Mirando a este joven se podría concluir que lo tenía todo, pero Jesús dijo que le faltaba una cosa: *una fe viva en Dios*. El dinero era su dios: confiaba en él, lo adoraba, y obtenía de él su satisfacción. Su moralidad y buenos modales sólo servían para ocultar un corazón codicioso.

Las direcciones de nuestro Señor en Marcos 10:21 no deben aplicarse a todo mundo que quiere llegar a ser un discípulo, porque Jesús estaba dirigiéndose a las necesidades específicas del joven rico. El joven era rico, así que Jesús le dijo que liquidara sus bienes y diera el dinero a los pobres. El joven era un dirigente, así que Jesús le dijo que tomara su cruz y le siguiera, lo que sería una experiencia humillante. Jesús ofreció al hombre la

dáviva de la vida eterna, pero el hombre la rechazó. Es difícil recibir un regalo cuando tu puño está agarrando el dinero y las cosas que el dinero puede comprar. La palabra griega que se traduce “afligido” ilustra las nubes de tormenta juntándose. El hombre se alejó de la luz del sol y entró en la tormenta. Quería la salvación en sus propios términos, y se fue decepcionado.

Los discípulos se quedaron pasmados por la declaración del Señor respecto a las riquezas, porque la mayoría de los judíos pensaban que la posesión de gran riqueza era evidencia de la bendición especial de Dios. Muchos todavía hoy se aferran a este error, a pesar del mensaje de Job, el ejemplo de Cristo y los apóstoles, y la clara enseñanza del Nuevo Testamento. En el caso de este joven, sus riquezas *le robaron* de la mayor bendición de Dios, la vida eterna. Hoy, la riqueza continúa haciendo pobres a los ricos y últimos a los primeros (1 Corintios 1:26-31).

El dinero es un siervo maravilloso pero un amo terrible. Si tienes dinero, sé agradecido y úsalo para la gloria de Dios; pero si el dinero te posee a ti, ¡cuidado! Es bueno tener las cosas que el dinero puede comprar, siempre y cuando no pierdas las cosas que el dinero no puede comprar. El engaño de las riquezas había ahogado tanto el terreno del corazón de este joven que fue incapaz de recibir la buena semilla de la palabra y ser salvo (Mateo 13:22). ¡Qué cosecha tan amarga segará un día!

Sin embargo, la respuesta de Pedro indicó que había unos cuantos problemas en su propio corazón. “¿Qué, pues, tendremos?” (Mateo 19:27). Esta declaración revela una noción más bien comercial de la vida cristiana: “Nosotros lo hemos dejado todo por el Señor; ahora, ¿qué vamos a recibir en pago?” Contrasta las palabras de Pedro con las de los tres jóvenes hebreos en Daniel 3:16-18, y

110 Diligentes en Cristo

el testimonio posterior de Pedro en Hechos 3:6. Por cierto había un cambio grande en Pedro cuando pasó de “¿Qué voy a sacar?” a “Lo que tengo, te doy”.

Jesús aseguró a los discípulos que nadie que le sigue perderá jamás algo realmente importante, bien sea en esta vida o en la vida venidera. Dios recompensará a cada uno. Sin embargo, debemos cerciorarnos de que nuestros motivos sean limpios: “Por causa de mí y del evangelio” (Marcos 8:35). R. J. LeTourneau, el conocido industrialista de hace varios años, solía decir: “Si das debido a que paga, ¡no pagará!” Si nos sacrificamos sólo para conseguir alguna recompensa, esa recompensa jamás llegará.

Observa que Jesús también prometió “persecuciones”. Ya les había dicho a sus discípulos lo que judíos y gentiles le harían a él en Jerusalén, y ahora les informa que ellos también sufrirán su parte de la persecución. Dios equilibra las bendiciones con batallas, desarrollando hijos e hijas maduras.

Para el público en general el joven rico estaba en primer lugar y los discípulos en el último. Pero Dios veía las cosas desde la perspectiva de la eternidad; y los primeros fueron últimos mientras que los últimos fueron primeros. Los que son primeros en sus propios ojos serán los últimos en los ojos de Dios, pero los que son últimos a sus propios ojos recibirán la recompensa como primeros. ¡Qué estímulo para los verdaderos discípulos!

4. Los siervos serán gobernantes (Marcos 10:32-45)

El destino todavía era Jerusalén, y Jesús todavía dirigía el camino. Al escribir Marcos el relato del viaje del Salvador al Calvario, debe haber meditado mucho sobre los grandes “Cantos del Siervo” de Isaías 42—53. “Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse

mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado” (Isaías 50:7). No podemos sino admirar el valor del Siervo de Dios al seguir su camino hacia el Calvario, y debemos adorarle mucho más porque lo hizo por nosotros.

Debemos tratar de comprender el aturdimiento y temor de sus seguidores, porque esta fue una experiencia difícil para ellos y de ninguna manera lo que habían planeado o esperado. Cada nuevo anuncio de su muerte solo aumentaba su perplejidad. En los dos primeros anuncios (Marcos 8:31; 9:31), Jesús les había dicho *lo que* ocurriría; pero ahora les dice *dónde* tendrá lugar su pasión: ¡En la ciudad santa de Jerusalén! En este tercer anuncio también incluyó la parte que los gentiles tendrían en su juicio y muerte, y por cuarta vez les prometió que resucitaría de nuevo (Marcos 9:9). Les dijo a sus discípulos la verdad, pero ellos no estaban en condición de comprenderla.

A la luz del anuncio del Señor respecto a su muerte, nos sentimos abochornados y avergonzados al leer que Jacobo y Juan pidieron tronos. ¿Cómo pudieron ellos y su madre (Mateo 20:20,21) ser tan insensibles y egoístas? Pedro había respondido al primer anuncio discutiendo con Jesús; después del segundo anuncio los discípulos respondieron discutiendo entre sí sobre quién sería el mayor (Marcos 9:30-34). Estos hombres parecían estar ciegos al significado de la cruz.

En realidad Salomé y sus dos hijos estaban reclamando la promesa que Jesús les había dado de que, en el reino futuro, los discípulos se sentarían en doce tronos con el Señor Jesús. (Mateo 19:28. Puesto que Marcos estaba escribiendo especialmente para los gentiles, no incluyó esta promesa.) Exigió gran fe de parte de ellos reclamar esa promesa, especialmente puesto que Jesús acaba de recordarles de su muerte inminente. Los tres se habían

112 **Diligentes en Cristo**

puesto de acuerdo (Mateo 18:19), y tenían la palabra del Señor que los animaba, así que no había razón de que Jesús les negara su petición.

Aparte de una cosa: Estaban pidiéndolo en forma egoísta, y Dios no contesta las oraciones egoístas (Santiago 4:2,3). Si lo hace, es nada más que para disciplinarnos y enseñarnos cómo orar de acuerdo a su voluntad (Salmo 106:15; 1 Juan 5:14,15). Jacobo, Juan y Salomé no se dieron cuenta de que *cuesta algo conseguir respuestas a la oración*. Para que Jesús les concediera lo que pedían, él tendría que sufrir y morir. ¿Por qué tendría él que pagar un precio tan grande sólo para que ellos pudieran disfrutar de tronos gratis? ¿Es esa la manera de glorificar a Dios?

Jesús comparó su sufrimiento y muerte, que se avecinaban, a la acción de beber una copa (Marcos 14:32-36) y a la experiencia del bautismo (Lucas 12:50 y también Salmo 41:7; 69:2,15). Sería una experiencia devastadora; ¡y sin embargo Jacobo y Juan dijeron que podrían atravesarla con Jesús! Ni siquiera se daban cuenta de lo que estaban diciendo, porque en años posteriores en efecto tendrían su porción en el bautismo y la copa. Jacobo sería el primero de los discípulos en morir como mártir (Hechos 12:1,2), y Juan sufriría gran persecución.

Debido a que su petición estaba motivada por sabiduría terrenal, no por sabiduría celestial, Jacobo y Juan incitaron la ira de los otros discípulos y produjeron división en el grupo (Santiago 3:13—4:1). Sin duda los otros hombres ¡se enojaron porque no lo pensaron ellos primero! De nuevo, Jesús trató de enseñarles lo que es ser una *persona importante* en el reino de Dios (Marcos 9:33-37).

Como muchos en nuestros días, los discípulos estaban cometiendo el error de seguir los ejemplos malos. En vez de seguir a Jesús como modelo, estaban admirando la

gloria y autoridad de los gobernantes romanos, hombres a quienes les encantaban el prestigio y la autoridad. Aun cuando no hay nada de malo en aspirar a la grandeza, debemos tener cuidado respecto a cómo definimos la grandeza y por qué queremos adquirirla. Jesús dijo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (10:43,44).

El patrón bíblico de Dios es que la persona sea primero siervo antes de que Dios la promueva a dirigente. Esto fue cierto de José, Moisés, Josué, David, Timoteo e incluso de nuestro Señor mismo (Filipenses 2:1-11). A menos que sepamos cómo obedecer órdenes, no tenemos derecho de darlas. Antes de que una persona ejerza autoridad debe saber lo que quiere decir estar bajo autoridad. Si Jesucristo siguió este modelo al realizar su gran obra de redención, entonces es seguro que no hay ningún otro modelo que nosotros debamos seguir.

5. Los pobres llegan a ser ricos (Marcos 10:46-52)

Una gran multitud de peregrinos que acudían a la Pascua siguieron a Jesús y sus discípulos a Jericó, como a treinta kilómetros de distancia de Jerusalén. Había en realidad dos ciudades llamadas Jericó: La vieja ciudad, que se hallaba ya en ruinas, y la nueva ciudad, como a un kilómetro de distancia, en donde Herodes el Grande y sus sucesores edificaron un lujoso palacio de invierno. Esto ayuda a explicar la aparente contradicción entre Marcos 10:46 y Lucas 18:35.

Había dos mendigos ciegos sentados junto al camino (Mateo 20:30), uno de los cuales se llamaba Bartimeo. Tanto Marcos como Lucas enfocan la atención sobre él puesto que fue el más vocinglero de los dos. Los mendigos

114 **Diligentes en Cristo**

oyeron que Jesús de Nazaret, el Sanador, pasaba por allí, e hicieron lo mejor que pudieron para captar su atención y así poder recibir su ayuda misericordiosa y ser sanados.

Al principio la multitud trató de silenciarlos, pero cuando Jesús se detuvo y mandó llamarlos, ¡la multitud los alentó! La gente desesperada no permite que la multitud les impida llegar a Jesús (Marcos 5:25-34). Bartimeo echó a un lado su manto para que no le estorbara, y corrió al Maestro. Sin duda los peregrinos o los discípulos le ayudaron.

“¿Qué quieres que te haga?”, parece ser una pregunta extraña para hacerla a un ciego. (Fue la misma pregunta que había hecho a Jacobo, Juan y Salomé, v.36.) Pero Jesús quería dar al hombre la oportunidad de expresarse y dar evidencia de su fe. ¿Qué creía él en realidad que Jesús podía hacer por él?

Cuando Bartimeo llamó a Jesús “Maestro”, usó el título *Raboni*. En los Evangelios, la única persona, aparte de Bartimeo, que usó este título fue María (Juan 20:16). Dos veces el mendigo le había llamado “Hijo de David”, título profético mesiánico, pero “Maestro” (*Raboni*) era una expresión de fe personal.

Mateo nos dice que Jesús fue movido a compasión y les tocó los ojos (20:34), e inmediatamente quedaron sanos. Por gratitud a Jesús los hombres se unieron a la muchedumbre de peregrinos y emprendieron camino a Jerusalén, siguiendo a Jesús. Este es el último milagro de sanidad registrado en Marcos, y ciertamente encaja en el tema del *Siervo* en Marcos. Vemos a Jesucristo, el Siervo Sufriente de Dios, camino a la cruz, ¡y sin embargo se detiene para servir a dos mendigos ciegos! ¡Qué amor, qué misericordia, qué gracia!

El Siervo en Jerusalén

Marcos 11:1—12:44

Jerusalén, en la temporada de la Pascua, era la delicia de los judíos y la desesperación de los romanos. Miles de judíos devotos de todo el mundo llegaban a la ciudad santa, con sus corazones repletos de entusiasmo y fervor nacionalista. La población de Jerusalén se triplicaba durante la fiesta, lo que hacía necesario que las unidades militares romanas estuvieran en alerta especial. Vivían con la posibilidad de que algún judío entusiasta tratara de matar a algún oficial romano o de atizar algún motín, y siempre había el potencial de disputas entre los varios grupos religiosos judíos.

A esta situación llegó el Siervo de Dios con menos de una semana restante antes de ser crucificado fuera de los muros de la ciudad. En esta sección vemos al Siervo de Dios ministrando en tres diferentes papeles oficiales.

1. El Siervo/Rey (Marcos 11:1-11)

Por el camino que Jesús tomó se llegaría primero a Betania y luego a Betfagé, como a tres kilómetros y medio

116 Diligentes en Cristo

de Jerusalén. La elevación en ese punto era como 900 metros, y desde allí se tiene una vista impresionante de la ciudad santa. El Señor estaba a punto de hacer algo que no había hecho nunca antes, algo que repetidamente había advertido a otros que no hicieran por él: iba a permitir a sus seguidores hacer una demostración pública en su honor.

Jesús envió a dos de sus discípulos a Betfagé para buscar el asno que necesitaba para el evento. Hoy la mayoría de personas piensan del burro como nada más que una humilde bestia de carga, pero en esos días se le consideraba como un animal digno de un rey (1 Reyes 1:33). Nuestro Señor necesitaba esta bestia para poder cumplir la profecía mesiánica que se halla en Zacarías 9:9. Marcos no menciona este versículo ni se refiere al mismo porque estaba escribiendo primordialmente para lectores gentiles.

Al cumplir esta profecía Jesús logró dos propósitos: (1) Se declaró Rey de Israel y Mesías, y (2) Deliberadamente desafió a los dirigentes religiosos. Esto puso en movimiento el complot oficial que condujo a su arresto, juicio y crucifixión. Los dirigentes judíos habían decidido no arrestarlo durante la fiesta, pero Dios había determinado las cosas de otra manera. El Cordero de Dios debía morir en la Pascua.

Muchos judíos patriotas de la multitud de peregrinos se unieron con agrado al desfile que proclamaba a Jesús como el Rey, el Hijo de David que venía en el nombre del Señor. Los visitantes de Galilea eran los más prominentes en el desfile, junto con la gente que había presenciado la resurrección de Lázaro de los muertos (Juan 12:12-18). Algunas veces se oye que la misma gente que clamó “¡Hosana!” el Domingo de Ramos acabó gritando “¡Crucifícale!” el viernes santo, pero no es verdad. La

multitud que quería crucificarle procedía predominantemente de Judea y Jerusalén, en tanto que los judíos galileos simpatizaban con Jesús y su ministerio.

Al dar la bienvenida a un rey era costumbre que el pueblo pusiera sus mantos externos sobre el camino, y luego añadieran ramas (2 Reyes 9:13). El grito “¡Hosana!” quiere decir ¡*Salva ahora!* y procede del Salmo 118:25,26. Por supuesto, Jesús sabía que el pueblo estaba citando un salmo mesiánico (relaciona el Salmo 118:22,23 con Mateo 21:42-44 y Hechos 4:11), pero les permitió seguir con su aclamación. Estaba afirmando abiertamente su majestad como el Hijo de David.

¿Qué pensaron los romanos al observar esta demostración festiva? Después de todo, los romanos eran expertos en desfiles y eventos oficiales públicos. Nosotros llamamos a este evento “la entrada triunfal”, pero ningún romano hubiera usado tal término. Un “triumfo romano” oficial ¡era en verdad algo digno de verse! Cuando un general romano regresaba a Roma después de terminar la conquista de algún enemigo, se le recibía con un magnífico desfile oficial. En el desfile exhibía sus trofeos de la guerra y los prisioneros ilustres que había capturado. El general victorioso iba en un carruaje dorado, los sacerdotes quemaban incienso en su honor, y la gente gritaba su nombre y lo elogiaba. El desfile terminaba en el estadio en donde se divertía al pueblo con el espectáculo de los prisioneros luchando contra bestias salvajes. Eso era un triunfo romano.

La entrada triunfal de nuestro Señor no fue nada parecido, pero fue igualmente un triunfo. Era el Rey ungido de Dios y Salvador, pero su conquista sería espiritual y no militar. Un general romano tenía que matar por lo menos cinco mil soldados enemigos para merecer

118 Diligentes en Cristo

un triunfo; pero en unas pocas semanas el evangelio *conquistaría* a unos cinco mil judíos y transformaría sus vidas (Hechos 4:4). El triunfo de Cristo sería la victoria del amor sobre el odio, la verdad sobre el error, y la vida sobre la muerte.

Después de mirar el área del templo, a donde volvería al día siguiente, Jesús salió de la ciudad y pasó la noche en Betania, donde estaba más seguro y más tranquilo. Sin duda pasó tiempo en oración con sus discípulos, tratando de prepararlos para la difícil semana que les esperaba por delante.

2. El Siervo/Juez (Marcos 11:12-26)

La condenación de la higuera de parte de nuestro Señor y la limpieza del templo fueron actos simbólicos que ilustraban la triste condición espiritual de la nación de Israel. A pesar de sus muchos privilegios y oportunidades, Israel era externamente infructuosa (el árbol) e internamente corrupta (el templo). No fue de costumbre que Jesús actuara en juicio (Juan 3:17), sin embargo llega el momento cuando esto es lo único que Dios puede hacer (Juan 12:35-41).

La maldición de la higuera (11:12-14,20-26). La higuera produce hojas en marzo o abril y luego empieza a dar fruto en junio, con otra cosecha en agosto, y posiblemente una tercera cosecha en diciembre. La presencia de las hojas podría significar la presencia de fruto, aun cuando ese fruto fuera sobras de la temporada previa. Es significativo que en esta ocasión Jesús no tuvo conocimiento especial que lo guiara; tuvo que acercarse al árbol y examinar las cosas por sí mismo.

Si Jesús tenía poder para matar al árbol, ¿por qué no usó ese poder para restaurar el árbol y hacerle fructificar? Aparte del ahogamiento de los cerdos (5:13), esta es la única ocasión en que nuestro Señor usó su poder milagroso

para destruir algo de la naturaleza. Lo hizo porque quería enseñarnos dos lecciones importantes.

Primero, hay una lección sobre el *fracaso*: Israel había fracasado por no dar fruto para Dios. En el Antiguo Testamento la higuera va asociada con la nación de Israel (Jeremías 8:13; Nahum 3:12; Oseas 9:10). Como la higuera que maldijo nuestro Señor, Israel no tenía “nada... sino hojas”. Observa que el árbol se secó “desde las raíces” (Marcos 11:20). Tres años antes Juan el Bautista había puesto el hacha a las raíces del árbol (Mateo 3:10), pero los dirigentes religiosos no prestaron atención al mensaje. Cuando un individuo o grupo *se seca* espiritualmente, por lo general es desde las raíces. Puede haber muchas hojas que la gente admira, pero no hay fruto que la gente pueda disfrutar.

Los discípulos probablemente asociarían este milagro con la parábola que Jesús había pronunciado algunos meses antes (Lucas 13:1-9), y verían en el milagro un cuadro vívido del juicio divino sobre Israel. También recordarían Miqueas 7:1-6, en donde el profeta declara que Dios está buscando “los primeros frutos” de su pueblo. Cristo todavía sigue buscando fruto de su pueblo, y que nosotros no demos fruto es pecado (Juan 15:16). Debemos cultivar con todo cuidado nuestras raíces espirituales y no conformarnos con “hojas”.

Jesús también usó este milagro para enseñarnos una lección sobre la fe. A la siguiente mañana, cuando los discípulos vieron el árbol seco, Jesús les dijo: “Tened fe en Dios”, queriendo decir: “Constantemente sigan confiando en Dios; vivan en una actitud de dependencia de él”. Para la mente judía, una montaña significaba algo fuerte e incommovible, un problema que se levantaba en el camino (Zacarías 4:7). Podemos mover estas montañas sólo al confiar en Dios.

120 **Diligentes en Cristo**

Por supuesto, esta no es la única lección que Jesús dio sobre la oración; y debemos tener cuidado de no aislarla del resto de la Biblia. La oración debe estar dentro de la voluntad de Dios (1 Juan 5:14,15), y el que ora debe permanecer en el amor de Dios (Juan 15:7-14). La oración no es una medida de emergencia de la que echamos mano cuando tenemos problemas. La oración genuina es parte de nuestra constante comunión con Dios y adoración a él.

Tampoco debemos interpretar Marcos 11:24 como queriendo decir: “Si oras con suficiente fervor y *realmente crees*, Dios está obligado a responder a tus oraciones, pidas lo que pidas”. Esa clase de fe no es fe en Dios; más bien, no es nada más que fe en la fe, o fe en lo que uno siente. La verdadera fe en Dios se basa en su palabra (Romanos 10:17; Juan 15:7), y su palabra nos revela su voluntad. Bien se ha dicho que el propósito de la oración no es lograr que la voluntad del hombre se haga en el cielo, sino para que la voluntad de Dios se haga en la tierra.

La verdadera oración incluye el perdón tanto como fe. Debo estar en comunión con mi Padre en el cielo y mis hermanos en la tierra para que Dios responda a mis oraciones (Mateo 5:21-26; 6:14,15; 18:15-35). Se puede ver en la oración, “Padre *nuestro* que estás en los cielos”, que la primera expresión es “Padre nuestro” y no Padre mío. Aun cuando los creyentes pueden orar en privado, ningún creyente jamás ora a solas; porque todo el pueblo de Dios es parte de una familia mundial que se une para buscar la bendición de Dios (Efesios 3:14,15). La oración nos une.

No nos ganamos la bendición de Dios al perdonarnos unos a otros. Nuestro espíritu perdonador es una evidencia de que nuestros corazones están en buenas cuentas con Dios y que queremos obedecer su voluntad, y eso hace posible que el Padre nos oiga y responda a la oración

(Salmo 66:18). La fe obra por el amor (Gálatas 5:6). Si tengo fe en Dios, también amaré a mi hermano.

El limpiamiento del templo (11:15-19). Jesús había limpiado el templo durante su primera visita en la Pascua (Juan 2:13-22), pero los resultados habían sido temporales. No pasó mucho tiempo para que los dirigentes religiosos permitieran que los cambistas y los comerciantes volvieran. Los sacerdotes recibían su comisión de las ganancias y, después de todo, estos negocios eran una conveniencia para los judíos que viajaban a Jerusalén para adorar. ¿Supón que un judío extranjero llevaba consigo su propio sacrificio y entonces descubría que se lo rechazaban debido a algún defecto? La valuación de moneda cambiaba continuamente, así que los que cambiaban monedas extranjeras les estaban haciendo un favor a los visitantes, aun cuando los comerciantes obtenían jugosas ganancias. Era fácil racionalizar la empresa entera.

Este mercado religioso funcionaba en el atrio de los gentiles, el lugar preciso en donde los judíos debían haber estado muy atareados haciendo seria obra misionera. Si un gentil visitaba el templo y veía lo que los judíos estaban haciendo *en el nombre del Dios verdadero*, nunca creería lo que le enseñaban. Los judíos tal vez no permitían ídolos de madera o piedra en su templo, pero había ídolos por igual. El atrio de los gentiles debía haber sido el lugar para orar, pero en lugar era el lugar de negocio.

Marcos mencionó especialmente a los que vendían palomas. La paloma era uno de los pocos sacrificios que los pobres podían costear (Levítico 14:22). Fue el sacrificio que José y María trajeron cuando dedicaron a Jesús en el templo (Lucas 2:24).

Incluso los pobres eran víctimas de los comerciantes en el templo, y esto en sí mismo debe haber afligido al

122 Diligentes en Cristo

Señor Jesús, porque Jesús siempre fue sensible hacia los pobres (Marcos 12:41-44).

Jesús mencionó dos pasajes bíblicos para defender lo que hizo: Isaías 56:7 y Jeremías 7:11. Al mismo tiempo puso al descubierto los pecados de los dirigentes religiosos. Los judíos miraban al templo primordialmente como lugar de sacrificio, pero Jesús lo veía como lugar de oración. La verdadera oración es en sí misma un sacrificio a Dios (Salmo 141:1,2). Jesús tenía una noción espiritual de la religión judía, mientras que los dirigentes promovían una noción tradicional que estaba atestada de reglas y regulaciones.

Campbell Morgan recalca que “cueva de ladrones” es el lugar en donde los ladrones *huyen para esconderse*. Los principales sacerdotes y los escribas estaban usando el templo y sus servicios religiosos para cubrir su pecado e hipocresía. Tanto Isaías (1:10-17) como Jeremías (7:1-16) habían advertido al pueblo de su día que la presencia del templo físico no garantizaba la bendición de Dios. Era lo que la gente hacía *de corazón* en el templo lo que realmente importaba. La nación no había prestado atención a la advertencia de los profetas, ni tampoco prestaría atención a la advertencia del Señor.

Cuando los escribas y principales sacerdotes oyeron el informe de las actividades de nuestro Señor, insistieron en buscar la manera de prenderle (Marcos 14:1,2). Judas les resolvería el problema. Antes de condenar a los dirigentes religiosos judíos por sus pecados, debemos examinar nuestros propios ministerios para ver si tal vez estamos haciendo mercancía del evangelio. En nuestra comunidad ¿Piensan los de afuera que los edificios de nuestras iglesias son casas de oración? ¿Están recibidas allí todas las naciones? ¿Huimos nosotros, como

miembros de la iglesia, a la iglesia los domingos para esconder nuestros pecados? ¿Vamos a la iglesia para mantener nuestra reputación o para adorar y glorificar a Dios? Si el Señor Jesús se asomara en nuestra casa de adoración, ¿qué cambios haría?

3. El Siervo/Profeta (Marcos 11:27—12:44).

En los días que siguieron, los representantes de los establecimientos religioso y políticos vinieron a Jesús mientras él ministraba en el templo, tratando lo mejor que podían para hacerle tropezar con sus preguntas. El respondió a cuatro preguntas, y luego les hizo una que los silenció de una vez por todas.

Pregunta sobre la autoridad (11:27—12:12). Como guardianes oficiales de la ley, los miembros del sanedrín tenían tanto el derecho como la responsabilidad de investigar a cualquiera que decía haber sido enviado por Dios; y eso incluía Jesús (Deuteronomio 18:15-22). Sin embargo, no lo hacían con una mente abierta ni con motivos sinceros. No estaban buscando la verdad; lo que buscaban era evidencia para poder destruir a Jesús (Marcos 11:18). Jesús sabía lo que estaban haciendo, así que contrarrestó a sus preguntas con otra, y dejó al descubierto la hipocresía de ellos.

¿Por qué les llevó de regreso hasta Juan el Bautista? Por una muy buena razón: Dios no nos enseña una nueva verdad si hemos rechazado la verdad que ya nos ha revelado. Este principio básico está expresado en Juan 7:17: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”. “La obediencia es el órgano del conocimiento espiritual”, dijo el predicador británico F. W. Robertson. Los dirigentes religiosos judíos no habían aceptado lo que

124 **Diligentes en Cristo**

Juan había enseñado, así que, ¿por qué iba Dios a decirles algo más? Si hubieran obedecido el mensaje de Juan, gustosamente se habrían sometido a la autoridad de Cristo, porque Juan vino para presentar al Mesías a la nación.

Los dirigentes judíos se vieron atrapados en un dilema de su propia cosecha. No estaban preguntando: “¿Qué es la verdad?” o “¿Qué es correcto?” sino “¿Qué es conveniente?” Este es siempre el método del hipócrita y del que procura complacer a la multitud. Por cierto que no fue el método de Jesús (Marcos 12:14), ni de Juan el Bautista (Mateo 11:7-10). Jesús no rehusó responderles a la pregunta; sino que tan sólo rehusó aceptar y endosar su hipocresía. No estaba usando de evasivas; nada más estaba siendo sincero.

Antes de que tuvieran la oportunidad para escabullirse, les relató una parábola que reveló *a dónde les estaban conduciendo sus pecados*. Ya habían permitido que mataran a Juan el Bautista, pero ¡pronto estarían pidiendo la crucifixión del Hijo de Dios!

La viña era una imagen familiar en Israel (Isaías 5:1-7; Salmo 80:8-16). Según Levítico 19:23-25, el agricultor no usaría el fruto sino hasta el quinto año, aun cuando no estamos seguros de que los judíos obedecieran esta regulación en ese tiempo. A fin de retener sus derechos legales a la propiedad, el dueño tenía que recibir parte del producto de parte de los arrendatarios, aun cuando fuera nada más que de las legumbres y hortalizas que crecían entre las hileras de árboles o viñas. Esto explica por qué los arrendatarios rehusaron darle algo; querían apropiarse de la viña. También explica por qué el dueño siguió enviándoles agentes; era puramente cuestión de autoridad y propiedad.

Si Marcos 12:2-5 cubre los tres años cuando el fruto no se usó, entonces fue al cuarto año que el amado Hijo

de Dios fue enviado. *Este es el año cuando el fruto estaba dedicado al Señor* (Levítico 19:24), y esto hace el envío del Hijo aun más significativo. Si los arrendatarios lograban deshacerse del heredero, tendrían derecho pleno a la propiedad; así que le echaron fuera (Hebreos 13:12,13) y le mataron. Querían preservar su posición y estuvieron dispuestos hasta a matar con tal de lograr su propósito perverso (Juan 11:47-53).

Jesús entonces les preguntó: “¿Qué, pues, hará el señor de la viña?” Los dirigentes respondieron a la pregunta primero, y al hacerlo se condenaron a sí mismos (Mateo 21:41), y entonces Jesús repitió la respuesta que ellos dieron como un veredicto solemne del Juez. Pero antes de que ellos pudieran apelar el caso, Jesús citó lo que ellos sabían que era una profecía mesiánica: el Salmo 118:22,23: Vimos este mismo salmo en la entrada triunfal (Marcos 11:9,10). “La piedra” era un símbolo bien conocido del Mesías (Exodo 17:6; Daniel 2:34; Zacarías 4:7; Romanos 9:32,33; 1 Corintios 10:4; y 1 Pedro 2:6-8). El Siervo-Juez pronunció un doble veredicto: Ellos no sólo habían rechazado al Hijo, ¡sino que también habían rechazado la Piedra! Podría haber tan sólo una consecuencia: juicio (Mateo 22:1-14).

Pregunta sobre la responsabilidad (12:13-17). Una amenaza común obligó a dos enemigos a unirse: los fariseos y los herodianos. Los herodianos respaldaban a la familia de Herodes así como a los romanos que les habían dado la autoridad para que gobernaran. Los fariseos, sin embargo, consideraban que el clan de Herodes eran los usurpadores perversos del trono de David; porque, después de todo, Herodes era idumeo y no judío. Los fariseos también se oponían al tributo que los romanos habían impuesto sobre Judea, y la mera presencia de Roma en su tierra los ofendía.

126 Diligentes en Cristo

Su alianza temporal fue una trampa sutil, porque sin que importara cómo Jesús respondiera a la pregunta, se metería en problemas bien sea con Roma o con Herodes. Pero Jesús cambió el debate para que no fuera de política sino de motivación e hizo caer a los hipócritas en su propia trampa. Podríamos indicar la respuesta del Señor más o menos de esta manera:

“La imagen del César se halla en sus monedas, así que deben ser acuñadas por autoridad de él. El hecho de que ustedes tengan estas monedas y las usan indica que piensan que valen algo. Por consiguiente, están bajo la autoridad del César, ¡o de lo contrario no usarían sus monedas! Pero no olviden que ustedes fueron creados a imagen de Dios, y por consiguiente deben vivir bajo la autoridad de Dios igualmente”.

Una vez sostuve correspondencia brevemente con un hombre que se oponía a mi interpretación de Romanos 13. Dijo que todo gobierno era del diablo y que los creyentes no deberían someterse a la autoridad de los poderes que hay. Le señalé que inclusive su uso del correo de los Estados Unidos era una aceptación de la autoridad del gobierno. El dinero que el gastó para comprar el papel y las estampillas también venían de los poderes que hay. A propósito, la misma libertad que tenía para expresarse era un derecho garantizado ¡por el gobierno!

La palabra que se traduce “dad” en Marcos 12:17 quiere decir *pagar una deuda*, cancelar. Jesús consideraba que los impuestos eran una deuda de los ciudadanos al gobierno, a cambio de servicios prestados. Hoy esos servicios incluyen, entre otras cosas, protección de bomberos y policía, defensa nacional, los salarios de los oficiales que atienden los asuntos del estado, programas especiales para los pobres y desvalidos y su. El creyente

como individuo tal vez no concuerde con la manera en que se usa el dinero de sus impuestos, y puede expresarse mediante su voz y su voto, pero debe aceptar el hecho de que Dios ha establecido el gobierno humano para nuestro bien (Romanos 13; 1 Timoteo 2:1-6; 1 Pedro 2:13-17). Aun en el caso de que no podamos respetar al funcionario, debemos respetar su puesto.

Una pregunta sobre la eternidad (12:18-27). Este es el único lugar en Marcos en donde se menciona a los saduceos. Este grupo aceptaba sólo la ley mosaica como su autoridad religiosa; así que, si una doctrina no podía ser defendida a partir de los cinco libros del Antiguo Testamento, no la aceptaban. No creían en la existencia del alma o en la vida después de la muerte, ni en la resurrección, ni en el juicio final, ni en ángeles ni o demonios (Hechos 23:8). La mayoría de los saduceos eran sacerdotes y eran ricos. Se consideraban los *aristócratas religiosos* del judaísmo y tendían a menospreciar a todos los demás.

Ellos hicieron a Jesús una pregunta hipotética, basada en la ley del matrimonio que se da en Deuteronomio 25:7-10. Una mujer supuestamente había tenido siete maridos en sucesión, en su vida, todos hermanos, y todos ellos habían muerto. “Si hay tal cosa como una resurrección futura”, arguyeron, “entonces ¡ella debe pasar la eternidad con siete maridos!” Parecía el argumento perfecto, como son la mayoría de discusiones que se basan en situaciones hipotéticas.

Los saduceos pensaban ser listos, pero Jesús pronto reveló que ignoraban dos cosas: el poder de Dios y la verdad de las Escrituras. La resurrección no es una restauración de la vida como la conocemos; es la entrada a una vida nueva que es diferente. El mismo Dios que creó los ángeles y les dio su naturaleza, es perfectamente

128 **Diligentes en Cristo**

capaz de darnos los nuevos cuerpos que necesitaremos para la nueva vida en el cielo (1 Corintios 15:38 ss). Jesús no dijo que nos convertiríamos en ángeles o que seríamos como los ángeles en todo, porque los hijos de Dios tienen una posición más alta que los ángeles (Juan 17:22-24; 1 Juan 3:1,2). Él dijo que en nuestros cuerpos de resurrección seríamos asexuados como los ángeles; y por consiguiente el matrimonio ya no existiría. En el estado eterno, en donde nuestros cuerpos son perfectos y no hay muerte, no habrá necesidad de matrimonio, procreación ni de continuación de la raza.

Los saduceos también ignoraban las Escrituras. Aducían aceptar la autoridad de Moisés, pero no se fijaron que Moisés enseñó la continuación de la vida después de la muerte. De nuevo, nuestro Señor les llevó de regreso a las Escrituras (Marcos 2:25; 10:19; 12:10), en este caso al pasaje de la zarza ardiente (Exodo 3). Dios no dijo a Moisés que él *era* (tiempo pasado) el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Le dijo, “Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. Los patriarcas estaban *vivos* [nota del redactor: vivos aunque no en la tierra] cuando Dios dijo estas palabras a Moisés; por consiguiente, Moisés infiere que hay vida después de la muerte.

Pregunta sobre prioridad (12:28-34). El siguiente retador fue un escriba que también era fariseo (Mateo 22:34,35). Los escribas habían determinado que los judíos estaban obligados a obedecer 613 preceptos en la Ley, 365 preceptos negativos y 248 positivos. Uno de los pasatiempos favoritos de ellos era debatir cuál de estos mandamientos divinos era el mayor.

El Señor citó Deuteronomio 4:4,5, la gran confesión de fe que hasta hoy los judíos fieles repiten todos los días a la mañana y a la noche. Se llama la “shemá”, por la

primera palabra hebrea de dicha confesión, que quiere decir “oye”. Luego citó Levítico 19:18 que recalca el amor por el prójimo. Jesús hizo del amor lo más importante en la vida, porque “el cumplimiento de la ley es el amor” (Romano 13:8-10). Si amamos a Dios, experimentaremos su amor por dentro y expresaremos amor a los demás. No vivimos por reglas sino por relaciones personales, una relación de amor a Dios que nos capacita para tener una relación de amor con otros.

Cuando empezó esta conversación, el escriba era nada más que un títere de los fariseos que estaban tratando de encontrar evidencia contra Jesús (Mateo 22:35). Pero después de oír la respuesta de nuestro Señor, el escriba se levantó y se atrevió a elogiar al Señor por su respuesta. El Verbo había hablado al corazón del hombre y éste estaba empezando a tener una comprensión más profunda de la fe que creía comprender. Hasta las Escrituras del Antiguo Testamento enseñaban que la religión judía era más que ofrecer sacrificios y guardar leyes (1 Samuel 15:22; Salmo 51:16,17; 141:1,2; Jeremías 7:22,23; Oseas 6:6; Miqueas 6:6-8).

¿Qué quiere decir que una persona no esté lejos del reino de Dios? Quiere decir que él o ella están haciéndole frente a la verdad con toda sinceridad y no está interesado en defender una filosofía, o algún prejuicio personal. Quiere decir que la persona está examinando su fe por lo que dice la palabra de Dios y no por lo que algún grupo religioso demanda. La gente que está cerca al reino de Dios tiene el valor de defender lo que es verdad aun si eso le cuesta perder algunos amigos y hacer algunos nuevos enemigos.

Pregunta sobre la identidad (12:35-37). Ahora le tocaba a nuestro Señor el hacer preguntas y él se concentró en la pregunta más importante de todas: ¿Quién es el Mesías? “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?”

130 Diligentes en Cristo

(Mateo 22:42). Esta es una pregunta mucho más importante que las que sus enemigos le habían hecho, porque si estamos equivocados en cuanto a Jesucristo, estamos equivocados en cuanto a la salvación. Esto quiere decir que acabaremos condenando nuestras propias almas (Juan 3:16-21; 8:24; 1 Juan 2:18-23).

Jesús citó Salmo 110:1 y les pidió que explicaran cómo el hijo de David podía también ser el Señor de David. Los judíos creían que el Mesías sería hijo de David (Juan 7:41,42), pero la única manera en que el hijo de David podía también ser el Señor de David sería si el Mesías fuera Dios *venido en carne humana*. La respuesta, por supuesto, es la concepción milagrosa y el nacimiento virginal de nuestro Señor (Isaías 7:14; Mateo 1:18-25; Lucas 1:26-38).

Esta sección cierra con dos advertencias hechas por el Señor: una advertencia contra el orgullo de los escribas (Marcos 12:38-40) y contra el orgullo de los ricos (vv.41-44). Si una persona es importante sólo debido al uniforme que viste, el título que ostenta, o el cargo que ocupa, entonces su importancia es superficial. Es el *carácter* lo que hace valiosa a una persona, y nadie puede darte carácter: tienes que desarrollarlo por ti mismo al andar con Dios.

Habían trece cofres de forma de trompeta en las paredes del atrio de las mujeres, y allí la gente depositaba sus ofrendas. Los ricos hacían un gran espectáculo de sus ofrendas (Mateo 6:1-4), pero Jesús los rechazó, al igual que a sus ofrendas. No es la *porción* sino la *proporción* lo que es importante: los ricos daban de su abundancia, pero la viuda pobre dio todo lo que tenía. Para los ricos, sus ofrendas eran una contribución pequeña, pero para la viuda, su ofrenda fue la verdadera consagración de toda su vida.

El orgullo de la vida y el orgullo de ofrendar son pecados que debemos evitar a todo costo. Qué trágico que los dirigentes dependían de un sistema religioso que pronto pasaría de escena. Qué maravilloso era que la gente común alegremente escuchó a Jesús y obedeció su palabra.

¿En cuál grupo estás tú?

El Siervo revela el futuro

Marcos 13

Los judíos se sentían muy orgullosos de su templo, a pesar de que fue construido por la familia de Herodes con el fin de apaciguar a los judíos. Jesús ya había dado su opinión respecto al templo (Marcos 11:15-17), pero sus discípulos estaban fascinados por la magnificencia de la estructura. Imagínate la sorpresa que se llevaron cuando Jesús les informó que el edificio que admiraban tanto un día sería demolido. Los dirigentes judíos lo habían profanado; Jesús saldría de allí y lo dejaría desolado (Mateo 23:38); los romanos lo destruirían.

Cuando estuvieron lejos de la multitud, los discípulos preguntaron a Jesús cuándo ocurriría ese evento trascendental y qué suceso indicaría que estaba a punto de ocurrir. Sus preguntas revelaron que lo que comprendían de la profecía era todavía confuso. Pensaban que la destrucción del templo coincidiría con el fin del siglo y el regreso del Señor (Mateo 24:3). Pero sus preguntas dieron a Jesús la oportunidad de darles un mensaje profético, al que generalmente se le conoce como “el discurso del monte de los Olivos” (Mateo 24—25; Lucas 21:5-36).

Al estudiar este importante sermón debemos seguir ciertas pautas prácticas. Para empezar, debemos estudiar este discurso a la luz del resto de la Biblia, especialmente del libro de Daniel. Las Escrituras proféticas armonizan si consideramos todo lo que Dios ha revelado.

Segundo, debemos ver la aplicación práctica del discurso. Jesús no predicó este sermón para satisfacer la curiosidad de sus discípulos, y ni siquiera para enderezar su pensamiento confuso. Por lo menos cuatro veces dijo: “Mirad” (Marcos 13:5,9,23,33) y terminó su discurso con la admonición: “Velad”. Mientras que el estudio de este discurso puede ayudarnos a comprender mejor los eventos futuros, no debemos cometer el error de fijar fechas (v.32).

Tercero, al estudiar debemos tener presente el ambiente judío del discurso. El discurso en el monte de los Olivos brotó a raíz de algunas preguntas hechas a un Rabí judío por cuatro hombres judíos y respecto al futuro del templo judío. Las advertencias respecto a los falsos cristos interesarían especialmente a los judíos (vv.5,6,21,22), así como la advertencia respecto a las cortes y tribunales judíos (v.9). Los judíos apreciarían especialmente la referencia al “profeta Daniel” y la admonición de huir de Judea (v.14).

Finalmente, debemos recordar que este capítulo describe un tiempo conocido como “la tribulación” (vv.19,24; Mateo 24:21,29). Los profetas del Antiguo Testamento escribieron sobre este período, y lo llamaron “tiempo de angustia de Jacob” (Jeremías 30:7), “día de ira” (Sofonías 1:15-18), y tiempo de indignación y castigo (Isaías 26:20,21). Como veremos, es el profeta Daniel quien nos da la clave, y eso resulta en una mejor comprensión de la secuencia de los eventos.

En Marcos 13 Jesús describió tres etapas de este período de tribulación: (1) el principio (vv.5-13), (2) el medio

134 Diligentes en Cristo

(vv.14-18), y (3) los eventos que conducen al fin (vv.19-27). Luego concluyó con dos parábolas que instan a los creyentes a velar y prestar atención (vv.28-37). El Evangelio de Mateo da más detalles pero tiene el mismo bosquejo básico: el principio de la angustia (Mateo 24:4-14), el medio de la tribulación (24:15-28), el fin (24:29-31), y la aplicación en parábolas para concluir (24:32-44).

Debo destacar que muchos que estudian la profecía están convencidos de que los creyentes de la presente edad de la iglesia serán arrebatados por Cristo y llevados al cielo *antes de que empiece la tribulación* (1 Tesalonicenses 4:13—5:11; Apocalipsis 3:10,11). Al final de la tribulación volverán a la tierra con Cristo y reinarán con él (Apocalipsis 19:11—20:6). Yo concuerdo con esta interpretación, pero no la considero prueba de ortodoxia o espiritualidad.

1. La primera mitad de la tribulación

(Marcos 13:5-13)

La declaración clave se halla al final del versículo 8: “principios de dolores son estos”. La palabra que se traduce “dolores” quiere decir *dolores de parto*, lo que sugiere es que el mundo en esos días será como una mujer que está a punto de dar a luz (Isaías 13:6-8; Jeremías 4:31; 6:24; 13:21; 22:20-23; 1 Tesalonicenses 5:3). Los dolores de parto vendrán repentinamente, crecerán gradualmente, y conducirán a un tiempo de dolor terrible y tribulación para el mundo entero.

(1) *No se engañen*. Jesús mencionó las cosas que *no* se deben tomar como señales de su venida. Más bien, son indicaciones de que los dolores de parto de la tribulación están apenas empezando. Estas señales son: El éxito de los falsos cristos (vv.5,6), naciones en conflicto (vv.7,8a),

desastres naturales (v.8b), y persecuciones religiosas (vv.9-13). Estas cosas siempre las hemos tenido, pero puesto que estos eventos son comparados con dolores de parto, nuestro Señor puede estar diciendo que *una aceleración de estas cosas* sería significativa.

Falsos Mesías. Las páginas de la historia están llenas de trágicas historias de falsos Mesías, falsos profetas, y sus entusiastas pero ilusos discípulos. Jesús advirtió sobre los falsos profetas (Mateo 7:15-20), y también Pablo (Hechos 20:28-31), y Juan (1 Juan 4:1-6). Hay algo en la naturaleza humana que ama la mentira y rehusa creer las costosas lecciones del pasado. Mark Twain dijo que una mentira da la vuelta al mundo una vez mientras que la verdad apenas logra ponerse los zapatos. Que fácil es que los ciegos espirituales sigan a líderes populares e ingenuamente acepten sus soluciones sencillas pero erróneas para los problemas de la vida. Jesús advirtió a sus discípulos que no se dejen engañar por estos impostores, y esa advertencia todavía es válida hoy.

Conflictos políticos. Jesús también les advirtió que no se perturbaran por los conflictos políticos entre naciones. El imperio romano había disfrutado de una cierta medida de paz por años, pero eso no duraría. Conforme el imperio se corrompía y el nacionalismo crecía, era inevitable que las naciones entrarían en conflicto. La *pax romana* desaparecería para siempre.

Desastres naturales. La guerra a menudo deja hambre como secuela (2 Reyes 25:2,3; Ezequiel 6:11). El hambre también es causada por el abuso que el hombre hace del medio ambiente, o puede ser enviado por Dios como juicio (1 Reyes 17:1). Siempre ha habido terremotos, y algunos piensan que son evidencia de la ira de Dios (Apocalipsis 6:12; 8:5; 11:13; 16:18). Puesto que los desastres naturales

136 **Diligentes en Cristo**

tienen muchas causas, es peligroso considerarlos dogmáticamente *señales de los tiempos*.

(2) *¡No se desalienten!* Los creyentes no sólo debían prestar atención y evitar a los engañadores, sino que debían *mirar por sí mismos* (Marcos 13:9-13). ¿Por qué? Porque enfrentarían oposición creciente y persecución de fuentes, tanto oficial (vv.9-11) como personal (vv.12,13). Era importante que los creyentes usaran estas experiencias como oportunidades para dar testimonio de Jesucristo. La persecución empezaría en las cortes judías locales, pero pasarían a tribunales más altos en donde intervendrían gobernadores y reyes. Se ve un desarrollo similar relatado en el libro de Hechos (Capítulos 4; 5; 7; 12; 16; 21—28).

Pero la persecución resultaría nada más que en la proclamación. Los creyentes sufrirían *por su causa* y de esa manera declararían el evangelio. “Nos multiplicamos cuando ustedes nos cortan”, dijo Tertuliano a sus perseguidores, “La sangre de los creyentes es semilla”. Aun cuando no pienso que llevar el evangelio a todas las naciones (Marcos 13:10) sea una *condición* para el regreso de nuestro Señor, es por cierto la comisión de Cristo a su pueblo (Mateo 28:19,20). El “fin” aquí significa *el fin del mundo*, el período de la tribulación.

No sería fácil para estas personas del pueblo enfrentarse a tribunales, gobernadores y reyes; pero Jesús les aseguró que el Espíritu Santo ministraría por medio de ellos cada vez que tuvieran oportunidad de testificar (Marcos 13:11). No se debe usar este pasaje como excusa o muleta para predicadores pobremente preparados. Es un estímulo para todos los creyentes que sinceramente quieren testificar de Cristo y honrarle (Juan 14:26; Hechos 4:8). Si andamos en el Espíritu, no tendremos problemas para testificar de Cristo cuando surge la oportunidad (Juan 15:26,27).

Podemos comprender la persecución oficial, pero ¿por qué los amigos y parientes habrían de crear problemas para los creyentes? (Miqueas 7:4 ss; Juan 15:18-27). Uno pensaría que en las familias judías en particular serían leales los unos a los otros. Pero tanto judíos como gentiles consideraban que la fe cristiana era herejía y blasfemia. Dos veces al día los judíos ortodoxos afirmaban: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). El judío que decía “Jesús es Señor” blasfemaba y era digno de muerte. Roma esperaba que sus ciudadanos declararan “César es señor” o sufrieran las consecuencias. Así, familias y amigos se verían divididos entre la lealtad a su “antigua fe”, su nación y su devoción a sus seres queridos.

La causa verdadera de la persecución se indica en Marcos 13:13: “por causa de mi nombre”. Si nos identificamos con Jesucristo, podemos esperar que el mundo nos trate cómo lo trataron a él (Juan 15:20ss). Hoy uno puede pertenecer a toda clase de grupos religiosos y no sufrir gran oposición de parte de familia y amigos, pero el momento en que introduces el nombre de Cristo y hablas del evangelio, alguien empieza a oponerse a ti. El nombre de Cristo todavía es aborrecido.

No interpretes el versículo 13 como una condición para la salvación, porque se aplica primordialmente a los testigos durante la tribulación. En cualquier período que viva una persona, si realmente ha nacido de nuevo, Dios le amará (Juan 13:1; Romanos 8:35-38), y le guardará (Juan 10:27-29; Romanos 8:29-34). Puesto que “el fin” en Marcos 13:7 quiere decir el fin de la edad, es probable que quiere decir lo mismo en el versículo 13. Durante la tribulación, los creyentes verdaderos demostrarán su fe mediante su fidelidad. No cederán a las presiones perversas de la religión falsa (Apocalipsis 13).

138 **Diligentes en Cristo**

2. El medio de la tribulación (Marcos 13:14-18)

La frase “la abominación desoladora” procede del libro de Daniel, y se refiere a la contaminación idólatra del templo judío de parte de los gentiles. Para los judíos toda idolatría es una abominación (Deuteronomio 29:17; 2 Reyes 16:3). El templo judío fue profanado en 167 a. de C. por el rey sirio Antíoco IV (también llamado “Epífanés”, que quiere decir *ilustre*) cuando derramó sangre de una cerda sobre el altar. Daniel predijo este evento en Daniel 11:31. Los romanos también profanaron el templo en el año 70 d. de C. cuando capturaron y destruyeron la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, estos eventos fueron nada más que preludios de la “abominación desoladora”, predicha en Daniel 9:27 y 12:11.

Para comprender Daniel 9:24-27 debemos recordar que el calendario judío estaba formado alrededor de una serie de sietes. El séptimo día de la semana es el sábado, y en la séptima semana después de la Pascua tiene lugar el Pentecostés. El séptimo mes trae la Fiesta de las Trompetas, el Día de la Expiación, y la Fiesta de los Tabernáculos. El séptimo año es el año sabático, y después de siete años sabáticos viene el año del jubileo.

Daniel vio setenta semanas, o períodos de siete años, divinamente determinados para los judíos y su ciudad santa, Jerusalén. Este período de 490 años empezó con el decreto de Artajerjes en 445 a. de C., que permitía a los judíos volver a su tierra y reconstruir Jerusalén (Esdras 1:1-4). ¿Por qué debía ser restaurada la ciudad? Porque 483 años más tarde (7 x 69) el Mesías vendría a la ciudad y daría su vida por los pecadores.

Ahora tenemos que hacer unos cuantos cálculos sencillos. La mayoría de historiadores concuerdan que Jesús nació en el año 5 a. de C.; porque Herodes el Grande todavía

vivía en ese tiempo y murió en marzo del año 4 a. de C. Si nuestro Señor murió como a los 33 años, eso nos pondría en el año 27 o 28 d. de C., y eso sería 483 años después de 445 a. de C. ¡cuando se dictó el decreto!

Hemos hecho cuentas por 483 años de los 490 de Daniel, pero ¿qué pasó con los otros siete años? Daniel 9:27 los asigna al período de la tribulación que estamos estudiando. (Observa que Daniel 9:26 también predice la destrucción de Jerusalén, por los romanos, según concluyen los comentaristas, pero no se debe confundir estos dos eventos.) “El tiempo de angustia para Jacob” durará siete años.

Pero ¿qué señala el comienzo de este terrible período de siete años? La firma de un pacto entre la nación de Israel y el “príncipe que ha de venir” (Daniel 9:26). Este príncipe es el dictador mundial que vendrá y que por lo general le llamamos “el anticristo”. En el libro de Apocalipsis se le llama “la bestia” (Capítulos 13 y 14). Convendrá en proteger a Israel de sus muchos enemigos por siete años, y hasta permitirá que los judíos reconstruyan su templo y restauren su antigua liturgia y sacrificios. Los judíos rechazaron a su verdadero Mesías pero aceptarán un falso Mesías (Juan 5:43). Sin embargo, después de tres años y medio, el Anticristo romperá su pacto, invadirá el templo, erigirá su propia imagen y obligará al mundo a adorar a Satanás (Apocalipsis 13; 2 Tesalonicenses 2:1-12). Esta es la “abominación desoladora” de Daniel, y dará paso a la segunda mitad del período de la tribulación, que es un tiempo conocido como la “gran tribulación” (Mateo 24:21). Observa en Marcos 13:14 que el paréntesis de Marcos es para los *lectores* de un tiempo futuro, no para los *que oyeron* cuando Jesús dio este mensaje. Este mensaje tendrá un significado especial para ellos conforme ven que estos eventos toman lugar.

140 Diligentes en Cristo

Jesús dio una advertencia especial a los creyentes judíos en Jerusalén y Judea: “¡Huyan lo más rápido que puedan!” Esta misma advertencia se aplicó cuando Roma atacó a Jerusalén en el año 70 d. de C. (Lucas 21:20-24, y recuerda que Daniel 9:26 predijo la invasión.) Lo que ocurrió en el año 70 d. de C. fue una sombra previa de lo que ocurrirá en la mitad de la tribulación. El Dr. Harry Rimmer solía decir: “Los eventos venideros arrojan su sombra antes. ¡Derecho hacia adelante yace el ayer!” Las advertencias en Marcos 13:14-18 no se aplican a los creyentes de hoy, pero nos recuerdan que el pueblo de Dios en toda edad debe saber la palabra profética y estar preparado para obedecer a Dios en cualquier tiempo.

3. La segunda mitad de la tribulación

(Marcos 13:19-27)

En el libro de Apocalipsis a la segunda mitad de la tribulación se le llama “la ira de Dios” (Apocalipsis 14:10,19; 15:1,7; 16:1,19; 19:15). En ese tiempo Dios juzgará al mundo y preparará a Israel para la venida de su Mesías. Será un tiempo de juicio tan intenso como el mundo jamás ha visto ni jamás volverá a ver. En ese juicio Dios estará obrando sus propósitos y preparando el escenario para la venida del Conquistador (Apocalipsis 19:11 ss).

Aun en medio de su ira Dios se acuerda de su misericordia (Habacuc 3:2); y por amor a sus escogidos acorta los días de la tribulación. (Los “elegidos” se refiere a Israel y a los gentiles que creen durante la tribulación. Ve Apocalipsis 14.) “Acortar los días” quiere decir que Dios los limita a los tres años y medio ya determinados y termina a tiempo.

El engaño satánico continuará hasta el mismo fin, y los falsos cristos y los falsos profetas desviarán a la gente.

De hecho, incluso harán milagros (Mateo 7:21-23; 2 Tesalonicenses 2:9-12; Apocalipsis 13:13,14). Tan engañosos serán estos milagros que hasta los escogidos se verán tentados a creer en sus mentiras. En sí mismos los milagros no son prueba de un llamamiento o aprobación divinos (Deuteronomio 13:1-5). La prueba final es la Palabra de Dios.

El período de la tribulación tendrá su culminación con la aparición de señales aterradoras en los cielos y caos mundial en la tierra (Lucas 21:25,26). Estas señales, que han sido predichas por los profetas (Isaías 13:10; 34:4; Joel 2:10; 3:15), prepararán el camino para la venida de Jesucristo a la tierra. Será una revelación de su gran gloria (Daniel 7:13,14; Marcos 8:38) cuando vendrá para establecer su reinado sobre la tierra (Hechos 1:11; Apocalipsis 1:7).

Marcos 13:27 describe la reunión de Israel de todas las naciones a donde habían sido esparcidos por todo el mundo (Deuteronomio 30:3-6; Isaías 11:12; Jeremías 31:7-9). Verán a su Mesías y confiarán en él, y la nación será establecida en santidad y gloria (Zacarías 12:9—13:1; 14:4-11). En Romanos 11 Pablo indica que hay un futuro glorioso para Israel.

Jesús no quería que sus discípulos se ocuparan tanto en las profecías del futuro como para descuidar sus responsabilidades del presente; así que concluyó su discurso del monte de los Olivos con dos parábolas. (Mateo 25 añade otras tres parábolas: las vírgenes, los talentos, y las ovejas y cabritos.) Observa que la primera parábola (Marcos 13:28-31) hace hincapié en que su venida está cerca, mientras que la segunda parábola enfatiza *el no saber* el tiempo de su venida. ¿Es una contradicción? No; porque fueron relatadas a dos grupos diferentes de personas: El

142 Diligentes en Cristo

primero, a los santos de la tribulación, y el segundo, a los creyentes de todas las edades.

La higuera tiene una asociación especial con la nación de Israel (Marcos 11:12-14; pero observa que Lucas 21:29 añade “y todos los árboles”). La mayoría de los árboles de Palestina son perennes y no cambian dramáticamente con las estaciones. Pero no así la higuera; es uno de los que más tarde echan hojas en la primavera, así que sus brotes son indicación de que el verano en verdad está cerca.

Como creyentes hoy no estamos buscando “señales” de su venida; ¡estamos esperándole! Pero la gente que viva durante la tribulación podrá observar que estas señales ocurren y sabrán que la venida del Señor está cerca. Esta afirmación les ayudará a resistir (Marcos 13:13) y a ser buenos testigos.

Nosotros pensamos de una “generación” como un cuerpo de personas que viven al mismo tiempo en la historia. Pero ¿a qué “generación” se refería Jesús en el versículo 30? No a la generación que vivía en Judea, porque ellos no vieron todas estas cosas suceder. Tal vez quiso decir a la generación que viva durante el período de la tribulación. Pero puesto que la tribulación cubre nada más que siete años, ¿por qué referirse a una generación entera? Respecto a esto, varias generaciones diferentes viven juntas en todo período de la historia.

La palabra griega traducida “generación” puede también significar *raza*, *linaje*, *familia*. En varias ocasiones Jesús la usó para referirse a la nación judía (Marcos 8:12,38; 9:19); y probablemente así es como la usó en el versículo 30 de Marcos 13. La nación escogida, los elegidos de Dios, sería preservada hasta el mismo fin; y Dios cumplirá sus promesas a ellos. Su palabra jamás fallará (Josué 21:45; 1 Reyes 8:56; Mateo 24:35). Como

creyentes no dependemos de señales; dependemos de su palabra inmutable, “la palabra profética más segura” (2 Pedro 1:19-21).

La parábola de la higuera advierte a los santos de la tribulación que velen y conozcan las señales de los tiempos. Pero la parábola del mayordomo *nos advierte a todos nosotros hoy* (Marcos 13:37) a estar alerta, porque no sabemos cuándo regresará el Señor para llevarnos al cielo (1 Corintios 15:51,52). Como el mayordomo de la historia, antes de que nuestro Señor se fuera al cielo nos dio a cada uno una tarea para hacer. El espera que seamos fieles mientras él está lejos, y trabajando cuando él regrese: “Miren, velen y oren” es su admonición.

“Velad” quiere decir *estar alerta, estar bien despierto*, en lo que dependa de uno. ¿Por qué debemos estar alertas? Porque nadie sabe cuándo volverá Jesucristo. Cuando estaba en la tierra en su humillación, Jesús no sabía ni el día ni la hora de su venida. Incluso los ángeles no lo saben. El mundo no salvo se burla de nosotros porque continuamos aferrándonos a esta “esperanza bienaventurada”, pero Jesús regresará conforme lo prometió (2 Pedro 3). Nuestra tarea es ser fieles y estar ocupados, no especular o debatir respecto a los detalles ocultos de la profecía.

La vigilancia no tiene nada que ver con ir al cielo. Es simplemente cuestión de agradarle, oír su cariñoso elogio, y recibir su recompensa (Mateo 25:14-30). Aquí no hay ninguna sugerencia de que, cuando Jesús regrese llevará solo a los fieles al cielo y dejará a los demás en la tierra para que sufran la tribulación. Su familia es una, y ahora él está preparando un hogar para todos ellos, aun para el menos digno (Juan 14:1-6). Vamos al cielo debido a su gracia, no debido a nuestra fidelidad o buenas obras (Efesios 2:8-10).

144 **Diligentes en Cristo**

Los creyentes que leyeron el Evangelio de Marcos a la larga tuvieron que hacer frente a una intensa persecución a manos de Roma (1 Pedro 4:12ss), y este mensaje en particular debe haberles dado consuelo y fuerza. Después de todo, si Dios es capaz de ayudar a su pueblo a testificar durante la gran tribulación, la peor persecución de todas, entonces es seguro que pudo fortalecer a sus santos cuando enfrentaron la prueba de fuego en el imperio romano.

Aunque los creyentes de hoy no sufrirán los terribles sufrimientos descritos en este capítulo, antes de que Cristo vuelva tendremos nuestra parte de persecución y tribulación en este mundo (Juan 16:33; Hechos 14:22). Pero las advertencias de este mensaje en Marcos 13 se pueden aplicar a nuestras vidas: “Miren que nadie los engañe” (vv.5,23); “Miren que no se desanimen y se den por vencidos” (v.9); “Miren, velen y oren” (v.33).

“Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (v.37).

El Siervo sufre

Marcos 14:1—15:20

Mientras miles de peregrinos que venían para la Pascua se preparaban para la alegre fiesta, Jesús se preparaba para la prueba de su juicio y crucifixión. Así como afirmó su rostro para ir a Jerusalén (Lucas 9:51), afirmó su corazón para hacer la voluntad del Padre. El Siervo fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Sigue sus pisadas durante los días y las horas de su última semana, y te asombrarás al ver las respuestas de varias personas al Señor Jesucristo.

1. En Betania: Adorado (Marcos 14:1-11)

Este evento tuvo lugar seis días antes de la Pascua, lo que lo pondría en el viernes antes de la entrada triunfal (Juan 12:1). Al poner esta historia entre los relatos del complot para arrestar a Jesús, Marcos contrastó la traición de Judas y de los dirigentes con el amor y lealtad de María. La fealdad de los pecados de ellos hace más significativa la belleza del sacrificio de ella.

Ni Marcos ni Mateo mencionan el nombre de la mujer, pero Juan nos dice que era María de Betania, hermana de

146 Diligentes en Cristo

Marta y de Lázaro (Juan 11:1,2). En el relato del Evangelio se halla a María tres veces; y cada vez se halla a los pies de Jesús (Lucas 10:38-42; Juan 11:31,32; 12:1-8). María tenía una comunión muy íntima con el Señor al sentarse a sus pies y escuchar su palabra. Es un buen modelo para que nosotros sigamos.

No debemos confundir la unción de María al Señor con un evento similar registrado en Lucas 7:36-50. La mujer anónima en casa del fariseo Simón era una prostituta convertida que expresó su amor a Cristo porque en su gracia él le perdonó sus muchos pecados. En casa de Simón el leproso (sanado), María expresó su amor por Cristo debido a que iría a la cruz para morir por ella. Preparó su cuerpo para la sepultura al ungir su cabeza (Marcos 14:3) y sus pies (Juan 12:3). Mostró su amor por Jesús mientras él estaba todavía con vida.

Lo que le dio al Señor fue una ofrenda costosa. El nardo era importado de India, y un frasco entero debe haberle costado el equivalente del salario anual de un obrero común. María dio extravagantemente con todo amor. No se avergonzó de mostrar abiertamente su amor por Cristo.

Hubo tres consecuencias a su acto de adoración. Primero, la casa se llenó de la hermosa fragancia del ungüento (Juan 12:3; ve también 2 Corintios 2:15,16). Siempre hay *una fragancia espiritual* en la casa en donde se ama y adora a Jesús.

Segundo, los discípulos, encabezados por Judas, criticaron a María ¡por desperdiciar su dinero! Vemos la hipocresía de Judas hablando de los pobres, ¡cuando en realidad quería el dinero para sí mismo! (Juan 12:4-6). Aun en el aposento alto, seis días más tarde, los discípulos todavía pensaban que Judas se preocupaba por ayudar a los pobres (Juan 13:21-30). Es interesante que la palabra traducida “desperdicio” en

Marcos 14:4 se traduce “perdición” en Juan 17:12 *¡y se la aplica a Judas!* Judas criticó a María por desperdiciar dinero, ¡pero él desperdició su vida entera!

Tercero, Jesús elogió a María y aceptó su regalo de gracia. Conocía el corazón de Judas y comprendía porqué los demás discípulos siguieron su mal ejemplo. También conocía el corazón de María, y la defendió de inmediato (Romanos 8:33-39). Sin importar lo que otros puedan decir en cuanto a nuestra adoración y servicio, lo más importante es que agradecemos al Señor. El hecho de que otros no nos comprendan y nos critiquen no debe impedirnos mostrar nuestro amor a Cristo. Nuestra preocupación debe ser solo la aprobación de Jesús.

Cuando María dio lo mejor a los pies de Jesús, empezó una oleada de bendición que ha continuado desde entonces. Fue una bendición para Jesús al darle de su amor, y fue una bendición a su casa conforme la fragancia se extendió. Si no fuera por María, su población, Betania, probablemente habría quedado en el olvido. El relato de su obra fue una bendición para la iglesia naciente que la oyó y, debido a los registros en tres de los Evangelios, María ha sido una bendición para el mundo entero, ¡y todavía lo es! La predicción del Señor en realidad se ha cumplido.

María dio lo mejor en fe y amor; Judas dio lo peor por incredulidad y odio. Resolvió el problema de cómo los dirigentes judíos podían arrestar a Jesús sin causar un motín durante la fiesta. Vendió a su Maestro por el precio de un esclavo (Exodo 21:32), el acto más bajo de traición en la historia.

2. En el Aposento Alto: Traicionado (Marcos 14:12-26)

El cordero pascual era seleccionado el día 10 del mes de Nisán (entre marzo y abril para nosotros), y debía ser

148 **Diligentes en Cristo**

examinado para ver que no tuviera defectos, y luego lo mataban el día 14 del mes (Exodo 12:3-6). El cordero tenía que ser sacrificado en los precintos del templo y la cena se debía comer dentro de los límites de la ciudad de Jerusalén. Para los judíos, la fiesta pascual era el memorial de una victoria pasada, pero Jesús instituiría una nueva cena que sería el recordatorio de su muerte.

Pedro y Juan se preocuparon de la preparación de la cena (Lucas 22:8). No sería difícil ubicar al hombre llevando el cántaro de agua, porque eran las mujeres las que por lo general realizaban esa tarea. ¿Era el hombre el padre de Juan Marcos? ¿Comió Jesús la Pascua en un aposento alto en la casa de Juan Marcos? Estas son especulaciones fascinantes, pero no tenemos ninguna evidencia que pueda confirmarlas. Sin embargo, sí sabemos que la casa de Juan Marcos fue un centro de compañerismo cristiano en Jerusalén (Hechos 12:12).

La fiesta original de la Pascua consistía en cordero asado, pan sin levadura, y un plato de hierbas amargas (Exodo 12:8-20). El cordero recordaba a los judíos de la sangre que fue aplicada a los postes de las puertas en Egipto para que el ángel de la muerte no matara a sus primogénitos. El pan les recordaba su prisa al salir de Egipto (Exodo 12:39), y las hierbas amargas hablaban de su sufrimiento como esclavos del faraón. En algún momento en los siglos que siguieron, los judíos habían añadido a la ceremonia la costumbre de beber de cuatro copas de vino diluido con agua.

Puesto que para los judíos el nuevo día empezaba con la puesta del sol, sería viernes cuando Jesús y sus discípulos se reunieran en el aposento alto. Esta sería la última Pascua del Señor, y en ese día cumpliría la Pascua al morir en la cruz como el inmaculado Cordero de Dios (Juan 1:29; 1 Corintios 5:7; 1 Pedro 2:21-24).

Entre Marcos 14:17 y 18 hay detalles del lavado de los pies y la lección de humildad (Juan 13:1-20). Después de esa lección Jesús se afligió profundamente y anunció que uno de los discípulos era el traidor. Este anuncio dejó perplejos a todos los discípulos, a excepción de Judas, quien sabía que Jesús estaba hablando de él. Hasta el mismo fin Jesús ocultó a los demás discípulos la identidad del traidor, porque quería dar a Judas toda oportunidad de arrepentirse de su pecado. ¡Hasta le lavó los pies a Judas! Si Pedro hubiera sabido la verdad en cuanto a Judas, a lo mejor se habría sentido tentado a matarlo.

Algunos tratan de defender a Judas diciendo que traicionó a Jesús para obligarle a revelar su poder y establecer el reino judío. Otros dicen que Judas no fue nada más que un siervo que obedientemente cumplió la palabra de Dios. Judas no fue ni un mártir ni un autómeta. Fue un ser humano responsable que tomó sus propias decisiones, pero que, al hacerlo cumplió la palabra de Dios. No debemos hacerlo ni un héroe (“Después de todo, ¿alguien tenía que traicionar a Jesús!”) ni una víctima impotente de una predestinación despiadada. Judas se perdió por la misma razón que se pierden millones hoy: No se arrepintió de sus pecados ni creyó en Jesucristo (Juan 6:64-71; 13:10,11). Si nunca has nacido de nuevo, un día desearás no haber nacido.

Ninguno de los otros discípulos pensaba realmente ser el traidor, porque sus preguntas implican una respuesta negativa: “No soy yo, ¿verdad?” Los hombres habían discutido con frecuencia sobre cuál de ellos sería el mayor, pero ahora debatían cuál sería el más vil de todos. Para empeorar las cosas, Jesús dijo que el que lo traicionaría había comido el pan con él en la mesa. En el Oriente, partir el pan con alguien quería decir entrar en un pacto de amistad y confianza mutua.

150 Diligentes en Cristo

Sería un acto de la traición más baja partir el pan y luego traicionar al anfitrión. Sin embargo, aun esto era cumplimiento de la Palabra de Dios (Salmo 41:9).

Judas estaba sentado en el lugar de honor, a la izquierda de nuestro Señor, mientras que Juan estaba reclinado a su derecha (Juan 13:23). Cuando Jesús dio a Judas el pan mojado en la salsa de hierbas, fue un acto de gracia del anfitrión para un invitado especial. Ni siquiera esto rompió el corazón de Judas, porque después de que tomó el bocado, Satanás tomó posesión de él. Judas salió del aposento alto para ir a hacer los arreglos finales para el arresto del Señor Jesús. Pero ni siquiera entonces los discípulos supieron la verdad sobre Judas (Juan 13:27-30); y no sabrían la verdad sino hasta que lo encontraran más tarde en el huerto del Getsemaní.

Después de que Judas salió de la escena, Jesús instituyó lo que los cristianos llaman comúnmente “la Cena del Señor”, o “la eucaristía”. (La palabra “eucaristía” procede de una palabra griega que significa *dar gracias*). Después de la tercera copa pascual Jesús tomó uno de los panes sin levadura, lo bendijo, lo partió, y dijo a los hombres: “Este es mi cuerpo”. Luego tomó la cuarta y final copa pascual, la bendijo y se las dio, diciendo: “Esto es mi sangre...” (1 Corintios 11:23-26).

El pan y el vino eran dos artículos comunes que se usaban prácticamente en toda comida, pero Jesús les dio un nuevo y maravilloso significado. Cuando Jesús dijo: “Este es mi cuerpo” y “esto es mi sangre...”, no transformó ni el pan ni el vino en nada diferente. Cuando los discípulos comieron del pan, todavía era pan; cuando bebieron del vino, seguía siendo vino. Sin embargo, el Señor le dio un nuevo significado al pan y al vino, para que, desde esa hora, sirvieran como recordatorios de su muerte.

¿Qué, entonces, logró Jesús con su muerte? En la cruz Jesús cumplió el antiguo pacto y estableció un nuevo pacto (Hebreos 9 y 10). El antiguo pacto fue ratificado por la sangre de sacrificios de animales, pero el nuevo pacto fue ratificado por la sangre del Hijo de Dios. El nuevo pacto en su sangre haría lo que los sacrificios del antiguo pacto no podían hacer: quitar los pecados y limpiar el corazón y la conciencia del creyente. No somos salvos de nuestros pecados por el hecho de participar en una ceremonia religiosa, sino por confiar en Jesucristo como nuestro Salvador.

El mandamiento de nuestro Señor fue: “Haced esto en memoria de mí” (1 Corintios 11:24,25). La palabra que se traduce “memoria” quiere decir mucho más que en memoria de, porque se puede hacer algo en memoria de una persona muerta; ¡pero Jesús está vivo! La palabra lleva la idea de una participación presente en un evento pasado. Debido a que Jesús está vivo, al celebrar la Cena del Señor, por fe tenemos comunión con él (1 Corintios 10:16,17). Esta no es una experiencia mágica producida por el pan y la copa. Es una experiencia espiritual que viene mediante nuestro discernimiento de Cristo y el significado de la Cena (1 Corintios 11:27-34).

La última cosa que Jesús y sus discípulos hicieron en el aposento alto fue cantar el himno tradicional pascual basado en los Salmos 115—118. ¡Imagínate a nuestro Señor cantando cuando la cruz estaba apenas a unas horas de ocurrir!

3. En el huerto: Desamparado (Marcos 14:27-52)

Camino al huerto del Getsemaní (*prensa de aceite*), Jesús advirtió a sus discípulos que todos ellos lo abandonarían; pero él les aseguró que volvería a

152 **Diligentes en Cristo**

encontrarlos en Galilea después de su resurrección. Incluso citó Zacarías 13:7: “Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas”, para respaldar su advertencia. Las mentes y corazones de ellos no pudieron recibir y retener las palabras de Jesús. Tres días más tarde no creyeron los informes de su resurrección. El ángel tuvo que hacerles recordar de manera especial que fueran a Galilea para verle (Marcos 16:6,7). Si hubieran escuchado su palabra y la hubiera creído, se hubieran evitado mucha ansiedad; y Pedro no hubiera negado al Señor.

La cita de Zacarías dijo a los discípulos lo que debían hacer cuando los judíos arrestaron a Jesús: *¡esparcirse!* De hecho, en el mismo momento del arresto Jesús dijo: “dejad ir a éstos [discípulos]” (Juan 18:8). En otras palabras: “Hombres: ¡váyanse rápido!” He leído elocuentes sermones que acusan a Pedro por haberle “seguido de lejos”, pero erran completamente el punto. ¡No debía seguirlo de ninguna manera! Si hubiera obedecido al Señor, no hubiera atacado al hombre con su espada ni hubiera negado al Señor tres veces.

Parecía que Pedro tenía dificultad para aplicar a su propia vida los mandamientos del Señor. Los otros hombres podrían abandonar a Jesús, pero Pedro le sería fiel y, si fuera necesario, iría con él hasta la cárcel y a la muerte. Por supuesto, los demás discípulos hicieron eco de la fanfarronería de Pedro; así que Pedro no fue el único que confiaba en sí mismo en el grupo. Al fin y al cabo, todos fallaron.

Cuando están a punto de atravesar gran sufrimiento, la mayoría de personas quieren tener a alguien a su lado, que les ayude a sobrellevar la carga. A menudo en mi ministerio pastoral me he sentado al lado de personas en el hospital, esperando que el cirujano salga con su informe.

Siendo perfectamente humano, Jesús quería compañía al enfrentar la cruz, y seleccionó a Pedro, Jacobo y Juan, los mismos hombres que les habían acompañado a casa de Jairo (Marcos 5:37) y al monte de la transfiguración (9:2). Estas tres experiencias son paralelas a Filipenses 3:10: “A fin de conocerle [monte de la transfiguración], y el poder de su resurrección [casa de Jairo], y la participación de sus padecimientos [huerto del Getsemaní]”.

La lucha de nuestro Señor en el huerto se puede comprender sólo a la luz de lo que le ocurriría en la cruz: Sería hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) y llevaría la maldición de la ley (Gálatas 3:13). No fue el sufrimiento físico lo que lo abrumó grandemente con tristeza y angustia, sino la contemplación de ser desamparado por su Padre (Marcos 15:34). Esta fue “la copa” que bebería (Juan 18:11). Según Hebreos 5:7-9, pidió ser librado, no “de la muerte” sino *fuera de la muerte*; o sea, resucitado de los muertos; y el Padre le concedió su petición.

“Abba” es una palabra aramea que quiere decir *papá*, o *papacito*. Revela una relación íntima entre nuestro Señor y su Padre. Aun cuando los creyentes de hoy probablemente no usarían ese término en público, nos pertenece porque nosotros pertenecemos a Jesús (Romanos 8:15; Gálatas 4:6). Observa que Jesús no dijo al Padre lo que debía hacer; tenía perfecta confianza en la voluntad de Dios. Tres veces oró por el asunto, y cada vez se sometió a la voluntad del Padre en rendición de amor.

¿Qué estaban haciendo los tres discípulos? ¡Durmiendo! Y Pedro había jurado morir con su Señor; y sin embargo ¡ni siquiera pudo velar con él! Con toda ternura Jesús reprendió a los discípulos y les advirtió. “Velad y orad” es una admonición que se repite con frecuencia en las Escrituras (Nehemías 4:9; Marcos 13:33; Efesios 6:18; Colosenses 4:2).

154 Diligentes en Cristo

Quiere decir: *¡Estén alerta al orar! ¡Mantengan abiertos sus ojos espirituales, porque el enemigo está cerca!*

La tercera vez que nuestro Señor volvió a los hombres dormidos, les dijo: “¿Todavía siguen dormidos y descansando? Ya basta; la hora ha llegado” (Marcos 14:41). Era la hora de su sacrificio en la que él moriría por los pecados del mundo. En ese momento llegó Judas con la guardia del templo para arrestar a Jesús, y Judas besó a Jesús repetidas veces como señal de que él era a quien debían detener. ¡Qué hipocresía!

El hecho de que Judas trajera un grupo tan numeroso de hombres armados es evidencia de que ni él ni los dirigentes religiosos realmente comprendieron a Jesús. Pensaban que Jesús trataría de escaparse, o que sus seguidores presentarían pelea, o que tal vez él haría algún milagro. Las palabras de nuestro Señor en Marcos 14:49 fueron prueba de que él tenía las riendas de todo, porque ellos podían haberlo arrestado muchas veces antes, excepto que su hora todavía no había llegado.

Pedro hizo una tontería al atacar a Malco (Juan 18:10), porque no peleamos las batallas espirituales con armas físicas (2 Corintios 10:3-5). Usó el arma equivocada, en el momento equivocado, por el propósito equivocado, y con el motivo equivocado. Si Jesús no hubiera sanado a Malco, habrían arrestado a Pedro por igual; y posiblemente habrían colocado cuatro cruces en el Calvario.

En este punto los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron, al igual que un joven anónimo que había venido al huerto y presenciado el arresto. ¿Sería Juan Marcos? No lo sabemos, pero puesto que el Evangelio de Marcos es el único de los cuatro Evangelios que registra este evento, el autor bien podría haber estado escribiendo acerca de sí mismo. Si el aposento alto estaba en casa de

Juan Marcos, entonces tal vez Judas llevó a los soldados primero allá. Juan Marcos tal vez se puso apresuradamente la túnica exterior y siguió a la muchedumbre hasta el huerto. Los soldados pueden haber tratado de detenerlo, así que salió huyendo.

Los discípulos se esparcieron, y el Siervo ahora estaba solo, “mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32). Pronto, ¡hasta el Padre lo abandonaría!

4. En el palacio del sumo sacerdote: Rechazado

(Marcos 14:53-72)

Tanto el juicio judío como el romano sucedieron en tres etapas. El juicio judío fue iniciado por Anás, el ex-sumo sacerdote (Juan 18:13-24). Luego pasó al concilio pleno para oír a los testigos (Marcos 14:53-65), y después a una sesión temprano en la mañana para el voto final de condenación (Marcos 15:1). Entonces enviaron a Jesús a Pilato (Marcos 15:1-5; Juan 18:28-38), quien le envió a Herodes (Lucas 23:6-12), quien le envió de regreso a Pilato (Marcos 15:6-15; Juan 18:39—19:6). Pilato cedió al clamor del gentio y entregó a Jesús para ser crucificado.

Cuando los soldados llegaron al palacio del sumo sacerdote, Pedro y Juan, sin prestar atención a las repetidas advertencias del Señor, siguieron a la multitud y entraron en el patio. Esa noche Jesús había sudado “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44), pero Pedro estaba con frío y ¡tomó asiento cerca del fuego del enemigo! Los dos discípulos no pudieron presenciar el juicio en sí, pero por lo menos estuvieron lo suficientemente cerca como para saber el resultado (Mateo 26:58; Juan 18:15).

Después de interrogar e insultar a Jesús, Anás le envió atado a su yerno Caifás, el sumo sacerdote. El sanedrín

156 Diligentes en Cristo

ya estaba reunido y los testigos dispuestos. Era necesario tener por lo menos dos testigos antes de que se pudiera declarar culpable al acusado, y digno de muerte (Deuteronomio 17:6). Muchos testigos testificaron contra Jesús, pero puesto que no concordaban, su testimonio fue inválido. Que trágico que un grupo de dirigentes religiosos animara a la gente a mentir, ¡y durante la temporada santa!

Todo este tiempo de acusaciones falsas, nuestro Señor no dijo nada (Isaías 53:7; 1 Pedro 2:23). Pero cuando el sumo sacerdote lo puso bajo juramento, Jesús tenía que responder, y testificó claramente que en verdad era el Hijo de Dios. El título “Hijo del hombre” es mesiánico (Daniel 7:13), y los miembros del concilio sabían exactamente lo que Jesús estaba diciendo: Estaba afirmando ¡ser Dios encarnado! Esta afirmación, por supuesto, era blasfemia para los judíos, y le declararon culpable y digno de muerte. Puesto que era irregular que el sanedrín emitiera su voto y dictara sentencia por la noche en casos de pena capital, tuvieron que reunirse de nuevo temprano a la mañana siguiente, y dictar la sentencia oficial (Marcos 15:1).

Mientras se burlaban y mofaban del Señor, Pedro estaba en el patio abajo, tratando de que no lo identificaran. Si hubiera hecho caso de las advertencias del Señor, hubiera evitado meterse en la tentación y negar a su Maestro tres veces. Pedro es una advertencia para todos nosotros, porque, después de todo, si un apóstol que anduvo con Cristo negó al Señor, ¿qué haríamos nosotros en circunstancias similares? Los creyentes romanos que leían el Evangelio de Marcos sin duda aprendieron de este relato, porque pronto se verían ellos mismos entrando en el horno de la persecución.

Primero, una de las criadas del sumo sacerdote habló con Pedro, y él negó saber algo de Jesús. Entonces el gallo

cantó. Otra criada señaló a Pedro ante algunos presentes, y de nuevo Pedro negó conocer a Jesús. Finalmente, un hombre le acusó de ser uno de los discípulos, y otros de los presentes se le unieron; pero Pedro negó vehementemente conocer a Jesús, y hasta lanzó maldiciones. Entonces el gallo cantó por segunda vez y así se cumplió la predicción del Señor (Marcos 14:30).

Sin embargo, no fue el canto del gallo lo que hizo que Pedro se sintiera convicto, sino el recuerdo de las palabras de Cristo. Siempre es la palabra lo que penetra en el corazón y produce arrepentimiento verdadero. Pedro meditó en lo que Jesús le había dicho y lo que él mismo había hecho; y entonces Jesús, camino al palacio de Pilato, se volvió y miró a Pedro. De seguro fue una mirada de amor, pero de amor *lastimado* (Lucas 22:61). Con su corazón destrozado, Pedro salió de prisa y lloró amargamente.

Antes de juzgar severamente a Pedro, necesitamos examinar nuestra propia vida. ¿Cuántas veces hemos negado al Señor y perdido oportunidades de hablar a otros del evangelio? Como Pedro ¿hablamos cuando deberíamos oír, discutimos cuando deberíamos obedecer, dormimos cuando deberíamos orar, y luchamos cuando deberíamos someternos? Pedro por lo menos se lamentó por sus pecados y lloró por ellos, y el Señor le perdonó. Después de su resurrección Jesús tuvo una reunión privada con Pedro (Lucas 24:34); luego Jesús ayudó a Pedro a hacer una confesión pública cuando se reunió con los discípulos en Galilea (Juan 21).

5. En el atrio de Pilato: Condenado **(Marcos 15:1-20)**

Tan pronto como concluyó la reunión de la mañana, y se anotó el veredicto oficial, los dirigentes judíos entregaron

158 **Diligentes en Cristo**

a Jesús al gobernador romano, Poncio Pilato. El gobernador por lo general residía en Cesarea, pero era su costumbre estar en Jerusalén cada año para la fiesta. Su presencia complacía a algunos de los judíos, y podía estar a mano por si surgía algún problema entre los miles de personas que atestaban Jerusalén. Los gobernadores romanos celebraban los juicios temprano en la mañana, así que estaba bien preparado cuando le trajeron al prisionero.

El concilio judío tuvo que convencer a Pilato que Jesús era culpable de un crimen capital y por consiguiente digno de muerte (Juan 18:31,32). A pesar de su corrupción política, muchos oficiales romanos apreciaban la justicia y trataban de ser justos con los presos. Además, Pilato no tenía gran amor por los judíos, y no estaba dispuesto a hacerles ningún favor. Sabía que a los dirigentes judíos no les interesaba la justicia; lo que querían en realidad era venganza (Marcos 15:10).

Juan nos da el mayor número de detalles del juicio romano, y cuando se combina los registros de los Evangelios, se descubre que Pilato repetidas veces afirmó que no encontraba en Jesús falta alguna (Juan 18:38; Lucas 23:14; Juan 19:4; Lucas 23:22; Mateo 27:24). El problema de Pilato fue que le faltó el valor para defender lo que creía. Quería evitar un motín (Mateo 27:24), así que estuvo dispuesto a “satisfacer al pueblo” (Marcos 15:15). Pilato no preguntó: “¿Es esto correcto?” Más bien, preguntó: “¿Es esto seguro? ¿Es popular?”

El concilio tenía sólo un crimen capital que podrían presentar a Pilato: Jesús afirmaba ser un rey y agitaba al pueblo. Trataron de mostrarlo como si fuera un revolucionario peligroso que estaba socavando la autoridad de Roma. Al interrogar Pilato a Jesús, el Señor no dijo nada, pero los principales sacerdotes siguieron

acusándole y tratando de agotar la resistencia del gobernador.

Pilato pensó que podía evitar la necesidad de hacer una decisión enviando a Jesús a Herodes, gobernador de Galilea (Lucas 23:6-12), pero Herodes se limitó a enviar a Jesús de vuelta a Pilato después de mofarse de él. Entonces el gobernador Pilato ofreció al pueblo una alternativa: Jesús, el Nazareno, o Barrabás, el homicida e insurrecto, pensando que de seguro prevalecería la cordura, y pedirían que dejara en libertad a Jesús. Pero los principales sacerdotes habían preparado a la multitud con todo cuidado (Marcos 15:11), y la multitud pidió que soltara a Barrabás y que crucificara a Jesús.

El gobernador entonces hizo un tercer intento: Hizo azotar a Jesús, esperando que la vista del preso sufriendo de alguna manera los conmoviera (v.15; Juan 19:1ss). Pero el plan no resultó; el pueblo gritaba cada vez más fuerte pidiendo su sangre. El gobernador cedió, y entregó a Jesús para ser crucificado.

Luego siguió la mofa y burla desgraciada de parte de los soldados, mientras le golpeaban, le escupían, y se inclinaban ante él en falso homenaje. Los soldados romanos de seguro se reírían de un judío que aducía ser rey. “No tenemos más rey que César” (Juan 19:12-15). Nuestro Señor sufrió en silencio y no luchó para defenderse; lección que los lectores de Marcos necesitarían aprender al enfrentar la persecución oficial (1 Pedro 2:21-24).

Pero los hombres todavía no habían hecho lo peor al Hijo de Dios. Ahora le llevarían fuera de la ciudad, y le clavarían en una cruz, y el Siervo moriría por los pecados de los mismos que le crucificaron.

El Siervo termina su obra

Marcos 15:21—16:20

Cecil Rhodes dedicó su vida a la expansión británica en Africa del Sur, además de hacer una fortuna en diamantes. No tenía ni 50 años cuando murió, y sus últimas palabras fueron: “Tan poco que se ha hecho, y tanto para hacer”.

“Yo te he glorificado en la tierra”; dijo Jesús a su Padre, “he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). Sería maravilloso si todos nosotros pudiéramos dar el mismo informe cuando lleguemos al final de la jornada de la vida. Saber que hemos logrado su obra y que hemos glorificado su nombre nos haría mirar en retrospectiva con acción de gracias y hacia adelante con emoción y expectación.

Los cuatro eventos descritos en esta sección final de Marcos nos dan la culminación de la historia del Evangelio y la base histórica para el mensaje del evangelio (1 Corintios 15:1-8).

1. La muerte del Siervo (Marcos 15:21-41)

En esta sección de Marcos se mencionan tres horas específicas: la tercera (Marcos 15:25), la sexta (v.33) y la

novena (vv.33,34). Los judíos contaban las horas a partir de las 6 de la mañana y de las 6 de la tarde, así que esto quiere decir que la hora tercia o tercera eran las 9 de la mañana, la sexta hora el mediodía, y la novena hora las 3 de la tarde. Marcos siguió el sistema judío, en tanto que el apóstol Juan en su evangelio usó la manera romana de contar las horas. Esto quiere decir que “la hora sexta” en Juan 19:14 son las 6:00 de la mañana.

La hora tercera (Marcos 15:21-32). Según la ley, la víctima culpable tenía que llevar su cruz, o por lo menos el travesaño, al lugar de ejecución, y Jesús no fue la excepción. Salió del atrio del palacio de Pilato cargando su cruz (Juan 19:16,17), pero no pudo continuar; así que los soldados “obligaron” a Simón de Cirene a cargar la cruz por él. Los oficiales romanos tenían el privilegio de “obligar” a los hombres a prestar servicios, y la manera en que usaban este privilegio irritaba a los judíos (Mateo 5:41).

Cuando se considera todo lo que nuestro Señor había soportado desde su arresto, no es extraño que su fuerza le falló. En verdad, “podía haber llamado a 10.000 ángeles”, sin embargo voluntariamente soportó el sufrimiento por amor a nosotros. Había un propósito más alto detrás de este acto: La víctima llevaba su cruz porque había sido hallado culpable, *pero nuestro Señor no era culpable*. Nosotros somos los culpables, y Simón cargó la cruz en nuestro lugar. Simón Pedro se había jactado de ir con Jesús a la cárcel y hasta a la muerte (Lucas 22:33), pero fue Simón de Cirene, no Simón Pedro, quien vino en ayuda del Maestro.

En una de sus cartas más íntimas a su madre, Harry Truman escribió: “Fui a la Casa Blanca para ver al presidente, y descubrí que yo era el presidente”. Simón

162 **Diligentes en Cristo**

había venido a Jerusalén para celebrar la Pascua (Hechos 2:10; 6:9), ¡y acabó encontrando al Cordero Pascual! Tenemos buenas razones para creer que Simón confió en el Salvador, regresó a su casa y guió a sus dos hijos al Señor. Sin duda muchos de los lectores romanos de Marcos conocían a Alejandro y Rufo (Romanos 16:13), y tal vez aun conocían a Simón.

Gólgota es una palabra hebrea que quiere decir *calavera*, aun cuando en ninguna parte del texto se explica por qué se dio ese nombre a ese lugar. A los que visitan la tierra santa hoy les muestran el “Calvario de Gordon”, que tiene la apariencia de una calavera, pero los guías también señalan otro sitio posible en la Iglesia del Santo Sepulcro. No sabemos el lugar exacto dónde fue crucificado nuestro Señor y tampoco es importante que lo sepamos. Fue crucificado fuera de los muros de la ciudad, el lugar de rechazo (Hebreos 13:12,13); y murió por los pecados del mundo.

Se acostumbraba dar a las víctimas una poción narcótica que les ayudaría amortiguando el dolor (Proverbios 31:6), pero nuestro Señor rehusó tomarla. Por un lado, quería estar en plena posesión de sus facultades al hacer la voluntad del Padre y cumplir la obra de redención. Entraría plenamente en sus sufrimientos a nuestro favor y no tomaría atajos. Rehusó la copa de simpatía para poder beber mejor la copa de iniquidad (Mateo 26:36-43). ¡Qué gran ejemplo para nosotros! Debemos seguirlo al hacer la voluntad de Dios y tener parte en “la participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10).

Ninguno de los escritores de los Evangelios nos da descripción de una crucifixión; tampoco es necesario. Su objetivo no era despertar nuestra lástima sino afirmar nuestra fe. Muchos de sus lectores probablemente habían

presenciado crucifixiones, así que cualquier detalle sería innecesario. La crucifixión era algo tan detestable que no se la mencionaba en la sociedad respetable, así como hoy tampoco hablaríamos de la cámara de gases o de la silla eléctrica. Basta decir que la crucifixión es una de las formas más horribles de muerte que jamás ha ideado el hombre. Lee en el Salmo 22 una descripción de algunas de las agonías de nuestro Señor mientras estaba colgado en la cruz.

La víctima por lo general llevaba un letrero que declaraba su ofensa. Pilato escribió el que Jesús llevó y que más tarde fue clavada en la cruz: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos”. Los dirigentes judíos protestaron, pero Pilato no cedió (Juan 19:19-22). Puede ser que el mensaje de ese letrero despertara las esperanzas del ladrón arrepentido (Lucas 23:39-43). Puede haber razonado: “Si se llama Jesús, entonces es Salvador. Si es de Nazaret, entonces puede identificarse con los rechazados (Juan 1:46). Si tiene un reino, entonces tal vez tiene lugar para mí”.

Los soldados que participaron en la ejecución no sólo estaban cumpliendo su deber, sino que también estaban cumpliendo la profecía al sortear los vestidos de nuestro Señor (Salmo 22:18). El hecho de que el inocente Hijo de Dios fuera puesto entre dos criminales culpables también cumplía la profecía (Isaías 53:12; Lucas 22:37). La palabra que se usa para “ladrones” se usa en Juan 18:40 para referirse a Barrabás, así que tal vez estos dos hombres habían sido miembros de su banda rebelde.

Parece increíble que los dirigentes religiosos aborrecían tanto a Jesús que aun salieron al Gólgota para mofarse de él. Tomás Carlyle llama la mofa “el lenguaje del diablo”, y en este caso, esa definición es verdaderamente acertada. Los ociosos espectadores que pasaban estuvieron más que

164 Diligentes en Cristo

dispuestos a seguir el mal ejemplo de sus dirigentes, así que soportar la mofa fue un sufrimiento añadido a nuestro Señor. Se burlaron de él como profeta (Marcos 15:29), como Salvador (v.31), y como Rey (v.32). Es posible que su expresión sarcástica “¡Salvó a otros!” pueda haber animado al ladrón a confiar en él. El ladrón tal vez razonó: “Si salvó a otros, ¿entonces puede salvarme a mí!” Así que Dios usa incluso la ira de los hombres para alabarle (Salmo 76:10).

La hora sexta (Marcos 15:33). Al mediodía, una oscuridad milagrosa cayó sobre la tierra, y toda la creación expresó su afinidad con el Creador que sufría. Esto fue en realidad un milagro y no un fenómeno natural, como una tormenta de arena o un eclipse. No era posible que hubiera un eclipse durante la luna llena en la Pascua. Mediante las tinieblas Dios estaba diciendo algo al pueblo.

Por un lado, los judíos ciertamente pensarían en la primera Pascua. La novena plaga en Egipto fue tres días de tinieblas, seguidos de la última plaga, la muerte del primogénito (Exodo 10:22—11:9). La oscuridad en el Calvario anunció de que el Primogénito y Amado Hijo de Dios, el Cordero de Dios estaba dando su vida por los pecados del mundo. También anunció que el juicio se avecinaba y que los hombres debían prepararse.

La hora novena (Marcos 15:34-41). Nuestro Señor pronunció siete declaraciones desde la cruz; tres de ellas antes de que cayera la oscuridad: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34); “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43); y “Mujer, he ahí tu hijo.... He ahí tu madre” (Juan 19:26,27). Cuando las tinieblas cayeron hubo silencio en la cruz, porque fue entonces que él fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21).

A la hora novena Jesús expresó la agonía de su alma cuando clamó desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Salmo 22:1). La oscuridad simbolizaba el juicio que Jesús experimentó cuando el Padre le abandonó. Como es a menudo el caso, la gente no entendió sus palabras; pensaron que estaba llamando al profeta Elías. No sólo había oscuridad sobre la tierra, sino sobre las mentes y corazones de la gente (2 Corintios 4:3-6; Juan 3:16-21; 12:35-41).

Luego Jesús dijo: “Tengo sed” (Juan 19:28), y el soldado en un acto amable de dar a Jesús un sorbo de vinagre (Salmo 69:21), le ayudó a pronunciar otras dos maravillosas afirmaciones: “¡Consumado es” (Juan 19:30), y “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46; Salmo 31:5). Jesús no fue asesinado; voluntariamente entregó su vida por nosotros (Juan 10:11,15,17,18). No fue un mártir; fue un sacrificio voluntario por los pecados del mundo.

Dos eventos significativos ocurrieron durante su muerte: hubo un terremoto (Mateo 27:51), y el velo del templo se rasgó en dos. El velo había separado de Dios al hombre, pero ahora, mediante su muerte, Jesús había abierto para el mundo entero un “camino nuevo y vivo” (Hebreos 10:12-22; Juan 14:6). Cuando la ley fue dada hubo un terremoto en el Sinaí (Exodo 19:16-18), pero ahora la ley quedaba cumplida en Jesucristo y la maldición de ella fue quitada (Romanos 10:4; Gálatas 3:10-14). Mediante su sacrificio Jesús había comprado no sólo la libertad de la ley, sino también libertad del sistema de sacrificios en su totalidad.

Es emocionante leer el testimonio del centurión romano, especialmente al considerar que sus palabras podrían haberlo metido en problemas tanto con los judíos como con los romanos. Que Jesucristo es el Hijo de Dios

166 Diligentes en Cristo

es uno de los temas más importantes en Marcos (1:1,11; 3:11; 5:7; 9:7; 14:61,62). Esto hace su condición de siervo aun más maravillosa (Filipenses 2:1-11).

Es conmovedor ver cómo las mujeres estuvieron cerca de la cruz hasta el fin. Juan también había estado allí, pero había llevado a María, la madre de nuestro Señor, a su casa donde podría cuidar de ella (Juan 19:25-27). Mujeres fieles fueron las últimas cerca de la cruz el viernes, y las primeras en la tumba el domingo. ¡Qué contraste con los discípulos que se habían jactado de morir por él! La iglesia de Jesucristo le debe mucho al sacrificio y a la devoción de las mujeres creyentes.

2. La sepultura del Siervo (Marcos 15:42-47)

Los judíos distinguían entre la “tarde”, de 3 a 6 pasado meridiano, y la “noche”, después de las 6 de la tarde, cuando empezaba el nuevo día. Esto explica porqué tanto Mateo (Mateo 27:57) como Marcos pueden llamar “noche” a la última parte del viernes por la tarde. Era importante que se desocupara rápidamente el lugar de la ejecución, porque el sábado judío estaba a punto de empezar, y ese sábado era un “día de mucha importancia” debido a la Pascua (Juan 19:31).

Dios tenía un adinerado miembro del sanedrín, José de Arimatea, listo para atender el cadáver de Jesús (Mateo 27:57). Nicodemo, también miembro del concilio, le ayudó (Juan 19:38-42). No debemos pensar que estos dos hombres decidieron de súbito sepultar a Jesús, porque lo que hicieron exigía mucha preparación.

Para empezar, José tenía que preparar la tumba en un huerto cerca del lugar donde Jesús murió. Esta tumba probablemente no era para sí mismo, puesto que ningún hombre rico escogería ser sepultado cerca de un lugar de

ejecución. Los hombres también tuvieron que obtener una gran cantidad de especias (Juan 19:39), y esto no se podía hacer cuando las tiendas estaban cerradas por la Pascua. Todo esto debían hacerlo sin que lo supiera el sanedrín.

Parece evidente que Dios preparó a estos dos hombres y les dirigió en sus actividades. Nicodemo había visitado a Jesús en privado (Juan 3) y hasta le había defendido ante el concilio (Juan 7:45-53). Pienso que José y Nicodemo escudriñaron juntos las Escrituras y descubrieron, guiados por el Espíritu, que el Cordero moriría en la Pascua. Es posible que estuvieran escondidos en la nueva tumba cuando Jesús murió. Fue cosa sencilla para José ir a Pilato para pedir permiso para sepultar el cadáver, y que Nicodemo se quedara cuidando el cadáver hasta que se obtuviera el permiso oficial. Si estos dos hombres no hubieran actuado con intrepidez, el cuerpo de Jesús hubiera sido tirado como basura.

Era importante que su cuerpo fuera preparado para la sepultura de modo que la envoltura vacía pudiera ser dejada en la tumba (Juan 20:1-10). También, la manera en que fue sepultado cumplía la profecía (Isaías 53:9). El hecho de que Jesús fuera sepultado es prueba de que en realidad murió en la cruz, porque los oficiales romanos no hubieran entregado el cadáver sin prueba de que Jesús hubiera muerto.

3. La resurrección del siervo (Marcos 16:1-18)

Jesucristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). Un Salvador muerto no puede salvar a nadie. La resurrección de Jesucristo es tan parte del mensaje del evangelio como su muerte sacrificial en la cruz (1 Corintios 15:1-8). Es más, en el libro de Hechos, la iglesia

168 **Diligentes en Cristo**

primordialmente dio testimonio de la resurrección (Hechos 1:22; 4:2,33).

La resurrección prueba que Jesucristo es lo que afirmaba ser, el mismo Hijo de Dios (Romanos 1:4). Jesús había dicho a sus discípulos que resucitaría de entre los muertos, pero ellos no habían captado el significado de esta verdad (Marcos 9:9,10,31; 10:34). Aun las mujeres que vinieron temprano a la tumba no esperaban verle vivo. De hecho, habían comprado especias para completar la preparación que José y Nicodemo habían empezado con tanta prisa.

Al combinar los relatos de los Evangelios se llega al orden probable de las apariciones de la resurrección el primer día de la semana: (1) A María Magdalena (Juan 20:11-18, y Marcos 16:9-11), (2) a las otras mujeres (Mateo 28:9,10), (3) a Pedro (Lucas 24:34, y 1 Corintios 15:5), (4) a los dos hombres que iban a Emaús (Marcos 16:12, y Lucas 24:13-32), y (5) a los diez discípulos en el aposento alto (Marcos 16:14, y Juan 20:19-25).

Estaba todavía oscuro cuando María Magdalena, María la madre de Jacobo, Salomé y Juana (Lucas 24:10) fueron a la tumba (Juan 20:1); y llegaron al amanecer (Lucas 24:1). La primera sorpresa fue hallar la piedra ya removida de la entrada (Mateo 28:2-4), para que pudieran entrar a la tumba. La segunda sorpresa fue hallar dos ángeles en la tumba (Lucas 24:4; Marcos se concentra sólo en un ángel); y la tercera sorpresa fue oír el mensaje que les dieron. ¡No debe sorprendernos que las mujeres quedaran asombradas!

El mensaje era que Jesús no estaba allí: Había resucitado de los muertos, e iba delante de ellas a Galilea, en donde le verían. ¡Las mujeres fueron las primeras mensajeras del glorioso mensaje de la resurrección! Observa que hubo una palabra especial de aliento para

Pedro (Marcos 16:7), y ten presente que Marcos escribió su Evangelio con la ayuda de Pedro.

María Magdalena corrió a decir a Pedro y a Juan lo que había descubierto (Juan 20:2-10), y luego se quedó cerca de la tumba después de que ellos se fueron. Fue entonces que Jesús se le apareció (Juan 20:11-18). Por su conversación con Jesús, parece que ella no captó por completo lo que los ángeles le habían dicho, pero fue la primera creyente en ver al Cristo resucitado. Marcos 16:8 pudiera dar la idea de que todas las mujeres huyeron, pero el versículo 9 indica que María vio a Jesús personalmente.

Después de haber aparecido a María, Jesús salió al encuentro de las otras mujeres mientras ellas iban a informar a los discípulos de su conversación con los ángeles (Mateo 28:9,10). Inicialmente las mujeres quedaron tanto alegres como con temor, pero después de haberse encontrado con el Cristo resucitado, hallaron a los discípulos y les dieron las buenas nuevas (Mateo 28:8). Es una cosa oír el mensaje y otra muy distinta hallar personalmente al Señor resucitado. Cuando le encuentras, tienes algo que contar a otros.

El énfasis de Marcos 16:9-14 recae sobre la incredulidad de los discípulos que estaban lamentándose y llorando en vez de regocijarse por las buenas noticias. ¿Fue debido a su prejuicio contra el testimonio de las mujeres? Tal vez, porque el testimonio de una mujer no se aceptaba en un tribunal judío. Pero aun cuando los dos discípulos de Emaús dieron su testimonio, no todos creyeron. (Compara Marcos 16:13 con Lucas 24:33-35.) Al parecer, había una división en el aposento alto hasta que Jesús mismo apareció.

Pero cuando apareció les reprochó por su incredulidad, que había sido causada por la dureza del corazón de ellos (Marcos 6:52; 8:17). Estaba dejando en claro que se podía

170 Diligentes en Cristo

y se debía creer en el testimonio de los testigos de su resurrección. La frase “los once” en 16:14 simplemente quiere decir los *apóstoles*, porque había sólo diez de ellos reunidos en esa ocasión, puesto que Tomás estaba ausente (Juan 20:19-25).

Cuarenta días más tarde, antes de su ascensión, el Señor dio varias comisiones a sus seguidores (Juan 20:21; 21:15-17; Mateo 28:18-20; Lucas 24:47-49; Hechos 1:4-8). La que Marcos da probablemente es parte de la gran comisión que Jesús les dio en un monte en Galilea (Mateo 28:16-20).

En esta comisión Jesús señaló nuestro mensaje y nuestro ministerio, y luego lo respaldó con las credenciales milagrosas que solo él podía dar. El mensaje es el evangelio, las buenas nuevas de salvación por fe en Jesucristo. El ministerio es proclamar este mensaje a todo el mundo.

Una lectura superficial de Marcos 16:15,16 podría sugerir que los pecadores deben ser bautizados para ser salvos, pero este malentendido desaparece al notar que el énfasis recae sobre *creer*. Si la persona no cree, está condenada, aun cuando haya sido bautizada (Juan 3:16-18,36). En la iglesia naciente se esperaba que los creyentes fueran bautizados (Hechos 2:41; 10:44-48).

Cuando Dios envió a Moisés para que retara al faraón en Egipto, le dio milagros especiales para que realizara como sus credenciales divinas, probando que fue enviado por Dios (Exodo 4:1-9). Esto también fue cierto de algunos de los profetas (1 Reyes 18; 2 Reyes 2:14-25). A los apóstoles también les fueron dadas algunas “señales” especiales que reforzaban su mensaje (Hebreos 2:3,4; 2 Corintios 12:12; Hechos 19:11,12). En sí mismos los milagros no prueban que una persona haya sido enviada por Dios, porque el mensaje también debe ser fiel a la palabra de Dios (2 Tesalonicenses 2; Apocalipsis 13).

La mayoría de las señales mencionadas aquí, en efecto, tuvieron lugar en los días de los apóstoles, y están registradas en el Libro de los Hechos. La experiencia de Pablo en Malta (Hechos 28:3-6) es la que más asemeja la de tomar serpientes en las manos, pero no hay ningún registro bíblico de alguien que haya tomado veneno y sobrevivido. Sin duda Dios ha hecho muchas maravillas para los suyos de las que no tenemos conocimiento, sino que las sabremos en el cielo.

Es trágico cuando personas bien intencionadas, pero sin instrucción adecuada, pretenden apropiarse de estas señales para sí mismas y luego mueren debido a las mordeduras de serpientes y por el veneno que se toman. Por supuesto, se da la excusa de que no tuvieron suficiente fe. Pero lo que no es de fe es pecado (Romanos 14:23); por consiguiente, no deberían haberlo hecho desde el principio.

La persona que toma serpientes simplemente para demostrar su fe está cediendo a la misma tentación que Satanás le presentó a Jesús en el pináculo del templo (Mateo 4:5-7): “Echate abajo y veamos si Dios te cuida”, le dijo Satanás en efecto. Satanás quiere que fanfarro-neemos nuestra fe y obliguemos a Dios a realizar milagros innecesarios. Jesús rehusó tentar a Dios, y nosotros debemos seguir su ejemplo. Si bien es cierto que Dios cuida de sus hijos cuando, según la voluntad divina, se hallan en lugares peligrosos; él no está obligado a cuidarnos cuando néciamente nos salimos de su voluntad. Somos llamados a vivir por fe, no a la suerte, y a confiar en Dios, no a tentarlo.

4. La ascensión del Siervo (Marcos 16:19,20)

De una manera impresionante el Evangelio de Marcos hace paralelo al gran pasaje del Siervo en Filipenses 2.

172 Diligentes en Cristo

Vino como Siervo (Filipenses 2:1-7); Marcos 1—13

Murió en una cruz (Filipenses 2:8); Marcos 14—15

Fue exaltado a la gloria (Filipenses 2:9); Marcos 16

Tanto Marcos como Pablo recalcan la necesidad de que el pueblo de Dios lleve el mensaje a todas las naciones (Filipenses 2:10,11; Marcos 16:15,16), y hay también la seguridad de que Dios está obrando en ellos y por medio de ellos. (Filipenses 2:12,13; Marcos 16:19,20).

La ascensión de nuestro Señor marcó la terminación de su ministerio terrenal y el comienzo de su nuevo ministerio en el cielo como Sumo Sacerdote y Abogado de su pueblo (Hebreos 7—10; 1 Juan 2:1-3). La diestra de Dios es el lugar de honor y autoridad (Salmo 110:1; 1 Pedro 3:22). Nuestro Señor es como Melquisedec, Rey de Justicia y Rey de Paz (Génesis 14:17-19; Hebreos 7:2).

Uno de sus ministerios celestiales es el de capacitar a su pueblo para hacer su voluntad (Hebreos 13:20,21). Es propio que el Evangelio del Siervo termine con esta referencia a trabajo, así como es propio que Mateo, el Evangelio del Rey, termine con una referencia a su gran autoridad. Por el Espíritu Santo, el Señor quiere obrar *en* nosotros (Filipenses 2:12,13), *con* nosotros (Marcos 16:20), y *por* nosotros (Romanos 8:28).

Los apóstoles y profetas pusieron el cimiento de la iglesia (Efesios 2:20), así que su obra está terminada y las señales apostólicas han cesado. Pero la obra del Señor no ha cesado, y él sigue obrando en y por medio de su pueblo para salvar a un mundo perdido. Su Hijo/Siervo Jesús regresó al cielo, pero él todavía tiene a su pueblo en la tierra, quienes pueden ser sus siervos, si así lo quieren.

¡Qué privilegio tener al Señor obrando con nosotros!

¡Qué oportunidad y obligación tenemos de llevar el evangelio al mundo entero!

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45).

¿Estás sirviendo, o estás esperando que otros te sirvan?

“¿Cómo puedes tú servir a Dios, y a otros, con más fervor?”

Marcos es el Evangelio perfecto para la gente de la era espacial, quienes están en continuo movimiento. En este estudio el Dr. Wiersbe enfoca a Jesucristo el Siervo, siempre en movimiento, siempre haciendo la voluntad del Padre y sirviendo a otros. Marcos es el Evangelio ideal para la gente atareada que quiere descubrir cómo hacer que su vida cuente para Dios.

Estudiar el relato intensamente dramático que Marcos da de la vida y ministerio de Jesucristo te ayudará a apreciarle como el Siervo ideal de Dios. Te sentirás motivado y animado en tu propio ministerio para el Señor... y a ser cada vez más

Diligentes en Cristo



Literatura Evangélica para el Mundo Hispano

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, Florida 33870

**ISBN 1-879892-95-2
WW-505**